



Suzanne Forster

LAS CADENAS
DEL DESEO

eLit

elit

LAS CADENAS DEL DESEO
SUZANNE FORSTER

 HARLEQUIN™

Índice

[Las cadenas del deseo](#)

[Argumento](#)

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

Argumento

La escritora Melissa Sanders nunca soñó con despertarse y encontrar a un apuesto desconocido a su lado... y un anillo en su dedo. Después de una alocada noche en Cancún, ¡de repente tenía un marido! Presa del pánico, huyó en el primer avión jurándose que olvidaría a Tony Bond... algo con lo que su cuerpo no estaba de acuerdo.

Dos años después, Melissa escribió un sugerente libro sobre los juegos sexuales que había practicado con su «marido»; unos juegos que aún deseaba compartir. Pero entonces Tony se presentó en su gira, dispuesto a cumplir con su papel de marido, y ella no supo si matarlo... o besarlo. Sobre todo cuando él le dejó claro que la luna de miel no había acabado.

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2004 Suzanne Forster
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Las cadenas del deseo, n.º 37 - junio 2018
Título original: Unfinished Business
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-9188-709-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

«Toda mujer es una muñequita, aunque sólo sea en su interior. Busca a esa muñeca, suéltala y deja que se vaya».

101 maneras para hacerlo suplicar

—Así que soy una anticuada por esperar al matrimonio —admitió Melissa Sanders llevándose el cóctel a los labios—. ¡Pues castigadme!

Un chorro de agua fría la golpeó por sorpresa entre los ojos.

—¡Eh, sólo estaba bromeando! —exclamó. Cegada, buscó a tientas una servilleta por la mesa, mientras sus tres amigas se deshacían en carcajadas. A pesar del agua que le goteaba por la nariz, consiguió esbozar una bondadosa sonrisa.

Su vieja amiga Kathy Crawford le dedicó una desafiante sonrisa.

—Yo digo que te cases con él si es lo que debes hacer —le dijo—. Cueste lo que cueste, tienes que conseguir acostarte con ese hombre tan guapo, Melissa. Has perdido la apuesta.

—Si puedes encontrarlo, estaré encantada de hacer los honores en esta misma mesa —respondió Melissa—. ¿Os haría eso felices?

—Sí —contestaron todas a la vez.

—Bueno, pues lo siento por vosotras —fingió ocuparse en limpiar una mancha de su vestido. Las chicas llevaban agobiándola toda la tarde con el sexo. Melissa no tenía vida sexual, y sus amigas habían decidido hacer de ésa su causa común y conseguirle una aventura. Se habían acercado a casi todos los hombres del restaurante, suplicándoles que se casaran con ella por «una sola noche».

Melissa ya estaba acostumbrada a sus extravagancias. Las cuatro

habían sido amigas desde la infancia y estaban en Cancún, en su escapada anual de la civilización. Pero Melissa no había estado preparada para que uno de los hombres, un guapo camarero llamado Antonio, se arrodillara frente a ella y le propusiera el matrimonio en el acto. Estaba horrorizada, aunque también un poco bebida, y tenía que reconocerlo, también complacida. Había aceptado su proposición, sobre todo para impresionar a sus amigas, y Antonio también había parecido complacido. Obviamente había oído que ella no se acostaría con nadie antes de casarse, y sin duda le encantaban los retos. También era posible que sus amigas lo hubieran convencido. Pero el modo en que le había besado la mano había hecho que a Melissa le diera un vuelco el estómago. ¿Era su lengua lo que había sentido en la piel? Parecía de terciopelo...

Por suerte para ella, Antonio le había devuelto la mano y había desaparecido tras hacer una ligera reverencia. Melissa aún no se había recuperado. Ahora sabía cómo era ser un helado derritiéndose en un charco de caramelo caliente.

La había sorprendido casi tanto la primera vez que se vieron. Las chicas no sabían nada de eso, pero Antonio había acudido en su ayuda tres días antes, cuando ella caminaba descalza por la playa. Había estado contemplando el mar, un poco melancólica, y había visto a un desconocido dirigiéndose hacia ella. Llevaba una holgada camisa blanca y un delantal de camarero a la cintura.

—El agua es traicionera —le advirtió—. No se le ocurra meterse.

Él sí que era traicionero, pensó Melissa. Aquella boca, aquellos incandescentes ojos negros... Estaría más segura con los tiburones.

—Gracias —dijo, dándose cuenta de que la había agarrado de la mano y que la estaba alejando del agua.

—¿Qué estaba buscando? —le preguntó él.

Algo en aquel hombre hizo que quisiera confesarle la verdad.

—Mi vida —respondió con una sonrisa fugaz.

Al mirarlo se quedó sin respiración. Su cerebro no pudo procesar lo que vio, salvo un atisbo de poderosa y desnuda masculinidad. Enterró los dedos de los pies en la arena y él le soltó la mano. Ella no quería que se fuera. Ese hombre era mucho mejor que sus fantasías.

—No la busque mucho tiempo —le dijo él—. Podría perderla.

A la mañana siguiente volvieron a encontrarse y ella le había preguntado lo que había querido decir.

Él se limitó a sonreír y a decirle que tenía unos pies muy bonitos y que debería ir siempre descalza.

—Melissa, ¿otra vez estás en las nubes?

Melissa levantó la mirada y vio tres pares de ojos fijos en ella.

—Sigo limpiándome, gracias a Kath —terminó de secarse la cara, apuró lo poco que quedaba de su bebida y sostuvo la copa en alto, indicándole al camarero que quería otra—. Me oísteis decir «sí». Todas fuisteis testigos. Si no se hubiera acobardado, me habría casado con él... por una sola noche. ¿Por qué no?

Sus amigas pusieron una mueca de burla. Kath se puso en pie y alzó su copa.

—Por la virgen vestal —dijo—, quien ni siquiera besaré a un hombre a menos que lleve puesto un preservativo.

Las otras dos brindaron con sus copas y Melissa se abstuvo de protestar. Kath y ella siempre se lo habían contado todo y aún seguían haciéndolo. Melissa había estado informada de todas las relaciones de Kath. Sabía que su amiga se había acostado con cinco hombres diferentes en sus veintiocho años, incluyendo una aventura de una sola noche. Y Kath sabía que Melissa no había hecho nada

semejante.

Bueno, había habido uno, pero fue algo completamente distinto. Melissa había creído que iba a casarse con Roger Boswell, y él había aceptado esperar. Pero en cuanto estuvieron oficialmente comprometidos, él había argumentado que tal vez no fueran sexualmente compatibles. Finalmente la convenció... y fue un desastre. Melissa había estado muy nerviosa y nada salió bien. Al día siguiente Roger la abandonó y, naturalmente, ella se culpó a sí misma. Pero ¿acaso el hombre adecuado no hubiera esperado o al menos no hubiera sido comprensivo?

Se había aferrado obstinadamente a esa convicción, pero desde entonces no había aparecido el hombre adecuado ni había tenido sexo. ¿Podía una mujer célibe estallar como una tubería atascada?

—Al menos concededme el beneficio de la duda —dijo con un mohín.

—Por supuesto que sí —rió Pat Sttaford, la diosa rubia que había sido animadora en el instituto.

—Según los patrones periodísticos, ya eres una diva del sexo —le aseguró Kath—. ¿Qué pasa con esos sugerentes artículos que escribes para la revista *Women Qnly*?

Melissa puso una mueca de disgusto por el comentario. No quería que mencionaran su vida secreta como autora de artículos destinados a mejorar la sexualidad de las mujeres. De acuerdo, un par de ellos eran bastante picantes, pero todo lo que escribía estaba sacado de sus fantasías, no de su nula experiencia. Algunas mujeres fingían orgasmos. Ella lo fingía todo. Seguramente habría salido corriendo muerta de miedo si Antonio hubiera hablado en serio. Y ya estaba cansada de correr, cansada de sentirse como una farsante.

Pero, por supuesto, Antonio no hablaba en serio. Todo era una

broma, aunque a ella le había gustado la idea de que Antonio deseara llegar a tal extremo sólo por una noche. Si no fuera así, ¿por qué ella se estremecía sólo de pensarlo? ¿Y qué era esa otra sensación tan cálida? ¿Tenía húmedas las braguitas?

Renee Tyler, la marimacho con cola de caballo, la sacó de sus pensamientos con una brillante idea.

—Olvídate de los hombres. Vamos a consolarnos con un poco de chocolate. Es mucho mejor que el sexo.

Cuatro copas se elevaron en el aire.

Por suerte, la de Melissa estaba vacía. Otro trago y la bebida se le subiría a la cabeza.

—Vámonos, señoritas —dijo Renee efusivamente.

—Un segundo —Melissa se agachó para mirar debajo de la mesa. ¿Adónde habría ido a parar su chal?

Entonces alguien soltó un chillido y Melissa se golpeó la cabeza contra la superficie inferior de la mesa, quedando aturdida durante unos segundos. Cuando se asomó, vio a un camarero. Pero no uno cualquiera, Antonio. Se había cambiado el uniforme por una camisa de esmoquin y unos pantalones negros, e iba acompañado de otro hombre, uno que se parecía sospechosamente a... ¿un sacerdote?

Antonio le sonrió, y ella pensó en volver debajo de la mesa. Pero las chicas observaban todos sus movimientos.

—Hola, Melissa —la saludó Antonio, pronunciando su nombre a la perfección.

—Hola —consiguió decir, saludándolo con los dedos. ¿Por qué sentía que el suelo se balanceaba? ¿Acaso se producían terremotos en Cancún?

—Éste es el padre Domenici —la profunda voz de Antonio apenas

tenía una pizca de acento extranjero—. Se ha ofrecido a ayudarnos.

—¿A qué? —preguntó ella en un susurro.

—A casarnos, por supuesto.

Melissa intentó ponerse en pie, convencida de que no podría. Aquello tenía que ser una broma. Se levantó muy despacio y Antonio le ofreció la mano.

—Padre, esta hermosa mujer y yo queremos casarnos esta noche.

Broma o no, Melissa estaba horrorizada. Y al mismo tiempo encantada. Antonio la ayudó a levantarse con un fuerte tirón. Ella se tambaleó ligeramente mientras él le ofrecía una rosa roja y un velo blanco de encaje para la cabeza.

—Para Melissa —dijo—, la respuesta a los sueños de un hombre.

El sueño era real. Los melódicos acordes de un grupo mariachi salieron del restaurante, y Melissa oyó de fondo los murmullos de sus amigas, aunque sin entender lo que decían. La elevada estatura de Antonio la obligó a echar la cabeza hacia atrás para verlo, lo cual la mareó un poco... ¿o era el efecto de los cócteles mexicanos?

Aquella era su primera oportunidad para echarle un buen vistazo, y así lo hizo. Todo en él parecía perfecto y en su sitio.

Al cabo de un momento, se dio cuenta de que Antonio la estaba separando de la mesa y que, sorprendentemente, ella lo estaba siguiendo, de la mano. Y no parecía tener el menor deseo de detenerlo. Más bien al contrario. Se sentía dispuesta a ir a cualquier sitio con aquel hombre y hacer lo que fuera. ¿Cómo era posible?

Miró por encima del hombro y les sonrió nerviosamente a las chicas.

—¿Adonde vais? —preguntó Kath.

—A la iglesia —respondió Antonio.

—Pero no puedes casarte con él —dijo Renee—. Necesitáis una licencia y...

—Todo lo que necesito es a ella —dijo Antonio girándose para mirarlas—. Les habéis suplicado a todos los hombres del restaurante que se casen con ella y la hagan una mujer, pero yo no lo hago por eso, sino por una razón que ninguna de vosotras podéis ver. Ella ya es una mujer... una mujer hermosa y atractiva a la que cualquier hombre desearía... como yo.

Todos los comensales del patio que lo oyeron se quedaron boquiabiertos.

Melissa estaba tan perpleja como los demás. Tal vez aquello no fuera una broma. Miró a sus amigas y reprimió un pequeño brote de histeria. Ninguna parecía saber qué hacer, y tampoco ella. Habían apostado a que podrían conseguir que un hombre guapo se casara con ella por una sola noche. Bueno, él era más que guapo y quería casarse con ella. Y parecía quererlo de verdad, por alguna razón.

Se dijo a sí misma que era el momento de hacer algunas preguntas y averiguar lo que estaba pasando. Tenía que detenerse, pensar un momento y recuperar el control de sus emociones. Pero quizá no quisiera hacerlo... Toda su vida había esperado sentir algo así.

De repente entendió cómo una mujer podía perderse por culpa de un impulso. Sobre eso escribía en sus artículos, pero nunca se imaginó que llegaría a experimentarlo algún día. Sólo era una fantasía, ¿no? Los desconocidos guapos y *sexys* de ojos negros no pedían el matrimonio a alguien como ella. Melissa Sanders era una solitaria, una simple espectadora. Vivía indirectamente a través de los demás, por cortesía de su imaginación.

Pero su imaginación, por muy salvaje que fuera, nunca se hubiera

acercado a aquello. Y por eso lo estaba siguiendo al exterior. Por eso no quería parar, ni siquiera un segundo. Por primera vez en su vida, iba a hacer lo que ella y sus amigas siempre habían dicho que harían en su viaje anual. Iba a comportarse como una nativa.

Melissa abrió los ojos. Recordaba vagamente haberse sentido mareada y haber necesitado tumbarse un rato, pero nada más. ¿Estaría sufriendo una resaca? Los cócteles de la noche anterior sabían a ponche de frutas, pero su efecto le martilleaba la cabeza.

Fuera lo que fuera lo que hubiese ocurrido, no estaba soñando. Estaba acostada en una cama con un hombre, acurrucada en sus brazos, y ambos estaban completamente vestidos. Eso le pareció extraño. ¿Cómo podían estar vestidos si...?

Levantó la cabeza de su hombro.

—¿Antonio?

Él estaba despierto... y mirándola como si llevara observándola durante horas. Melissa se esforzó por recordar los detalles. Habían celebrado la ceremonia en una pequeña iglesia mexicana, sin pronunciar ni una sola palabra en inglés durante los votos. Antonio había deslizado un anillo de oro en su dedo, y después ella había firmado algo escrito en español; algo que debía de ser una licencia matrimonial.

Antonio había encontrado un modo para que todo pareciera maravillosamente auténtico, pero, naturalmente, no podía haber sido real. Ningún sacerdote casaría a dos desconocidos que ni siquiera hablaban el mismo idioma. Y ella no podía estar legalmente atada a un documento si no sabía lo que estaba firmando. La ceremonia no era real, sólo una aventura amorosa que había conducido a aquello... fuera lo que fuera aquello.

—Estamos en una cama —dijo.

Parecía ser la habitación de un hotel... un tipo de habitación que ningún camarero se podría permitir. Las columnas de hierro forjado de la cama se elevaban en espiral hasta un dosel de satén rojo. Melissa nunca había visto nada tan bonito. Nubes carmesíes flotaban sobre ellos y un edredón de seda con estampado de leopardo los protegía por debajo. En todas partes había velas aromáticas encendidas, recordándole a Melissa el flan de vainilla con coñac. Había incluso una cesta sobre la cómoda, llena de frutas exóticas.

¿Acaso los amantes latinos seducían a las mujeres con comida?

—Sí, en una cama —dijo él palmeando el edredón.

—¿Nos hemos acostado? Sí, bueno, esto está claro. Pero ¿hemos...?

—¿Consumado nuestra unión? —concluyó él.

Los oscuros ojos de Antonio la miraban de un modo que la hacían sentirse como si estuviera hecha de líquido.

—No recuerdo nada —dijo ella.

—¿Cómo ibas a acordarte? Estabas dormida.

—¿Lo hicimos mientras yo dormía?

Él se echó a reír.

—Debes de tener muy buenos sueños.

—¿Entonces no ocurrió nada? ¿Sólo me estabas observando mientras soñaba?

—Observándote cómo soñabas en mis brazos.

Por lo visto había una gran diferencia, a juzgar por el tono de su voz. Era demasiado romántico para ser tomado en serio. Tal vez hubiera escrito sobre ese tipo de cosas en la vida real, pero nunca había albergado ilusiones de que le sucedieran a ella. Seguía

pareciéndole increíble.

Agarró su vestido.

—Antonio, los dos estamos completamente vestidos.

—Eso es porque no nos desnudamos.

—Pero te has casado conmigo —señaló el anillo que tenía en el dedo—. ¿Por qué hiciste eso y luego no hiciste el amor conmigo?

Los ojos de Antonio se oscurecieron aún más.

—Me casé contigo por muchas razones; una de ellas era descubrir lo que hace que tu corazón se descontrole. Pero también me he casado para resolver el eterno misterio de Melissa y demostrarles a tus amigas que se equivocan. Tal vez crean que te conocen, pero no es así.

—¿Y tú sí?

—No. pero... —inclinó la cabeza, pensativo—. ¿Cómo podría explicarme? Digamos que he visto el deseo en tu sonrisa y quiero descubrir lo intenso que es —le pasó un dedo por los labios—. Quiero que ésta sea una noche que ninguno de los dos pueda olvidar.

—¿Una noche? ¿Una sola noche?

—Todo empieza con una sola noche. Melissa.

Ella se echó a reír. No sabía qué más hacer.

—¿Seguro que me he despertado de verdad y que esto no es un sueño?

«Pellízcalo», pensó. «Si grita, es real». Pero él no le dio oportunidad para comprobarlo, pues la agarró de la mano como si ella se la hubiera ofrecido. ¿Tomaría así el resto, como si ella fuera una especie de succulento manjar dispuesto a ser saboreado? Eso no sería tan malo. Nunca la habían saboreado antes.

—¿Qué es lo que descontrola el corazón de Melissa? —preguntó él.

Ella intentó no reaccionar cuando él le dio la vuelta a su mano y expuso la cara interna de la muñeca. Podían verse las venas azules y el pulso acelerado. El corazón le latía desbocadamente, anticipándose a lo que él pudiera hacer.

Antonio le posó los labios sobre las pulsaciones.

—Parece que los besos en las muñecas funcionan —murmuró ella.

«Tranquilízate. Melissa. Si vas a escribir sobre esto, deberías probarlo antes. Todas esas cosas que has imaginado... Los labios de un hombre sobre tu piel desnuda, sus manos calientes y expertas, el grito prohibido de la excitación...».

—¿Quieres apostar a que también funcionan en los codos? —preguntó él con una sonrisa.

Ella negó con la cabeza.

—No es lo mismo... —empezó a decir, pero enseguida se dio cuenta de su equivocación.

Antonio la fue besando por la cara interna del brazo. Su respiración era húmeda, y sus dientes deliciosamente cortantes. Cuando llegó al ángulo del codo, se detuvo. Melissa sentía que una ola de fuego le recorría las venas, mareándola y debilitándola.

—Bienvenida a casa —le susurró él cuando ella cayó a sus brazos.

Los dos rodaron por la cama, y el vestido de Melissa se deslizó por sus piernas hasta sus braguitas. Antonio intentó proteger su modestia y volvió a bajárselo, pero ella no lo notó. Sus terminaciones nerviosas eran puntos de fricción que echaban chispas, el fuego la consumía, las llamaradas de pasión la traspasaban. Así que aquélla era la sensación del deseo incontrolado. Estaba a punto de explotar.

Quería besar y morder, y que él la besara y mordiera.

—¿Por qué te has casado conmigo? —le preguntó él, mirándola a los ojos.

Así que quería hablar... Melissa contuvo un suspiro de frustración y se encogió de hombros.

—Porque quiero meterme en tantos problemas como sea posible.

—¿Te casaste conmigo para meterte en problemas?

—Sí, en efecto.

—¿Qué clase de problemas?

—La clase en la que haces cosas que sólo te has imaginado.

Los ojos de Antonio brillaron de interés.

—¿Qué te detiene?

—Nunca he estado metida en problemas. No estoy segura de saber cómo salir.

—Primero vamos a hacer que entres...

Le acarició los pezones con los dedos. Su atrevimiento dejó a Melissa inmóvil y sin palabras. ¡Aún no la había besado y ya la estaba tocando, jugueteando con el cuello del vestido! Las llamas se le concentraron en el estómago. Ninguna parte de su cuerpo estaba a salvo.

Observó fascinada aquellas fuertes manos recorriéndole la piel. Los pezones se le endurecieron al pensar en lo que podría hacer a continuación. Pero no hizo nada por detenerlo, lo cual incrementó aún más la tensión. Siempre se había preguntado cómo sería dejar que un hombre lo hiciera a su manera, ser un juguete en sus manos, existir solamente para su placer, al menos durante un par de horas...

Menudo artículo escribiría de aquello: «Deja que lo haga a su

manera; deja que te bese y toque cuanto quiera, y tendrás a tu lado a una fiera...

Le costaba mucho trabajo componer versos malos, sobre todo con las sensaciones que se revolvían en su interior. Las llamas se habían transformado en haces de luz, y apenas podía concentrarse en algo más que su resplandor.

Antonio también parecía absorto, y aparentemente complacido de ver las respuestas que estaban teniendo sus caricias. Ella se estremeció de placer cuando él se inclinó y le depositó un beso entre los pechos. Su boca era cálida y húmeda, y Melissa se preguntó si podría llevarla a esos lugares que sólo había visitado con la imaginación. Aún podía sentir el tacto de sus labios en el dorso de la mano. Le había producido unas cosquillas deliciosas.

Emitió un gemido parecido a un ronroneo cuando las luces volvieron a envolverla.

—Me recuerdas a una gatita —le dijo él mirándola fijamente—. A una gatita de ojos grandes e inocentes, pequeñas uñas afiladas y muy curiosa. ¿Qué clase de problemas quieres conseguir, gatita?

Ella hubiera preferido ser una gata salvaje, pero al menos era un comienzo.

—¿Un beso francés? —ya lo había experimentado, pero fue mucho tiempo atrás y estaba ansiosa por continuar aquel improvisado curso de sexualidad. Tal vez pudiera escribir sobre aquello, pero si no podía, al menos ya no se sentiría como una mentirosa. Finalmente tendría experiencias propias.

Decidió ser más atrevida.

—¿Qué te parece interpretar papeles imaginarios?

—¿Cómo dices? —no parecía entender a lo que se refería.

—Creo que será más sencillo si te lo enseño —dijo ella—. ¿Puedo

tomar una de estas sábanas?

Entre los dos soltaron la sábana de la cama. Estaba confeccionada con una preciosa seda negra, y serviría para hacer media docena de disfraces que Melissa tenía en mente.

—No te vayas —le dijo, y se metió en el cuarto de baño con la sábana.

El baño de mármol tenía un enorme espejo que Melissa no pudo ignorar mientras se desnudaba. No se sentía del todo incómoda con su figura, pero no se miraba a sí misma desnuda con frecuencia. Su vientre no era del todo liso y sus pechos eran más bien pequeños, pero su trasero no estaba del todo mal y tenía unas pantorrillas bien contorneadas, gracias al yoga, sin duda.

¿Pero qué demonios hacía desnudándose en el baño de una suite con un hombre esperándola en la cama? ¿Tan salvaje tenía que ser la exploración sexual? Ella quería experiencia, pero aquello era una locura. Y todo por culpa de los cócteles. Estaba bebida, loca, comportándose como una ramera... O aprovechando su oportunidad para descubrir quién era realmente, en vez de quién fingía ser.

Se dejó puestas las braguitas, ató los extremos de la sábana sobre un hombro, como una toga de seda negra, y dejó que el resto cayera como una cola. Pensó en dejarse un pecho al descubierto, pero para tanto descaro hubiera necesitado otro golpe en la cabeza. Momentos después, abrió la puerta del baño, elevó los brazos sobre su cabeza y tocó ambos lados del quicio, como si estuviera atada.

Antonio se había puesto de costado, observándola con la barbilla apoyada en un puño. Sonrió inquisitivamente.

—Ten piedad, señor —susurró ella. Casi soltó una risita, pero tragó saliva y continuó—. No me violes y arrójame al volcán.

—¿Perdón? —dijo él, moviendo la cabeza.

—He dicho que no me violes y que me arrojes al volcán. Tú eres el jefe de la tribu, y yo la única doncella que queda en la aldea. Tienes que sacrificarme para aplacar a los dioses del volcán.

—¿No podría violarte, simplemente? —sugirió con una ceja arqueada.

—¡No! Tiene que ser un sacrificio de sangre.

—Suena un poco duro, ¿no crees?

—No; de hecho, es maravilloso, porque no puedes hacerlo. No puedes arrojarme a la muerte, así que te arrojas tú en mi lugar. Oh. Dios mío —susurró—. Me encanta. Es algo tan noble, Antonio...

Él se sentó y sacó los pies de la cama.

—Aprecio vuestro voto de confianza, hermosa doncella, pero no soy tan noble, y tengo una idea mucho mejor. Hagámoslo más simple. ¿Por qué no bromeamos hasta que me supliques que te viole?

—¿Qué fantasía es ésa?

Él empezó a desabotonarse la camisa.

—Es la fantasía en la que una dama correcta y remilgada finge ser inmune a mis encantos y sugerencias, mientras que yo, siendo un pirata caballeresco, hago lo posible por vencer su resistencia.

—No está mal —salvo que ella tenía una perversa idea. Adoptó una pose lasciva, le lanzó un beso, y mientras él se fijaba en su escote, metió la mano bajo la sábana y se bajó las braguitas de un tirón.

¿De verdad podía hacer eso? Los ojos de Antonio brillaban de anticipación.

—¿Te gusta lo que ves? —animada por su interés, empezó a mover las caderas y a subirse la sábana por la pierna, exponiendo un muslo de color crema.

—¿Cómo se llama esta fantasía? —preguntó él, observando cada movimiento.

—Lujuria Desvergonzada.

—Me gusta.

Su voz era tan ardiente que podría haber saltar una alarma anti incendios. Azotó los sentidos de Melissa con tanta fuerza que la volvió loca de deseo.

Antonio se levantó de la cama. Tenía la camisa abierta, y Melissa contempló maravillada sus bronceados abdominales. Parecían esculpidos en bronce.

Sin aliento por la emoción, meneó las caderas y dejó más muslo al descubierto, girándose hasta que las braguitas se deslizaron por sus piernas hasta los tobillos.

La mirada de Antonio ardía de pasión. En dos zancadas cubrió la distancia que los separaba. A Melissa le dio un vuelco el corazón. Esperaba que la tomara en brazos y la devorase con su apetecible boca. Pero en vez de eso. Antonio se limitó a sonreír y a acariciarle el hombro con sus largos dedos.

—Estás jugando conmigo —murmuró ella, desairándolo con la mirada. Si el alma de Antonio era tan negra como sus pupilas, los dos estaban en un serio problema—. ¿Te gusta lo que ves? —le preguntó con voz afectada.

—Oh, sí.

—Entonces tómalo... si puedes.

Intentó desprenderse de las braguitas, pero entonces Antonio la lanzó hacia él, y la sujetó con fuerza. Con una mano la agarró de la muñeca contra el marco de la puerta, mientras deslizaba la otra bajo la sábana.

Melissa ahogó un grito. Se había acabado el disimulo.

Él gimió suavemente cuando tocó su piel desnuda.

La lujuriosa desvergonzada estaba temblando como un flan. Melissa soltó un jadeo y le devolvió el beso. Los haces luminosos iluminaron sus profundidades. La fuente de placer estalló. Aquello era mejor que sus fantasías. Era imposible imaginarse una conexión tan emocionante. Había que sentirlo y sucumbir a ello...

Unos cálidos dedos encontraron su trasero y recorrieron sus indefensos glúteos, acercándola más a él. Le separó los labios con la lengua y ella gimió de gratitud, más ansiosa de lo que estaría una desvergonzada. Entonces él la apartó, antes de que ella pudiera saciarse, y la miró a los ojos. En ellos se veían las llamas del deseo. Estupendo. Estaba excitado, y eso la envalentonaba aún más.

Quería que ocurriera. Lo necesitaba. Con eso demostraría que podía vencer sus miedos.

Volvieron a reanudar el juego. Ahora comenzaba el lento asalto a las defensas de Antonio, y estaba decidida a ser implacable. Le pondría el premio antes sus ojos y luego lo apartaría de su alcance. Le daría pequeños sorbos sin dejar que saciara su sed...

—¿Alguna vez una mujer te ha vuelto loco de deseo? —le preguntó.

—Nunca.

—Estupendo —deslizó una rodilla entre sus muslos—. Entonces seré yo la primera.

Intentó no parecer sorprendida al sentir su erección. Aquella noche prometía cumplir sus fantasías. Había escrito un artículo sobre los placeres de un hombre, pero nunca los había experimentado. Su pirata tendría que ser paciente y cauto con ella, aunque no iba a decírselo todavía. Antes quería hacerlo sufrir un poco más.

Juntó los labios en una sonrisa y se frotó la pierna contra su pene erguido. Desprendía tanto calor como para hacer un agujero en los vaqueros.

— ¿Te parezco lo suficiente descarada?

— Podría devorarte aquí mismo, contra la puerta — dijo él, con una voz ronca y áspera por la pasión.

— ¿Por dónde te gustaría empezar?

— Por cualquier lugar apetecible, como éste... — su aliento le abrasó la oreja cuando empezó a besarla por la mandíbula.

¿Cómo podía ocultarle su agitada respiración? ¿Cómo podía ocultarle nada? Tenía el corazón desbocado, y si hubiera tenido las braguitas puestas, las habría empapado.

— Creo que puedes hacerlo mejor que eso — le dijo. Pero su voz no sonaba nada convincente y él debía de percibir su debilidad.

Antonio se aprovechó de la ventaja. Ahondó con los dedos por debajo de sus nalgas y palpó su humedad.

Una corriente de placer la traspasó a una velocidad vertiginosa.

— No está mal — consiguió decir, pero su gemido la había delatado.

En los instantes siguientes, experimentó el dulce saqueo de la boca y las manos de Antonio. Él le soltó los brazos y ella esperó a que le desatara la sábana y la dejara desnuda. Pero en vez de eso, él se arrodilló y alzó lentamente la sábana, como el telón de un teatro, exponiendo sus pies desnudos, sus temblorosos tobillos, sus pantorrillas y la piel rosada de las rodillas.

Con un gruñido de satisfacción, plegó la sábana por detrás de ella y la aseguró allí. Entonces empezó a acariciarle los tendones de los tobillos y fue subiendo hasta el pliegue de las rodillas. Melissa no

quería que se detuviera, a pesar de que su tacto la estaba llevando al límite de la cordura.

Los muslos se le endurecieron casi dolorosamente cuando él los destapó. No estaba segura de poder resistir mucho más, pero él apenas había empezado. Antonio le abrió la sábana por la cintura y levantó la mirada, como si la estuviera preparando para lo siguiente. Presionó los labios contra el pubis y la besó a través de los suaves rizos. El repentino calor la hizo temblar de éxtasis. ¿Cuándo había perdido el control de su fantasía? Se suponía que era ella quien iba a volverlo loco de deseo.

Él la agarró por las nalgas mientras seguía indagando con los labios hacia su entrada escondida. La lengua alcanzó sus secretos, en busca de su néctar oculto. Ella casi perdió la cabeza al recibir las espirales de placer. Él cálido aliento de Antonio le empapaba el vello púbico, ¿o era su propia excitación lo que humedecía los rizos?

—Separa las piernas —le ordenó él.

Ella intentó desprenderse de nuevo de las braguitas, ansiosa por facilitarle el acceso. Pero entonces él se levantó de repente... dejándola ávida de más besos.

—No está mal —dijo con un hilo de voz.

Él se echó a reír y la levantó en brazos. Las braguitas le colgaban de un pie, y las arrojó a lo lejos como si no quisiera volver a verlas. La llevó a la cama, arrastrando la sábana tras ellos, la acostó y se tomó un momento para admirarla. Entonces se agachó hasta sus pies y fue apartando lentamente la seda negra, revelando su vientre y sus pechos. A medida que iba subiendo iba dejando un reguero de besos por la piel, rezagándose en su ombligo y en la aureola de los pechos con aquella lengua aterciopelada.

No se detuvo hasta que tuvo la sábana sobre su cabeza, y ella se

dio cuenta de que la había dejado con los brazos atados y la respiración entrecortada.

—Eres un demonio —exclamó débilmente.

Lo vio levantarse de la cama y desabrocharse el cinturón y los pantalones. Y él vio cómo lo contemplaba. Melissa no podía creer que se estuviera desnudando para ella. Se quedó sin respiración cuando lo vio quitarse los calzoncillos. Su cuerpo era tan impresionante que llegaba a intimidar. Cuando se movió hacia ella ni uno sólo de sus músculos se balanceó. Todos estaban demasiado rígidos.

—¿Crees que ya tienes suficientes problemas? —le preguntó.

Lentamente, fue embelesando sus sentidos, excitándola hasta que ella no pudo hacer otra cosa que gemir y suplicarle que la liberase. Pero, a pesar del lento ritmo, alcanzó rápidamente un punto en el que las sensaciones estallaban y se fundían una detrás de otra, y pronto todo fue una visión indefinida y gloriosa. Sin embargo, fue consciente del exquisito momento en que la penetró. La súbita presión le hizo echar la cabeza hacia atrás y le llenó los ojos de lágrimas.

La pérdida de su virginidad había sido una experiencia fugaz y dolorosa. Pero lo que siguió fue tan emocionante como sus sueños. Mucho más. Le suplicó que fuera más rápido, que la liberase de una vez. Pero él, como buen pirata, no mostró clemencia. La llevó hacia las estrellas con exhaustiva y minuciosa lentitud, hasta que finalmente puso a su alcance la culminación del éxtasis.

Después. Melissa quedó plácidamente entre sus brazos... pero sólo para recuperar el aliento. Poco tiempo después, cuando Antonio yacía en la cama, se montó a horcajadas sobre él y lo excitó hasta los mismos límites de deseo que ella había traspasado.

Su ataque los dejó a los dos temblando, y cuando todo acabó,

durmieron durante horas. Pero el cuerpo de Melissa no se quedó del todo tranquilo. Incluso en sueños seguía estremeciéndose de placer. En un momento de la noche, él la besó en la nuca y le susurró al oído el último voto matrimonial.

—Te prometo que te meteré en problemas mientras viva.

Melissa se despertó con un gemido ahogado de sorpresa. Vio al hombre que yacía junto a ella y supo que no había estado soñando. Estaba allí y se había casado con él. O tal vez no se hubiera casado, pero él sí estaba allí. Oh. Dios, ¿qué había hecho? Podía haber sido un asesino en serie y ella no lo hubiera sabido. Todo era confuso y borroso, pero por lo que podía recordar, había intimado más con él que con cualquier otro amante de fantasía. Apenas lo conocía, pero a veces las personas entregaban sus corazones a perfectos desconocidos. ¿Era eso lo que había hecho?

No, no le había entregado su corazón. Sólo sus fantasías más eróticas.

¿Cómo había ocurrido? ¿La habían drogado? ¿Raptado? ¿Vendido como esclava? ¿La habrían tomado como rehén y lavado el cerebro?

«Déjate de tonterías, Melissa. Intenta comportarte como una adulta».

Con cuidado de no despertarlo, se levantó de la cama y buscó su ropa. El pánico la asaltó cuando se dio cuenta de que estaba desnuda. Entonces recordó que se había desnudado en el cuarto de baño. ¿O tal vez todo había sido un sueño?

Nunca más volvería a tomar un cóctel mexicano.

En el espejo del baño se examinó el cuerpo en busca de marcas reveladoras. En algunas partes íntimas estaba encendida e hinchada. ¿Eran marcas de dientes lo que veía en la cara interna de los muslos? Toda clase de preguntas absurdas le pasaron por la cabeza mientras

se vestía. El pánico volvió a sacudirla. Razón de más para irse antes de que él despertara y le confirmara sus peores temores. Si realmente habían hecho las cosas que recordaba, no quería saberlo.

Pensó en dejarle una nota, pero no tenía tiempo. Algo le decía que se fuera cuanto antes. De otro modo tal vez no pudiera marcharse... ¿Cómo que no? ¿Qué tontería era ésa? Él tenía un increíble poder de persuasión, cierto, pero ella ya estaba sobria. Por supuesto que iba a marcharse.

Se enderezó las tiras del vestido y sintió que había algo enganchado al lino. El anillo. ¡Había estado a punto de salir con un anillo en el dedo! Intentó quitárselo, pero le resultó imposible. Desesperada, utilizó jabón para deslizado, pero tampoco resultó. Tiró y retorció, poniendo una mueca de dolor cuando se le quedó atascado en el nudillo. No podía quitárselo. Tendría que encontrar un modo para devolvérselo más tarde.

Cuando salió del baño, lo vio tendido bocabajo, con la almohada en el suelo y la sábana cubriéndole tan sólo el trasero. Se obligó a sí misma a no mirar nada, especialmente a él, pero un pedazo de papel en la mesa le llamó la atención. Era una licencia matrimonial. Siguiendo su instinto de escritora, la agarró y la metió en el bolso. Algún día serviría para redactar una buena historia, si tenía el valor para contarla...

Salió por la puerta a la luz rosada del amanecer, todavía insegura de si el calor que la impregnaba era resultado del sexo o tan sólo de haberlo soñado. Cuando llegó a su hotel, se dio cuenta de que había olvidado el chal, el mismo que había estado buscando bajo la mesa del restaurante cuando él llegó con un sacerdote. Tal vez estaba destinada a perderlo. Pero mejor el chal que otras cosas. Como su cabeza. O su corazón. Lo que había ocurrido la confundía y la asustaba, pero de una cosa estaba completamente segura: no iba a

volver por el chal.

Capítulo 2

«¿Qué le resulta más sexy a un hombre? ¿Una imaginación ardiente o un cuerpo caliente? Si te quedas con lo primero... ¡has acertado! Y tu hombre será un tipo con suerte».

101 maneras de hacerlo suplicar

Kansas City . Dos años después.

Melissa Sanders estaba en la posición de la cigüeña cuando el teléfono de su dormitorio empezó a sonar. Había elevado su pierna izquierda, doblándola por la rodilla, y se había agarrado el pie mientras con el otro brazo apuntaba al techo. Parecía fácil pero no lo era. Llevaba seis meses trabajando aquella postura, y era la primera vez que conseguía sostenerse sin temblar ni perder el equilibrio. No tenía mucho control sobre su cuerpo, y por eso practicaba el yoga. Bueno, y también para controlar su desatada imaginación. Había oído que el yoga centraba tanto la mente como el cuerpo.

Dejó que el teléfono sonara. Aquel momento era histórico. Quería mantener la postura al menos dos minutos más. No era nada comparado con lo que podía aguantar Tara, su profesora, una auténtica diosa del yoga.

—Melissa, ¿estás ahí? Soy Jeanie, de Searchlight Publishing. Tengo que hablar contigo. Llámame en cuanto oigas el mensaje. ¡Tengo grandes noticias!

«Espira lentamente desde el centro de tu ser. La respiración es la fuerza divina de la vida.

La fuerza vital de Melissa salió con un silbido, como el aire de un neumático pinchado. Intentó no abandonar la postura y sintió un

tirón en la espalda.

—Ya voy —dijo, aunque sabía que Jeanie no podía oírla. Se frotó las lumbares y se preguntó si tendría algún linimento en el botiquín.

Se acercó cojeando hasta la mesita de noche junto a su cama de columnas, pero Jeanie ya había colgado. Aquella mujer lo hacía todo muy rápido, incluido hablar, pero seguramente no tenía más remedio. Trabajaba para el departamento de publicidad de la editorial, y estaba a cargo de la campaña publicitaria de *101 maneras de hacerlo suplicar*, el primer libro de Melissa.

«Mi primer libro», pensó con una sonrisa, a pesar del dolor. Aún la sorprendía un poco su buena suerte. Se había pasado años escribiendo artículos para revistas femeninas. Los artículos la habían dado a conocer, y le habían propuesto presentar un libro a Searchlight Publishing gracias a la imaginación sexual que había mostrado en la revista *Women Only*. Pero nunca había esperado que la editorial quisiera comprarlo. Eso fue un año atrás, y hacía tan sólo una semana, *101 maneras de hacerlo suplicar* había sido publicado.

Marcó el número de Jeanie y ésta contestó al primer toque.

—¿Estás sentada. Melissa? Porque creo que deberías estarlo —le dijo la publicista.

Melissa soltó un gemido. Sentarse iba a ser doloroso. Su cuerpo no quería otra postura que la de la cigüeña. Se frotó con el puño la zona lastimada.

—De acuerdo, estoy en la cama. Si me caigo de espaldas, tendré un aterrizaje suave. ¿De qué se trata?

—Las ventas de la primera semana en las librerías son sensacionales, y hay que aprovecharse de ello. Los responsables de marketing van a mandarte a una gira de dos semanas por diez ciudades, y yo voy a acompañarte. ¿No te parece fantástico?

—¿Dos semanas?

—Por lo menos. El jueves saldremos para Nueva York, pero aquí es donde viene lo más emocionante. El viernes por la mañana vas a aparecer en el programa *Wake Up, America*. ¿Qué te parece?

—¿El jueves? ¿Dentro de dos días? —Melissa nunca había estado en Nueva York, y menos en una gira promocional. Aparte de sus escapadas anuales con las chicas, no había viajado a ningún sitio. Sus encargos como escritora le permitían trabajar desde casa y realizar casi toda su búsqueda a través de Internet. Además, los viajes que hacía con su imaginación ya eran bastante exóticos.

—Eso es —dijo Jeanie—. Nos encontraremos en el aeropuerto, te llevaré al hotel y el viernes por la mañana te recogeré para ir al programa.

Melissa estaba demasiado nerviosa para quedarse en la cama. Una punzada la hizo gemir de dolor al levantarse.

—¿Melissa? ¿Te ocurre algo?

—Me he hecho daño al levantarme. Jeanie. Por cierto, ¿dónde está el bazo? ¿Debajo de los riñones? Creo que me he lastimado el mío.

—Oh, lo siento. Melissa. Siempre estás enfermado con algo. Creo que el bazo es como el apéndice, ¿no? No sirve para nada. Además, lesionarse está prohibido. Ya te hemos programado cada día de la gira. La compañía aérea va a mandarte los billetes por email, así que ya puedes ir haciendo las maletas. Todo saldrá bien.

—Jeanie, de verdad me he hecho daño... —empezó a decir, pero Jeanie colgó sin darle tiempo.

Tal vez fuera cierto que tenía una tendencia a exagerar los síntomas médicos. Sus amigas habían dejado de tomarse en serio sus dolencias porque eran una detrás de otra: disfunción en la articulación temporomaxilar, trastorno de falta de atención,

psoriasis... Su maldita imaginación siempre estaba buscando problemas. Pero también era su modo de ganarse la vida, pues se pasaba el tiempo pensando en maneras de hacer más excitantes las vidas amorosas de las mujeres. Ella, que no había tenido sexo en dos años.

El teléfono volvió a sonar, haciéndola ponerse en pie de un salto. ¡Uf! Realmente necesitaba calmarse y una buena pomada, o acabaría haciendo la gira en una camilla.

—Lo siento —le dijo Jeanie—. Olvidé lo más importante. Marketing insiste en que traigas a Antonio.

—¿Antonio?

—A tu guapo marido, tonta. El hombre al que has dedicado el libro.

Melissa se desplomó sobre la cama. Aquello no podía estar sucediendo. No había ningún marido. Dos años antes, se había casado con un hombre por un reto absurdo, y la única noche que pasaron juntos le dio la idea para escribir el libro. Pero no había sido un matrimonio de verdad, tan sólo una noche de pasión increíble. Aquel hombre la había vuelto loca de pasión. La había tenido desnuda frente a él, temblando de deseo. Y en aquella escalada de placer, Melissa había llegado a olvidar su propio nombre.

En cualquier caso, al escribir el libro se lo había dedicado a su supuesto «marido» para darle credibilidad. ¿Quién iba a escuchar a una mujer que nunca había estado casada?

—Tus lectoras se volverán locas por conocerlo —estaba diciendo Jeanie—. Igual que todo el mundo en Searchlight. Éste es el hombre que te hizo llegar al orgasmo susurrándote al oído, ¿verdad? ¿No era ése el capítulo ocho... «Cómo convertirlo en el amante de sus sueños por una noche»?

—Sí —respondió Melissa débilmente—. Capítulo ocho.

Se había olvidado del bazo. En los treinta segundos siguientes, pensó en cualquier excusa que pudiera usar. Que estaba embarazada, que se estaba muriendo, que era lesbiana... Esforzó al máximo su imaginación, pero nada tenía sentido. Sólo la verdad.

—Jeanie, no cuelgues, ¿de acuerdo? Tengo que decirte una cosa.

—Oh. Dios, ¿más secretos íntimos del matrimonio? Vosotros dos vais a triunfar en esta gira, sin duda.

Melissa se humedeció los labios.

—Jeanie, tengo que contarte algo —hizo una pausa y lo soltó de golpe—: No hay ningún marido. Antonio no existe.

Por encima de sus acelerados latidos, oyó un ruido sordo. Afortunadamente resultó ser el teléfono de Jeanie, no la propia Jeanie.

—Estoy bien —dijo la publicista, aunque parecía respirar con dificultad—. Me he levantado demasiado rápido. ¿Cómo que no hay Antonio? ¡Le has dedicado el libro! ¡Es quien te hace la cera en los muslos! ¡Quien te da mordisquitos en el codo y te quita la ropa interior con los dientes! Llevo un año fantaseando con ese hombre, ¿y ahora tú me dices que no existe?

—Puedo explicártelo —dijo, e intentó contárselo todo. Le habló de la apuesta, de aquella noche de pasión, de la aventura sexual más increíble de su vida... sin añadir que, en realidad, había sido la única aventura de su vida.

—No fue del todo una invención —señaló—. De hecho, nos casamos.

—¿Te casaste con él y no has vuelto a verlo?

Melissa se imaginó a Jeanie andando de un lado para otro. Su

pobre publicista estaba desesperada por salvar la gira... y las ventas del libro.

—Tal vez podamos hacer que esto funcione —dijo Jeanie—. Fue una unión de buena fe, ¿verdad? ¿Firmasteis una licencia matrimonial?

—Bueno, firmé algo, un documento en español que parecía legal, pero fue en México. Aquí no tendría validez —dijo, rezando por estar en lo cierto.

—¿Aún la tienes?

—Sí —respondió Melissa con un suspiro—. La tengo por alguna parte.

—Mándamela por fax. Ahora mismo, junto con toda la información que tengas sobre ese hombre... su nombre completo, nacionalidad, el nombre del restaurante donde trabajaba y cuándo lo viste por última vez. Mándamelo todo.

—De acuerdo... pero ¿por qué?

—Porque voy a encontrar a tu misterioso marido, y voy a hacerlo rápido.

—¿Crees que es una buena idea? —preguntó, pero Jeanie había vuelto a colgar. Su publicista ya estaba tras la pista de Antonio, y no se podía hacer nada por evitarlo.

Melissa se acostó en la cama, gimiendo de dolor al sentir la punzada en la espalda. Tiró inútilmente del anillo dorado que aún seguía en su dedo. No había conseguido quitárselo en dos años, y no había tenido valor para cortarlo. Les había dicho a sus padres que había tenido que comprarlo porque se le había quedado atascado en el dedo al probárselo. Sus padres no sabían nada de Antonio ni del libro que le había dedicado, y como vivían en una granja aislada, con una televisión que no funcionaba, Melissa no creía que fueran a

enterarse de nada.

Tal vez el anillo la había gafado. De todos modos, ¿por qué había hecho creer que tenía un marido de verdad? Si Jeanie no encontraba a Antonio, las ventas caerían en picado, y quizá la editorial la demandara por tergiversación de los hechos. Pero si lo encontraba, ¿qué haría ella? ¿Fingir que seguían casados y que eran la pareja más sexualmente satisfecha de las que había escrito, con una relación tan ardiente que siempre estaban mandándose mensajes eróticos por los móviles?

Había esperado que el escribir el libro aclararía sus sentimientos sobre aquella noche, como una especie de exorcismo, pero no había sido así. Temía la posibilidad de que Jeanie encontrara a Antonio. ¿Cómo se sentiría con ella después de todo ese tiempo? ¿Estaría furioso, o peor aún, desilusionado? Con una palabra podía destruir su carrera. Era un pensamiento aterrador, pero, al mismo tiempo, sentía una innegable fascinación ante la idea de volver a verlo. ¿Cómo no? Él había sido el catalizador de sus fantasías sexuales y una fuente de placer que superaba toda descripción. Su fuerza masculina había quedado indeleblemente grabada en su sistema nervioso, y sus recuerdos eran ardientemente lúcidos. Antonio... Dios Santo.

Se levantó y salió del dormitorio para ir a su despacho. Tenía que buscar la licencia matrimonial, pero antes tenía que encontrar una copia de su libro. ¿Qué más cosas había escrito en sus páginas?

* * *

—Estaré bien. Puedo hacerlo —dijo Melissa. Estaba sentada junto a Jeanie en un sofá del estudio de *Wake Up, America*—. Me gusta la idea de elegir parejas entre el público y hacerles el cuestionario sexual. Puede ser divertido.

—¿Estás preparada para las preguntas difíciles? —le preguntó

Jeanie—. Al final del programa, Bobbi te hará las preguntas de la audiencia, pero ella no sabe cuáles serán. Los productores no quieren perder el elemento sorpresa.

—No creo que pueda sorprenderme —dijo Melissa secamente—. He memorizado el maldito libro.

—¿Dónde está tu marido. Melissa? ¿Cómo vas a responder a ésa?

—Está en Londres, en viaje de negocios. Espero que pueda reunirse pronto conmigo —sonrió y le enseñó el anillo a Jeanie—. ¿Lo ves? Estoy preparada para todo. Llevo incluso un anillo de casada.

—Eh, bien pensado —dijo Jeanie—. No se me había ocurrido.

Melissa sintió una incómoda punzada cuando el anillo dorado reflejó la luz, pero decidió no compartir esa parte de la historia con Jeanie. Tal vez por eso el anillo seguía en su dedo... para ayudarla a superar la gira.

—Has pensado en todo lo demás —le dijo a Jeanie—. Va a salir muy bien.

Naturalmente, Melissa estaba segura de que Jeanie se pondría histérica durante la emisión del programa y que saldría corriendo del plato. Jeanie parecía mucho más nerviosa que ella, pero la verdad era que había mucho más en juego de lo que Melissa quería pensar, y por eso tenía que estar agradecida de que la gira no se hubiera cancelado. Antonio aún no había sido localizado, pero el departamento de marketing había decidido seguir adelante sin él. *Wake Up, America* era una oportunidad demasiado buena como para desaprovecharla, y Melissa los había convencido finalmente de que podía inventarse alguna excusa para su marido ausente.

«Por favor, Dios mío, haz que siga perdido. Así será todo mucho más fácil».

La puerta del plato se abrió y entró una mujer con auriculares, la misma que llevaba atosigándolas toda la mañana.

—¡Vamos! —llamó a Melissa—. Eres la siguiente.

Melissa le dio un apretón en la mano a Jeanie.

—Puedo hacerlo —susurró—. No te defraudaré.

Jeanie le devolvió el apretón y le arregló un poco la ropa. Le sacudió las motas de polvo de su traje azul marino y enderezó el cuello de su blusa. También le alisó la corta y reluciente melena negra. Seguramente fuera un acto reflejo, pero a Melissa la animó pensar que Jeanie se estaba comportando como era en realidad. Jeanie tenía treinta y cinco años y era la perfecta publicista, parte brillante estrategia de ventas y parte maternal.

La mujer agarró a Melissa de la mano y la condujo por el estudio. Melissa oyó una cuenta atrás, y entonces la empujaron suavemente a un plato de televisión mientras estallaban los aplausos.

Las luces de los focos le parecieron irreales, como la nave extraterrestre de Encuentros en la tercera fase, pero pudo ver a una mujer que se parecía a Bobbi Start levantándose de un sofá y haciéndole gestos con la mano.

¿Estaría sufriendo ceguera histérica?

No confiaba en sí misma para superar aquello, pero de algún modo consiguió acercarse a la presentadora sin tropezar y sin que la chaqueta se le enganchara en algún sitio y quedara desnuda en medio del plato.

¿Habría escuelas para educar a la imaginación? Serenidad, tranquilidad...

—¡Aquí está nuestra experta del sexo! —exclamó Bobbi, abrazándola. Su euforia a punto estuvo de hacerlas caer a las dos,

algo que sin duda le hubiera encantado al público.

La gente aplaudía y vitoreaba a Melissa, a quien no sorprendió que aquel programa fuera un éxito. Bobbi prodigaba la misma calurosa bienvenida a todo el mundo. Pequeña y vivaracha, la ex gimnasta olímpica era el rostro matinal de la televisión, y había llevado a *Wake Up, America* al segundo puesto de los índices de audiencia. ¿Quién necesitaba café para despejarse teniendo a Bobbi Start?

—Melissa, Melissa, Melissa —Bobbi siguió derramando entusiasmo mientras se sentaban—. ¡Menuda chica tan traviesa estás hecha! Este libro tuyo es una auténtica revelación. ¿O debería decir un auténtico aliciente?

Sostuvo en alto un ejemplar del libro y Melissa se ruborizó, sobre todo de placer.

—Por favor, mejor un aliciente —dijo—. Mi objetivo es ayudar a las mujeres a desatar su imaginación sexual. Creo que deberíamos ser tan creativas en nuestra búsqueda de la pasión como lo somos cuando vamos de compras. Piensa en lo feliz que estaría todo el mundo... y lo delgado. ¿Sabes que al hacer el amor quemamos casi setecientas calorías por hora? Es mucho mejor que la rutina diaria.

Bobbi se rió con satisfacción.

—Pero ¿cómo podemos hacer el amor durante una hora?

«Ésta no conoce a Antonio», pensó Melissa.

Una de las cámaras tenía una luz roja parpadeante, lo cual indicaba, según le habían dicho, que era la que estaba emitiendo. La miró y sonrió, esperando mandarle una señal a Jeanie. «¿Lo ves? No tengo ningún problema. Esto es un juego de niños.

—¿Qué te parece si invitamos a participar a nuestro distinguido público? —sugirió Bobbi—. Le formularemos el cuestionario erótico

y veremos sus respuestas. ¿Hay alguna voluntaria?

Las manos se alzaron por todo el estudio, pero una azafata ya había sacado a una pareja que se había ofrecido antes de comenzar el programa. La azafata los presentó, dijo sus edades, ambos en la treintena, que llevaban diez años casados y que estaban desencantados con su vida sexual.

Melissa escudriñó nerviosamente el público. Ella misma había inventado el cuestionario para el libro, pero no se le había ocurrido que tuviera que hacérselo a alguien en vivo. Saludó a la pareja con una sonrisa, fingiendo que no le resultaba extraño invadir la intimidad de los demás.

—¿Os permitís los juegos amorosos a posteriori además de los preludios? —les preguntó—. En otras palabras, ¿habláis de cómo ha sido después de hacerlo y os decís mutuamente lo que os ha gustado?

El hombre se ruborizó, pero la mujer no dudó en hablar con voz alta y clara.

—Lo que a mí me gustaría es tener sexo —dijo.

El público se rió por lo bajo, y Melissa no pudo evitar una sonrisa.

—No hay por qué preocuparse —dijo—. Parece el típico caso en que las pilas sexuales se han agotado. Lo que necesitáis es empezar de cero, volver a la seducción, intentar visualizar la clase de sexo que os gustaría tener con vuestra pareja. Es algo muy divertido, muy estimulante, y os ayudará a descubrir vuestros propios secretos —se volvió hacia el público—. Y aquí tenéis unos deberes para casa. La próxima vez que estéis en un atasco de tráfico o esperando en una cola, emplead el tiempo para imaginar lo que os gustaría hacer si estuvierais a solas con vuestra pareja. Puede ser algo que hayáis visto en una película o leído en un libro, pero no os limitéis a lo más obvio.

Por supuesto, podéis desear que vuestra pareja os cepille el pelo, pero tal vez preferáis que os caliente el trasero con el cepillo.

—¡Vaya, justo cuando se pone interesante! —dijo Bobbi con decepción cuando la música del programa empezó a sonar—. Tenemos que hacer una pausa para publicidad, pero enseguida volvemos. No os vayáis.

En cuanto las cámaras se apagaron, todo el plato empezó a bullir de actividad. Un joven bastante malhumorado le sirvió un vaso de agua a Melissa y un té helado a Bobbi. Se agitaron las flores y se sacudieron los cojines. Un técnico de sonido comprobó los micrófonos, y otros miembros del personal se reunieron para discutir a un lado del plato.

Melissa miró a Bobbi en busca de aprobación y la presentadora le hizo un gesto con el pulgar en alto mientras hojeaba sus notas.

—Lo siguiente va a ser mejor aún —dijo—. Veo que tenemos grandes sorpresas en reserva. Estos productores míos son unos auténticos genios.

La maquilladora apareció para empolvarle la nariz a Melissa, de modo que no hubo ocasión para enterarse de lo que Bobbi había querido decir. Pero no había de qué preocuparse. Las cosas parecían ir muy bien. Incluso la pareja casada había sido encantadora. Cuando se hablaba de sexo se tenía una gran ventaja. El tema era un campo de minas en el que se podía dar un paso en falso en cualquier momento. Era peligroso... y muy excitante.

—... tres, dos, uno...

Melissa apenas tuvo tiempo de beber un sorbo de agua antes de que volvieran a estar en el aire. Bobbi volvió a sostener el libro, y una de las cámaras lo enfocó en primer plano. La cubierta apareció en el monitor, a la vez que el nombre de Melissa. Aquello la conmocionó.

¡Era su libro! ¡Y lo estaba viendo por televisión! Se sentía como si estuvieran hablando de otra persona y ella estuviese allí por error.

—Vamos a hablar del capítulo cinco, Melissa. Algunos de estos juegos suenan a desfile de carnaval... Cabalgada de Placer, Ciclo Giratorio, Expreso a la Pasión, Columpiándose en el Extremo, Pegamento Sexual... ¿y éste... Lengua de Terciopelo? ¿Te importaría contarnos en qué consisten? —le pidió Bobbi haciéndole un guiño.

—Bueno, Columpiándose en el Extremo consiste en que tu pareja te empuja en el columpio, pero no con sus manos.

—Oh, Dios mío —exclamó Bobbi riendo—. Parece que para ése hace falta buena coordinación. ¿Y éste de Pegamento Sexual... mmm? ¿Cómo es?

Melissa también se echó a reír.

—Lo siento, tendréis que leeros el libro. Pegamento Sexual es demasiado caliente para un programa matinal de televisión.

—De acuerdo, pero al menos dinos cuál de esos juegos hace que tu marido suplique por más. ¿La Lengua de Terciopelo, tal vez?

Melissa se ruborizó. El interludio que había inspirado ese nombre aún permanecía dolorosamente vivido en su memoria, después de dos años.

—La verdad es que fue Antonio quien me inspiró ese nombre —respondió suavemente, pero no sé si debería contarte cómo.

Bobbi se levantó y miró hacia el lateral por donde había surgido Melissa.

—Bueno, en ese caso —dijo con un tono enigmático—, tal vez Antonio nos lo cuente él mismo.

—¿Qué? —Melissa miró a Bobbi, quien ahora hablaba directamente a las cámaras.

—Sí, amigos, tenemos una sorpresa para Melissa. Ella no sabe nada de esto, pero le hemos traído a su marido desde Londres, donde estaba en viaje de negocios. Hemos pensado que a todos os gustaría conocer al hombre que inspiró la Lengua de terciopelo —hizo un gesto con el brazo—. ¡Bienvenido, Antonio Bond!

Nadie ahogó un grito más fuerte que Melissa cuando un hombre alto, moreno y exóticamente atractivo entró en el plato. Llevaba el pelo, negro y brillante, un poco más largo de lo que dictaba la moda actual, pero no parecía el tipo de hombre que se preocupara por la moda. Le acariciaba la nuca y le caía sobre la frente, haciéndolo parecer arrebatadoramente *sexy* y peligroso.

Por otro lado, podría haber sido un representante, a juzgar por las ropas que llevaba. Los pantalones entallados, la camisa negra de seda y las sandalias de piel le daban el aspecto de un hombre que acabara de llegar del sur de Francia. Su rostro era de facciones duras y angulosas, con una ligera barba incipiente embelleciéndole la mandíbula. Definitivamente, no era el mismo camarero que se había puesto de rodillas ante Melissa y le había propuesto el matrimonio. Y, sin embargo, sí lo era. Era Antonio. Irradiaba la misma fuerza e intensidad.

Se acercó a Bobbi y le estrechó la mano, y luego se volvió hacia Melissa, quien aún no había conseguido levantarse. Sus oscuros ojos se clavaron en ella, despidiendo un peligroso destello. No parecía tener prisa. Las luces rojas y los relojes del plato no parecían desconcertarlo mientras, con evidente interés, veía los esfuerzos de Melissa por levantarse.

La ayudó a ponerse en pie tirando de su mano y dijo en voz alta para que todos lo oyeran:

—*Cara mia*, parece que han pasado años desde que te abracé por

última vez.

El público suspiró cuando él la estrechó entre sus brazos. Melissa no podía ni respirar. El pulso le latía con tanta fuerza que era doloroso, pero no de placer. No sabía de qué se trataba: ¿miedo, excitación, anticipación?

—No esperes escapar otra vez de mí —le susurró él, en voz tan baja que Melissa apenas lo oyó—. Nunca.

Lo miró, sobresaltada, pero lo único que vio fue su sonrisa fugaz. Dios, era demasiado guapo. Su boca seguía siendo tan apetecible como la noche en la que le cubrió el cuerpo de besos. ¿Por qué le estaba ocurriendo eso a ella? ¿Por qué en un programa en directo que se emitía en todo el país?

—Es tan bonito como la noche en la que lo deslicé en tu dedo —dijo él.

Melissa no supo a qué se refería hasta que él se llevó sus dedos a los labios y besó el anillo. Se quedó helada. Era el anillo. Estaba gafada y maldecida. Nunca podría escapar de Antonio mientras el anillo siguiera en su dedo. Sintió cómo la imaginación empezaba a desbocarse, y tuvo que hacer un desesperado esfuerzo por controlarla. Las maldiciones eran pura superstición. Se trataba de Antonio, no del anillo. Él era el problema.

Necesitaba poner distancias con él, pero era como si estuviese en un tióvivo. Si no hubiera sido por sus brazos, habría caído al suelo. El plato daba vueltas, igual que sus pensamientos. ¿Qué quería Antonio de ella? ¿Sería aquello un intento de soborno? ¿Querría dinero? A Melissa nunca le había parecido esa clase de hombre, pero ¿cuánto lo conocía en realidad?

Jeanie tendría que haber previsto todo eso antes de empezar a buscarlo.

¿Por qué no le había dicho que lo había encontrado?

Antonio se sentó junto a ella, y Melissa tuvo que hacer un esfuerzo supremo para no perder la compostura. No había estado preparada para reencontrarse con él así. Bueno, ni así ni de ninguna otra manera. Esperaba al menos que lo hubieran aconsejado antes y que supiera cómo comportarse y qué decir, pero no parecía ése el caso.

Ella tampoco tenía ni idea de qué decir, sobre todo a él... Ten piedad, señor, no me violes y arrójame al volcán». Eso echaría abajo el plato.

—Veo que ha sido una auténtica sorpresa para Melissa —dijo Bobbi—. Mírala. Parece... ¿Te encuentras bien, Melissa?

—Me he quedado sin palabras —consiguió decir—. ¿Cómo lo habéis encontrado?

«¡No! No importa. No me respondas», pensó, aunque Bobbi ya se estaba dirigiendo al público.

—La verdad es que me cuesta imaginarme a Antonio suplicando por algo. ¿A vosotros no? —preguntó. Todas las cabezas del público asintieron.

—Por favor, llámame Tony —dijo él. Le dedicó a Bobbi una sonrisa fugaz y luego clavó su penetrante mirada en Melissa—. Creo que mi mujer debería responder a eso. ¿Alguna vez me has oído suplicar, Melissa?

Melissa le hizo un guiño malicioso.

—Pues claro que sí —respondió, y se volvió hacia Bobbi—. Todo mi libro se basa en experiencias personales —no iba a dejar que aquel hombre la intimidara en televisión. Se suponía que tenía que ser un marido sexualmente satisfecho, y si no lo sabía, ella debía decírselo de algún modo.

Él se inclinó hacia ella para susurrarle algo en el oído.

—Cuenta la verdad, si te atreves. Y, por cierto, según el libro, puedo llevarte al orgasmo susurrándote al oído. ¿Está funcionando? Será mejor que convencas a la audiencia para que se lo crea si quieres seguir vendiendo libros.

Melissa soltó un débil gemido, pero no de éxtasis. Todas las miradas estaban fijas en ella. Pensó en hacer su mejor imitación de Meg Ryan en Cuando Harry encontró a Sally pero la humillación era demasiado grande. No podía emitir jadeos si no estaba haciendo el amor. Bueno, excepto con él, maldita escoria, y no tenía intención de darle esa satisfacción... Aunque ya la estaban asaltando los vivos recuerdos de aquella noche.

Podía oír el sensual y ronco gemido de Antonio cuando le quitó la toga y la vio desnuda por primera vez. Podía oler el calor corporal que desprendía su piel y sentir el fragor de su propia sangre al descubrir lo adictivas que podían ser sus caricias.

Para ganar tiempo alargó el brazo hacia su vaso de agua. La mano le temblaba tanto que apenas pudo sostenerlo sin que se le derramara, lo cual le dio una idea. Pero ¿podría hacer una locura semejante? No, era demasiado atrevido, demasiado arriesgado.

Sí, claro que podía hacerlo. Tenía que hacerlo.

Era la única manera de desconcertarlo y recuperar un poco de autocontrol.

Aspiró aire, miró fugazmente a Antonio con una sonrisa nerviosa... y le volcó el vaso en su regazo. El agua debía de estar helada, porque él no movió ni un músculo. Se quedó allí sentado, respirando agitadamente, sin hacer nada mientras el público emitía un grito ahogado de horror.

Bobbi se puso en acción, buscando algo para secar el agua.

Apareció una azafata con una toalla. Se la tendió a Tony, pero fue Melissa quien la agarró.

—¡No pasa nada! —exclamó, dirigiéndose a Bobbi y al público—. Estamos jugando a un juego llamado ¡Ups! Primero echas algo en el rezago del caballero y luego lo limpias. Es muy *sexy*, ¿verdad, Tony?

La mirada de Tony se había vuelto más oscura que una criatura de la noche. Ni los ojos de Drácula eran tan negros e impenetrables.

—No sé nada de ¡Ups! —dijo en un tono siniestro—, pero hemos compartido unos cuantos juegos. Mi preferido es La Novia Fugitiva y el Novio Furioso... sobre todo cuando él obtiene su venganza al atraparla.

Melissa tragó saliva. Sabía que estaba furioso y que ella tendría que pagar de algún modo. Pero no era eso lo único que la preocupaba en esos momentos. Se habían repartido copias de su libro por el público. Ojalá nadie descubriera que en sus páginas no aparecía el susodicho juego.

Capítulo 3

«Las peleas son una actividad infravalorada entre los amantes. Sirven para desfogarse y liberar la tensión... ¡y para preparar el camino al sexo!».

101 maneras de hacerlo suplicar

La situación se desmadró al acabar el programa. Tony se ocultó detrás de un biombo para ponerse unos pantalones secos que le habían conseguido. Al otro lado del biombo podía oír a Melissa yendo de un lado para otro, murmurando que había sido traicionada y que Jeanie iba a oírla. En opinión de Tony, Melissa tenía que aprender unas cuantas cosas sobre la traición, pero eso podía esperar hasta que estuvieran a solas.

A solas... Apenas podía esperar.

La puerta se abrió y alguien entró en la sala.

—¡Eh, ha sido fantástico!

Tony reconoció la voz de Jeanie, la publicista de Searchlight. Pero Melissa no parecía compartir su entusiasmo por el programa, pues casi soltó un chillido de indignación.

—¿Por qué no me lo has dicho? —le preguntó a Jeanie.

Su furia le produjo algo de satisfacción a Tony. Si pudiera hacerlo a su manera, la tendría chillando a pleno pulmón. Y estaba decidido a hacerlo a su manera...

—Los productores querían que fuera una sorpresa —dijo Jeanie—. ¿Qué podía hacer?

Cuando Tony salió de detrás del biombo, las dos mujeres estaban

andando en círculos, frente a frente, como dos luchadoras en un ring. No supo que se habían percatado de su presencia hasta que Melissa lo apuntó con un dedo.

—¿Una sorpresa? —espetó—. Él no es una sorpresa. Es un error fatal de mi pasado. ¿Cómo puedes hacerme esto a mí?

Jeanie juntó las manos en un gesto de arrepentimiento.

—Lo siento. El programa no te habría invitado sin él. Melissa. Iban a cancelar nuestra gira. Lo encontré en el último minuto, y me hicieron prometer que no te lo diría.

—¿Y estuviste de acuerdo? ¿Aun conociendo mi historia con él estuviste de acuerdo?

—Pensé que lo comprenderías. Es por el libro. Todo lo que estamos haciendo es por el libro, ¿no es cierto?

Tony no estaba especialmente contento con una de las dos mujeres, pero apoyaba más a la que no le había echado encima un vaso de agua helada. Tenía que reconocer que la virgen vestal había cambiado y que ya podía valerse por sí misma. Qué lejos estaba de aquella damisela acosada por sus amigas. Al principio, la proposición de matrimonio no había sido más que un gesto galante para tranquilizar a sus amigas. Pero cuando se arrodilló para pedirle su mano y vio la incredulidad en sus ojos, supo que tenía que hacerlo de verdad. Aquella mujer no creía que ningún hombre pudiera desearla.

Y eso era algo que él no podía creer.

Era preciosa. Su piel translúcida tenía un ligero matiz rosado, y su expresión era de absoluta perplejidad. Cuando la vio por primera vez en la playa, le había parecido tan triste y melancólica como las imágenes de las vírgenes de las iglesias mexicanas, pero en cuanto estuvieron solos en la suite, lo había desconcertado por completo al desprenderse de toda cautela.

Una azafata asomó la cabeza por la puerta e hizo varios gestos con la mano que Jeanie pareció entender.

—La limusina ha llegado —dijo—. Nos llevará al hotel y allí podremos hablar.

—¿Qué hotel? —preguntó Melissa.

—El hotel donde os hospedáis Tony y tú.

—Él y yo no nos hospedamos en el mismo hotel.

—Es sólo para guardar las apariencias —explicó Jeanie—. Necesitamos que la gente crea que estáis casados... y, por cierto, lo estáis.

—¿Estamos qué?

—Casados.

Melissa se puso pálida.

—¿Nuestro matrimonio es legal? ¿Es eso lo que estás diciendo?

Tiró del anillo como si intentara quitárselo, lo que a Tony le resultó irónico. El anillo había pertenecido a su familia durante muchos años, y soportaba una interesante leyenda. Tony siempre se había preguntado por qué Melissa se había llevado el anillo. No se creía que lo hubiera robado, pero también le resultaba extraño que se lo hubiera quedado todo ese tiempo.

Jeanie asintió con la misma autoridad que un juez.

—El matrimonio es legal y vinculante. Vuestros nombres aparecen en el contrato.

Melissa dejó escapar un grito ahogado.

—¿Cómo es posible? Pensaba que todo era una broma, y el documento estaba en español. No sabía lo que estaba firmando.

—Ningún juez se creerá eso. Melissa. Estuviste con él frente a un

sacerdote, pronunciaste los votos y firmaste con tu nombre en el certificado. Y sabías que no era un funeral.

Tony se compadeció de Melissa. También a él lo había afectado volver a verla. Sus obligaciones, tanto profesionales como personales, no le permitían hacer un viaje a Nueva York. Debería haber estado furioso al enterarse del paradero de Melissa, y sin embargo no era así. Melissa había firmado el documento, pero su apellido era ilegible. Eso no restaba validez legal a la unión, pero era la razón por la que no había podido encontrarla antes. Ella no lo sabía, y no iba a ser él quien se lo dijera. Estaba allí porque tenía que estar. Pero había otro motivo: quería saber cómo una mujer podía entregarse por completo a un hombre y luego desaparecer sin una palabra.

—Melissa, ¿estás bien? —preguntó Jeanie.

—No puedo respirar —dijo ella, emitiendo pequeños jadeos—. Algo va mal.

Jeanie negó exasperadamente con la cabeza. Por lo visto, ya había tratado antes con eso.

—Melissa, estás perfectamente. Y ahora, vámonos de aquí. La limusina está esperando.

Los jadeos de Melissa se transformaron en gritos sofocados, y a Tony le recordaron los problemas respiratorios que había sufrido de niño. Se colocó rápidamente detrás de ella, le puso una mano en la boca y con la otra le agarró la nariz. Presionó el antebrazo contra la suavidad de sus pechos y sintió los acelerados latidos de su corazón. Su intención era ayudarla, pero ella no pareció entender lo mismo. En cuestión de segundos, se había soltado de su abrazo y lo encaraba furiosa.

—¿Qué te crees que estás haciendo?

—Intentando ayudarte —dijo él—. Es un viejo remedio que usaba

mi madre. Parece que ya respiras mejor.

Jeanie emitió una especie de gorjeo que sonó como una carcajada contenida, pero a Melissa no le hacía gracia. Estaba cruzada de brazos, y la piel de Tony aún bullía por el tacto de sus pechos. Dos años antes, ella había ansiado su tacto. Se lo había suplicado y él la había hecho esperar. Él lo sabía todo sobre el placer, sobre su poder y su potencial.

Desde entonces había sido ella la que lo había hecho esperar.

—Vámonos —dijo, tomándola del brazo—. Te ayudaré.

Ella se apartó, despidiendo fuego por los ojos.

—No necesito ayuda, gracias. ¿Por qué no me cargas sobre tu hombro como un cavernícola? —enseguida se dio cuenta de lo que había dicho y alzó una mano—. ¡Ni se te ocurra!

Tony sonrió. Melissa no se imaginaba cuánto deseaba echársela al hombro y sacarla de allí. Su novia fugitiva lo había dejado preguntándose qué lo había golpeado tan fuerte. Le había hecho un regalo, una noche en el Cielo, y luego había desaparecido. Y él se había pasado dos años intentando sacársela de la cabeza, dos años obsesionado con su lujurioso cuerpo y su dulce rostro en forma de corazón.

Melissa Sanders y él tenían que recuperar un asunto inacabado.

El libro de Melissa explicaba cómo hacer suplicar a los hombres, pero no iba a ser él quien suplicara. Y se moría de impaciencia por estar presente cuando ella lo descubriera.

El Lincoln negro recorría las calles de Manhattan bajo la lluvia, entre los taxis que tocaban el claxon, peatones que cruzaban descuidadamente la calzada y mensajeros en moto que desafiaban a la muerte. Era mediodía, y la tormenta había elegido la hora más

atestada del día para estallar. Las alcantarillas rebosaban de agua y los autobuses lo empapaban todo al pasar sobre los charcos. Las sirenas aullaban por doquier, y los conductores bajaban las ventanillas y despotricaban en todas los idiomas. Pero dentro de la limusina el ambiente era más comedido... tranquilo y tenso. Nadie hablaba mucho salvo Jeanie, quien estaba pegada al móvil concertando citas.

Melissa estaba agradecida de que el programa hubiese acabado y de que no tuviera más compromisos para aquel día. A la mañana siguiente tenía que firmar ejemplares de su libro y asistir a dos entrevistas por la tarde, y seguramente habría más cosas cuando Jeanie acabara de hacer gestiones.

—El programa ha sido un éxito —les había dicho Jeanie nada más subirse en la limusina—. La audiencia estaba pegada al asiento.

—Al menos sus asientos estaban secos —señaló Tony en tono bajo y amenazador.

—Los accidentes ocurren —se apresuró a insistir Melissa—. Y tenía que sacarle el mayor provecho a la situación, ¿no crees?

Por suerte, Jeanie se había colocado entre los dos. De otro modo, Melissa habría quedado chamuscada por la mirada que le lanzó Tony. Era tan ardiente como el vapor que salía por los sumideros.

—Excelente —dijo Jeanie por teléfono—. ¿Quieres que Mel y Tony estén dos horas antes para el maquillaje? De acuerdo. ¡Gracias!

Apagó el móvil y esbozó una radiante sonrisa.

—¡Sois formidables! —les dijo—. Melissa, han acertado tu nombre a Mel, ¿verdad que es encantador? Parece que todos los representantes del país han visto *Wake Up, America* porque están locos por conoceros. Acabo de negociar vuestra aparición en otros cuatro programas, y hay seis más pendientes.

—No tan rápido —dijo Melissa—. Tenemos que hablar de esto.

—Y hablaremos —Jeanie metió el móvil en su inmenso bolso de Louis Vuitton—. Pero antes dejad que os haga una advertencia, chicos. Hacía años que no tenía una reacción semejante a la participación de una autora en un programa de televisión. Lo que está pasando nos supera a los tres, y si alguien en esta limusina está pensando en abandonar, ya puede irse olvidando de la idea.

—Gracias por quitarme presión —murmuró Melissa.

Tony, en cambio, parecía más dispuesto a negociar.

—Quiero que se aprueben los juegos antes de los programas —le dijo a Jeanie—. No quiero más sorpresas como la del ¡Ups! Sin esa condición no puedo aceptar nuestro acuerdo.

—¿Qué acuerdo? —le preguntó Melissa a Jeanie—. ¿Has hecho un acuerdo con él? ¿Por qué no me dijiste nada?

—Como ya te dije en el estudio, no podía decírtelo —el tono de Jeanie era tranquilo e indulgente—. En cuanto a Tony, hemos tenido que sacarlo de su ajetreada vida y hay que compensarlo de alguna manera.

Melissa miró con recelo a los dos.

—¿Qué clase de compensación?

Jeanie se encogió de hombros.

—No creo que pueda discutir ahora los detalles de nuestro acuerdo con Tony.

Tony no sonreía, pero Melissa presentía que quería hacerlo. Su actitud y expresión eran demasiado inocentes. Él y Jeanie estaban confabulados, y eso a ella le resultaba taimado y cruel. ¿Cómo podía traicionarla así su propia editorial? Ciertamente era que había sido ella quien lo empezó todo dedicándole el libro a Tony, pero eso no

justificaba una conspiración.

—Bueno, puede que yo también tenga condiciones —dijo, pensando para elaborar una lista a toda velocidad—. Si tenemos que compartir una habitación de hotel, quiero que sea una suite, con mi propio dormitorio y cuarto de baño. También me gustaría un informe diario del programa previsto y de cada entrevista. Además, Tony y yo vamos a necesitar algún tiempo para ensayar si queremos hacerlo bien. Y por último, cuando todo haya acabado, quiero el divorcio.

—No hay ningún problema, ni siquiera con el divorcio —le aseguró Jeanie afablemente.

Melissa le lanzó una mirada cortante. No había esperado que fuera tan fácil. Había pensado que Jeanie protestaría, y también Tony, pero él parecía tomárselo con mucha calma. Pensó en incluir una condición más: «Y mientras tanto, ¡nada de sexo!». Seguro que eso llamaba su atención.

—¿Es una gira de dos semanas? —preguntó Tony, supuestamente para confirmar lo que ya sabía.

Jeanie asintió.

—Sin embargo, a Searchlight le gustaría que concedierais entrevistas en los próximos tres meses.

Melissa se hundió en el asiento con un gemido. Tanto Jeanie como Tony la miraron, y Jeanie al menos tuvo la decencia de mostrar algo de preocupación.

—No tenéis que vivir juntos, pero sí estar dispuestos a aparecer en los medios de comunicación.

—¿Qué tal si son dos meses? —sugirió Antonio.

—Un mes —consiguió decir Melissa cuando recuperó la voz.

—Dejaré esa opción abierta por ahora —dijo Jeanie—, pero

cualquiera que sea el período que acordemos, será definitivo. Sí después queréis acabar con vuestro matrimonio, adelante. Supongo que anularlo es lo que ambos queréis, ¿verdad?

—Por supuesto —respondió Melissa. No creía que hubiera problemas para disolver el matrimonio, siempre y cuando hubiera acuerdo por ambas partes, como era el caso.

—Bueno, al menos hemos aclarado eso —dijo Jeanie con evidente alivio—. Y a propósito, no recuerdo que ese juego de ¡Ups! aparezca en el libro. Si no es así, tendremos que añadirlo en la próxima edición.

—Hotel Da Vinci —se oyó la voz del chófer por el interfolio al tiempo que la limusina se detenía.

Melissa estaba sentada en el lado que daba a la calle. Mientras agarraba su bolsa y se disponía a salir, el chófer fue hacia ella con un paraguas. Aún llovía, por lo que tendría que darse prisa si no quería estropear su traje nuevo y sus zapatos. Por desgracia, justo cuando el chófer abrió la puerta, pasó un taxi a toda prisa y Melissa quedó calada hasta los huesos.

Cuando rodeó la limusina y se refugió bajo el toldo de la entrada, estaba chorreando como un gato empapado. Y, naturalmente, Antonio estaba ya en la puerta, completamente seco y atildado. Había personas con suerte.

—Siempre hay un modo de compensar las cosas, ¿no crees? —le dijo mientras ella se sacudía el agua de la ropa.

—No voy a acostarme contigo, así que ni se te pase esa idea por la cabeza —le espetó.

—No he pensado en eso en dos años —replicó él, mirándola confundido—. ¿Por qué iba a hacerlo ahora?

—Claro, y yo me lo creo. Has estado pensando en eso cada

maldito día, igual que yo.

—¿En serio? —preguntó él con una sonrisa.

A Melissa se le aceleró el corazón. Ahora sí que había captado su atención. La observaba como si fuera un cremoso helado servido como postre.

—¿Cada maldito día? —dijo—. Me muero de impaciencia por oír eso.

Un baño caliente de burbujas con aceite de jazmín. Era la solución perfecta para el estrés. Una absoluta sensación de bienestar invadió a Melissa mientras se sumergía en la gran bañera con patas protegida por mamparas. Había encontrado una cesta con accesorios en el suntuoso baño de mármol, y había elegido rápidamente esa habitación de la suite. Cuando acabara de bañarse, se serviría una copa de vino blanco del cubo de hielo que había en la mesita del salón. Cuando Tony y ella entraron en la suite, el vino y una bandeja de aperitivos los estaban esperando, cortesía de Searchlight.

Jeanie era la única que se había marchado. En cuanto les consiguió la suite, los dejó en el ascensor, sugiriendo que necesitaban tiempo a solas para hablar. En teoría, así era. Pero, en realidad. Melissa no quería hablar con el hombre a quien le había mostrado tanto de sí misma. Nunca había imaginado que aparecería y que tendría que tratar con él.

Bueno, eso no era del todo cierto. Se había imaginado esa posibilidad, de acuerdo. Incluso había pensado en despertarse una mañana y encontrárselo en la puerta del dormitorio, con un brazo sobre la cabeza, observándola como un lobo al acecho.

«¿Crees que ya tienes suficientes problemas?».

Melissa dejó escapar un gemido de desesperación. Cerró los ojos para protegerse de la imagen, pero no pudo sacarse a Antonio de sus

sentidos. Él había mantenido su palabra, y ahora ella estaba metida en demasiados problemas. Pero ¿iba a tener que pagar el resto de su vida por una única e imprudente noche de placer? Mientras escribía el libro, había intentado convencerse de que todo había sido una mera investigación. Pero eso era ridículo. Lo había deseado con todo su ser, aunque eso no explicaba por qué lo había hecho. ¿Por qué con él y con nadie más? ¿Por qué aquella noche? ¿Y por qué había llegado tan lejos?

Algo en él le había hecho correr el riesgo de reclamar lo que quería, y por eso mismo estaba ahora tan asustada. Había cruzado la puerta por voluntad propia, pero era como si alguien más le hubiera abierto la puerta, como sí él se la hubiera abierto...

¿Cómo podía estar segura de que no volvería a hacerlo?

De repente todo empezó a dar vueltas. Su mente era un torbellino y su corazón latía desbocado. Los síntomas eran tan fuertes que tendría que estar mareada. De hecho, lo estaba, pero la sensación también era estimulante. Se sentía viva y exultante.

No quería que Antonio volviera a abrir esa puerta... ¿verdad?

«¡No! No, por supuesto que no».

Se sumergió más en la bañera, intentado relajarse y recuperar la serenidad. Los recuerdos le habían devuelto los sentimientos confusos, y necesitaba que volvieran a disiparse. Pero el baño caliente había hecho todo lo posible y sólo había servido para empeorar las cosas. Le hacía falta una copa de vino y una noche de descanso. Si pudiera hablar con Kath... Ella y su amiga siempre habían confiado la una en la otra, y los hombres eran la especialidad de Kath. Pero en la suite reinaba un silencio sepulcral y las paredes del hotel eran demasiado delgadas. No quería arriesgarse a que la oyeran.

Salió de la bañera, empapada y oliendo a jazmín, y se puso un

albornoz para salir del baño. Casi la sorprendió ver que no había nadie esperándola tras la puerta, dispuesto a tenderle una emboscada. Estaba siendo una estúpida. Seguramente también Antonio hubiera dejado atrás esa noche. Pero entonces ¿por qué estaba allí? ¿Sería por dinero o por venganza? No podía ganar mucho como camarero... a menos que ya no fuera un camarero. Había muchas cosas que no sabía sobre Tony Bond. Pero ¿quería saberlas?

La copa de vino le parecía una idea cada vez mejor.

Salió a la habitación principal de la suite, iluminada por la luz del atardecer. El punto focal era una sala de estar con una gran ventana que parecía dominar la ciudad. La mirada de Melissa voló hacia el hombre que estaba de pie frente al cristal, contemplando Central Park. Ya había abierto la botella de vino y se había servido una copa. Obviamente también había decidido ponerse cómodo.

Llevaba una camiseta y unos vaqueros. Tal vez fuera su postura, pero Melissa no recordaba que fuera tan alto e imponente. En la habitación había una palmera kentia de un metro ochenta, pero parecía empequeñecida junto a él. Aunque era natural que a Melissa la sorprendiera su estatura, pues casi todo el tiempo que había pasado a su lado había sido en posición horizontal.

Apartó esos pensamientos y se concentró en él, en su enemigo mortal. O bien estaba extraordinariamente dotado genéticamente o bien había pasado mucho tiempo en un gimnasio. Los camareros levantaban bandejas pesadas, pero no lo bastante para formar aquellos bíceps. Sus musculosos brazos resplandecían al recibir la luz dorada, e incluso sus pies desnudos parecían esculpidos en bronce contra la alfombra blanca de felpa.

Pies desnudos. Alfombra de felpa... ¿Qué tenía eso de sensual? ¿O aún estaba sufriendo un estrés postraumático por culpa de Antonio?

Él estaba de espaldas a ella, pero la imagen que tenía en la cabeza era bastante distinta. Lo vio girándose y caminando hacia ella, atravesando la habitación para unirse a una mujer que yacía en una cama. Un hombre desnudo, musculoso y dorado de la cabeza a los pies. Excitado como un semental.

No, no podía dejarse dominar por la imaginación. Ni siquiera debería estar en el salón de la suite con él. No era seguro. Los recuerdos la atravesaban como balas cuando él estaba cerca. Tal vez pudiera servirse un poco de vino y desaparecer. Si no hacía ruido, quizá él no se percatara de su presencia.

— ¿Otra vez escabulléndote?

Melissa se quedó petrificada. Era su voz, pero no estuvo seguro de cómo la había descubierto hasta que vio su propio reflejo en el cristal de la ventana. Él había sabido que estaba en el salón desde el primer momento.

— ¿Escabulléndome? — preguntó.

Él se dio la vuelta, recortado contra la luz del sol. La miró fijamente, sin pestañear.

— Ya sabes a lo que me refiero.

Por supuesto que lo sabía, pero...

— Yo no me escabullí. Sólo me marché.

— ¿Sin una nota? ¿Sin una palabra?

Ella dudó un momento, esforzándose por serenar su voz.

— Debería haber dejado una nota. Quería hacerlo, pero me sentía muy avergonzada y pensé que tú también lo estarías. Quería ahorrarnos ese mal trago a ambos.

¿La creía? Eso esperaba Melissa, porque se acababa de dar cuenta de que era cierto lo que había dicho.

—No estaba segura de que estuvieras más preparado para verme de lo que yo estaba para verte a ti —eso no explicaba por qué se había marchado, pero sí explicaba cómo. Él la miró, perplejo.

—¿No estaba preparado para verte porque había hecho el amor contigo?

—Bueno, probé algo más que la postura del misionero...

Se estremeció, intentando evitar los recuerdos, sin éxito. ¿Había olvidado Antonio cómo la había tumbado en un edredón con estampado de leopardo y le había atado las manos con la sábana sobre la cabeza? ¿Acaso no recordaba lo indefensa que había estado, y cómo había estado a punto de llorar por la dulzura extrema de sus caricias?

—Nos dejamos dominar por nuestra imaginación —dijo él—. No pusimos ningún obstáculo. Tal vez fue una pequeña aventura para una mujer como tú, pero fue peligroso.

—¿Peligroso?

—Melissa, me arrodillé y te propuse el matrimonio. Eso fue peligroso.

Ella lo miró sobresaltada y ruborizada.

—Eso fue sólo un gesto. Estabas siendo galante.

—No me caso con todas las mujeres hacia las que me siento atraído. De hecho, no me he casado con ninguna salvo contigo.

—¿Por qué te casaste conmigo? —lo miró fijamente a los ojos y vio su reflejo arremolinándose tras él, como si la habitación se hubiera movido. Era extraño, pero le pasaba siempre que estaban juntos. El mundo entero parecía moverse, como los caballos de un tiovivo. Y él parecía el único elemento fijo, el centro del carrusel.

Miró el anillo y se preguntó si tendría algo que ver con el efecto

que Antonio le provocaba. Si el anillo era el responsable, todo lo que tenía que hacer era quitárselo y estaría libre de la maldición. No podía ser más simple, ¿verdad?

—No estoy seguro —respondió él—. ¿Por qué te marchaste?

¿Porque tenía un billete de avión? ¿Porque él no le había pedido que se quedara? ¿Por qué no pensaba que el matrimonio fuese real? ¿Porque había sido tan buen amante que ella había pensado que tal vez fuera un *gigoló*? ¿Porque estaba terriblemente asustada?

—Todo sucedió muy rápido —tomó un sorbo de vino, sobre todo para comprobar si las manos le temblaban—. Fue un gesto de caballerosidad, ¿verdad? Estabas intentando rescatarme.

—¿Y eso es malo? —le preguntó, mirándola con el ceño fruncido.

—Malo no. pero no supone las bases para un matrimonio duradero.

—He oído razones peores.

¿Qué significaría eso? Melissa no comprendía. Antonio no actuaba según reglas racionales. Era como un Don Quijote que acudía en rescate de los necesitados, y ella había cometido el error de necesitar que la salvara aquella noche, al menos de sus amigas.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó.

Él caminó hacia ella, de espaldas a la luz, enmascarando su expresión.

—Tal vez porque siento curiosidad. ¿Te parece ésa razón suficiente? Vi a una mujer en la playa y pensé que sabía quién era. Nadie más se imaginaba cómo era en el fondo, sólo yo. y tuve un fuerte deseo de resolver el misterio.

Melissa intentó hablar, pero había vuelto a perder la voz. Era increíble cómo él podía provocarle eso. Increíble cómo podía hacer

que la tierra se moviera. Pero tenía que detener el movimiento o alguien acabaría cayendo por el abismo. Y sabía que sería ella.

—¿Cómo podías saber quién era yo?

—La pregunta es: ¿cómo podía no saberlo? Estabas allí, gritando en silencio para que te reconocieran. Me sorprendió que nadie lo viera.

—¿Quién estaba gritando? Acabas de decir que yo era un misterio.

—Tal vez haya dicho demasiado.

—¿No vas a responder a mi pregunta? —aquello la enfureció un poco—. Si esto es una especie de juego, no quiero jugar.

—Vi tus necesidades. Tus carencias. Vi tu deseo por conseguir más, pero algo te lo impedía. Ése era el misterio. No comprendía por qué no ibas en busca de tus deseos.

—Lo hice —insistió ella—. Soy la experta en eso, por si no lo recuerdas. He escrito un libro entero sobre los deseos que persiguen las mujeres.

Él sonrió.

—Lo hiciste y no lo hiciste, lo cual es parte del misterio.

—Entonces, ¿eso es lo que te excita, un buen misterio?

—No, lo que me excita son los anhelos del espíritu humano. El amor no correspondido y los sueños perdidos. Pero, sobre todo, las mujeres temerosas de necesitar a alguien.

Melissa lo miró boquiabierta. De modo que así era como la había visto: una mujer necesitada de atención. ¿De cura sexual, tal vez? Se apartó de él, preguntándose si debería estar tan ofendida como se sentía. La verdad era que aquella noche se había sentido necesitada y desesperada. Pero podría haber vivido en paz sin que él lo supiera.

Con manos temblorosas, tomó un largo trago de vino.

—Me gustaría que olvidáramos esa noche, si podemos.

—¿Por qué? Ocurrió y eso no puede negarse.

—Sólo porque algo ocurra no hay que indagar en ello y analizarlo a fondo. A veces es mejor no hacerlo. Me voy a la cama.

No se molestó en mirar atrás mientras se dirigía hacia su dormitorio, con la copa aún en la mano. ¿Amor no correspondido? ¿Mujeres necesitadas? Don Quijote empezaba a parecerse a Don Juan, aunque eso tampoco la sorprendía. Nadie era tan bueno en la cama sin algo de experiencia.

Personalmente, le gustaba un hombre que se volcara con los problemas insignificantes o con enemigos inexistentes.

Pero ¿por qué la preocupaba qué clase de hombre era?

Capítulo 4

«Olvidad los consoladores, chicas. ¡Su lengua es mejor!».

101 maneras de hacerlo suplicar

Era encantadora. Saliendo del salón con su pelo oscuro recogido en lo alto de la cabeza, su esbelta figura cubierta con un albornoz blanco, dejando a su paso un olor a jazmín. Orgullosa y altanera. Ardiente... con todo lo que esa palabra denotaba.

Lo había hechizado. Esa misma noche, y también dos años atrás.

Tal vez fueran sus ojos de Bambi. Cuando lo miró en aquel restaurante, había estado dispuesto a luchar contra dragones míticos para salvarla. Pero ahora había visto cómo esos grandes ojos marrones lo miraban con dolor y acusación. No tenía ni idea de lo que había hecho para herirla. Ni de que pudiera herirla.

Miró el vino que se arremolinaba en la copa y tomó un sorbo. Eso sí que resultaba extrañamente estimulante. Tenía la capacidad para herirla. Pero ¿quería hacerlo? Ella lo había herido, y el ser humano era por naturaleza un poco vengativo. Pero allí había algo más. Si no se equivocaba, Melissa acababa de revelar inconscientemente una debilidad... y eso era lo que más lo intrigaba. Tal vez aún sintiera algo por él. La manera en la que había desaparecido dos años atrás le hacía plantearse esa posibilidad.

En el bar había una fuente de aperitivos, con palé, ostras, y salmón noruego. Antonio se sirvió un poco de salmón, deleitándose con el fuerte sabor y la suave textura, y pensó en pedir algo de cena. La editorial de Melissa lo había recogido la noche anterior y a la mañana siguiente, muy temprano, lo habían llevado al programa de

televisión. No había habido tiempo para preocuparse por la comida. Debería de estar hambriento, pero no era el caso.

Se sirvió más vino, aunque el chardonnay no era su favorito. Los americanos aún tenían que descubrir los placeres de un buen rosado. En Europa se apreciaba la diferencia entre el vino tinto y el blanco, pero en América no se llegaba a tanto. Era una de las muchas cosas que lo intrigaban de ese país; eso y una mujer en particular.

Los débiles rayos de sol que se filtraban por las ventanas indicaban que debían de ser las siete. Demasiado pronto para retirarse a leer al dormitorio, pero ése era exactamente su plan. Jeanie le había dado un ejemplar del libro de Melissa para que se lo leyera enseguida, pero sólo había tenido tiempo de hojear los capítulos. Lo divertía que Melissa lo caracterizara como una estrella del pomo. Esa mujer tenía bastante imaginación. La noche que compartieron había sido realmente apasionada, pero en el libro se mencionaban cosas que él nunca había oído. Tendría que averiguar lo que era la Lengua de Terciopelo, aunque ya se lo podía imaginar.

Tal vez debería preguntárselo directamente a la autora.

Aquella noche los dos se habían familiarizado bastante con sus respectivas lenguas. Y aún recordaba el sabor de la suya... dulce y delicado, y al mismo tiempo profundamente embriagador, como el mejor rosado francés. Podría haber estado bebiendo de ella toda la noche. ¿Qué más placer podía desear un hombre?

Seguramente por eso no tenía hambre ahora. La sangre le hervía en las venas, y no podía pensar en nada que no fuese en ella.

Dejó la copa de vino. No quería que nada le debilitara los instintos. Melissa estaba haciendo un buen trabajo. ¿Dos años y seguía sin poder quitársela de la cabeza? Era demasiado tiempo para que un hombre se preocupara... o se obsesionara.

Entró en su dormitorio, situado en el lado opuesto de la suite, y pensó en la distancia que los separaba. No era sólo el salón de una suite. Perteneían a mundos diferentes, aunque él había viajado mucho y se sentía cómodo en casi todas las situaciones. No sólo era el camarero que ella había creído. Y lo más importante, su vida había cambiado en los dos últimos años. Sabía lo que el destino le tenía deparado, y su futuro no incluía una esposa fugitiva que escribía sobre los juegos sexuales pero que no se atrevía a probarlos.

«Limítate a hacer lo que has venido y vete», se dijo a sí mismo. "Rompe con el pasado y vuelve a tu vida. A tu vida real».

Sin embargo, había una pregunta que lo detenía. Una pregunta que sólo ella podía responder.

A Melissa se le presentaba una noche muy larga por delante. Eso tendría que relajarla, pero temía el tiempo imprevisto. ¿Y quién no con su imaginación? No eran ni las siete de la tarde. Tenía toda la noche para pensar en los motivos por los que podían torcerse las cosas, y todos empezaban en Antonio. Si su intención era vengarse de ella y arruinar su carrera presentándola como una farsante, podía llevarse por delante a Jeanie y a Searchlight. También podía ser un chantajista que quisiera arrebatarse hasta el último centavo. O tal vez quisiera retomar la aventura donde la dejaron... y despojarla de otras cosas, como su ropa.

Naturalmente, siempre estaba la posibilidad de que sólo estuviera allí para anular el matrimonio y así poder seguir con su vida. Pero, fueran cuales fueran sus motivos, una cosa estaba clara: ella estaba obligada a soportarlo, porque sin Antonio Bond el libro estaba perdido.

Había estado en la cama hojeando revistas y agarró una para abanicarse. O bien la habitación estaba mal ventilada o bien tenía

fiebre. Con un poco de suerte tal vez fuera una epidemia de gripe y tuvieran que cancelar la gira. Pero la fiebre también podía ser un síntoma de meningitis y malaria. No la había picado ningún mosquito últimamente, así que probablemente fuera la meningitis.

Y la meningitis podía convertirse en encefalitis, con inflamación del cerebro...

Tomó el móvil de la mesilla y comprobó su buzón de voz. Eso la distraería. Si alguna de sus amigas había visto el programa, deberían de haber dejado algún mensaje. Kath y las chicas sabían lo de la gira, pero nada de Antonio.

El primer mensaje era de Kath, seguido por otro de la pandilla al completo. Estaban en un restaurante donde las cuatro solían reunirse para comer siempre que podían. Escuchar el entusiasmo de sus amigas era tan eficaz como un tónico. Kath era la que hablaba, y las otras dos la animaban a seguir o de vez en cuando le robaban el teléfono para hacer algún comentario.

—Melissa, eres peor que una fulana —se burló Kath—. No nos dijiste que tu marido iba a presentarse. Ni siquiera nos dijiste que tenías un marido. ¿No es el camarero de México? ¿De verdad te casaste con él o esto es sólo un truco publicitario?

«Las dos cosas», pensó Melissa. El destino mezclaba lo bueno con lo malo, para mantener el interés.

—Melissa, soy Renee. Enhorabuena por el libro y por ese hombre. Antooooonio. Sólo su nombre me pone húmeda. Me imagino cómo estarás. Y por cierto, anoche derramé agua en el regazo de mi cita. ¡Le encantó!

Melissa puso una mueca. Qué panda de lunáticas...

Pat Stafford añadió su granito de arena.

—¿Así que los dos estáis en vuestra segunda luna de miel? Espero

que sea tan excitante como la primera. ¡Tienes que llamar y contarnos todo!

Melissa nunca les había contado los detalles de su primera noche con Antonio, ni siquiera a Kath. Sólo les había dicho, para que se callaran, que había sido la noche de su vida. Eso les había hecho sacar conjeturas, y algunas de esas conjeturas le habían inspirado ideas para el libro. Pero, en realidad, las chicas no podían imaginarse, ni de lejos, lo que ocurrió aquella noche.

«No me extraña que esté nerviosa», pensó. Sus amigas sabían muy poco del lado oscuro de Melissa Sanders.

Le devolvió la llamada a Kath, sabiendo que esa noche estaba ocupada, y le dejó un mensaje explicando que Antonio era una sorpresa preparada por su editorial pero que todo iba bien. No podía decir mucho más. No podía explicar aquel jaleo en un buzón de voz ni tampoco quería animarlas a mandar más mensajes. Además, no debía olvidar lo delgadas que eran las paredes.

Tampoco podía llamar a sus padres. No sabían nada de Antonio. Les había hecho creer que el libro era un manual de autoayuda sobre los peligros de las citas. No había peligro de que lo descubrieran. Su granja estaba a años luz de la librería más cercana.

Se recostó en los almohadones. El dormitorio tenía unas ventanas francesas que daban a un balcón, pero la estancia estaba sobrecargada y ella no quería salir al salón en busca del termostato y encontrarse de nuevo con Antonio. Era mejor salir a respirar aire fresco, sin importar lo ruidosa que estuviera la calle.

Se levantó de la cama y abrió las puertas. Ya había pasado la hora punta, pero seguía oyéndose el ruido de las bocinas y el chirrido de los neumáticos. A quince pisos de altura, se inclinó sobre la barandilla para mirar abajo y tuvo una horrible visión de una mujer saltando a la muerte y los periódicos anunciando que era la autora

farsante de un manual de sexo que intentaba escapar de su marido.

Mareada, se echó para atrás. Una cálida brisa la sacudió, pero nada podía despejar su cabeza. Su compostura se había desvanecido. Volvió a la habitación, preguntándose qué podría hacer para distraerse. A la mañana siguiente tenía que firmar ejemplares de su libro y por la tarde entrevistas en la radio. Ya había escogido la ropa que iba a ponerse e ideado algunas dedicatorias que escribiría en los libros.

Debería escribir novelas policíacas en vez de manuales de autoayuda. Sería un buen modo de aprovechar su imaginación.

El sonido de su risa la estremeció. Sólo llevaba el camisón de seda, y un picor se fue extendiendo por sus brazos desnudos. ¿Sería una erupción cutánea? ¿No era ése uno de los síntomas de la enfermedad de Lyme? Se imaginó a Tony llamando a una ambulancia para llevarla a Urgencias. Searchlight le mandaría flores, por supuesto.

Era el momento de un reconocimiento, decidió, dirigiéndose hacia el cuarto de baño.

La erupción no se percibía bien a la luz del baño. De hecho, no se percibía en absoluto, lo cual era un alivio. Pero eso no significaba que no estuviese enferma. El color verdoso de la lengua era muy sospechoso; podía deberse al caramelo de manzana que había estado chupando antes, pero no le parecía probable. Se tiró de los párpados y vio manchas amarillentas en los ojos. No podía ser otra cosa que hepatitis...

El corazón le dio un vuelco. Agarró una toalla, la empapó con agua fría y se la aplicó en la frente. Pero cuando levantó la vista vio otro reflejo en el espejo. No se desvaneció ni siquiera al parpadear. ¿Estaría viendo doble? ¿Y eso de qué era síntoma? No, un momento, parecía el reflejo de un hombre... ¡Alguien estaba tras ella!

Soltó un chillido y se giró. La alfombra se le enrolló en los pies y la hizo caer hacia delante, en los brazos del intruso.

—Tony —dijo con voz ahogada—. ¿Qué haces aquí?

Él la recogió en sus brazos y la meció con la suavidad.

—Me pareció haberte oído gritar.

—He gritado porque estás en mi cuarto de baño.

Él la ayudó a ponerse en pie y ella se apresuró a soltarse. Sólo el camisón la protegía, aunque casi dejaba al descubierto sus pechos y a través de la fina seda se adivinaban sus pezones.

—Estoy bien —dijo, empujándolo en el pecho para ganar impulso. La táctica hubiera funcionado de no haber cometido el error de mirarlo al retroceder. Sus miradas se encontraron y volvieron a estar unidos, como un muelle.

La energía del momento los envolvió y los mantuvo inmóviles. Ella no quería empujarlo otra vez. Ni siquiera intentó protegerse cuando él le tomó la cara entre las manos y, en un idioma que ella no entendió, le susurró algo en voz baja y sensual. Parecía francés. ¿Cuántas lenguas hablaba aquel hombre?

Su libro incluía una sección sobre los besos, pero no se parecía a eso. Los labios de Antonio le rozaron tentativamente los suyos, haciendo que saltaran chispas. Emitió un sonido que parecía de alivio y ella deseó oírlo de nuevo. Él no la levantó ni la movió. Le acarició el rostro, incitándola a darle más. Su boca la engatusaba y seducía, obligándola a que se abriera y rindiera. Lo quería todo de ella, y de repente ella también deseó dárselo.

—Sabes a manzana —susurró él—, y yo tengo hambre.

«Yo también». Se le hizo un nudo en la garganta. No estaba segura de haberlo oído bien, pero los sentimientos la invadían y le

recordaban la única noche que había pasado con él. Y de repente no pudo imaginar por qué se había escapado. La boca de Antonio era la perfección encarnada. ¿Cómo podía ignorarse esa necesidad de pasión?

Estaba echándole los brazos al cuello cuando él interrumpió el beso y la soltó.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó ella, jadeando en busca de aire.

—¿El qué? —dijo él—. ¿Besarte o detenerme?

—Lo primero —respondió, aunque sin estar muy segura.

Antonio tardó unos segundos en contestar, y cuando lo hizo, habló casi sin aliento.

—Había veces en las que pensaba que había soñado esa noche. Tenía que saberlo.

Ella pudo ver por su expresión que hablaba en serio. Sus oscuros ojos brillaban con intensidad. La había besado porque pensaba que todo había sido un sueño. Y así era como se sentía ella. Como siempre se había sentido. Pero los dos no podían haberlo soñado. Había sucedido y ella se vio arrastrada por la pasión que ardió entre dos desconocidos. Y aunque había escapado, estar con él la había obligado a preguntarse acerca de ella misma y de su vida.

Después de pasar semanas esperando saber algo de él, como una romántica ingenua, decidió finalmente que todo había sido una combustión espontánea, como si un montón de hojas se prendiera por una chispa accidental. Había vivido demasiado tiempo sin sexo y en el calor del momento, había ardido en llamas. Esa idea la había ayudado a dejar a un lado las fantasías, pero no pudo hacer lo mismo con la experiencia. Ésta la había motivado para escribir un libro, y quizá le debía algo a Antonio por eso.

—Escucha, lo siento —dijo él.

—No. está bien —respiró hondo y bajó la mirada—. La verdad es que necesito decirte algo. No habría ningún libro si no te hubiera conocido. Me resulta un poco embarazoso decirte esto, teniendo en cuenta cómo empezó y cómo acabó todo, pero es la verdad, y... ¿Tony?

Había sentido que él se alejaba, pero cuando levantó la mirada, se sobresaltó al ver cómo desaparecía por la puerta. Tenía el presentimiento de que no había oído nada de lo que había dicho, pero no tenía fuerzas para detenerlo y empezar de nuevo.

«Déjalo. Melissa. Lo intentaste. Céntrate y respira con calma. Una postura de yoga estaba fuera de toda cuestión, pero consiguió hacer algunos ejercicios respiratorios que la calmaron un poco.

Se apartó una tira del camisón del hombro y se miró la espalda en el espejo. No vio ninguna marca visible, aunque se esperaba encontrar alguna después de sentir cómo se hacía añicos. Tenía que controlarse, y encima no podía contar con la ayuda de Jeanie. Parecía que su publicista y ella habían sufrido un malentendido, así que estaba sola.

Reglas de compromiso. Eso era lo que necesitaba. Reglas firmes para que nadie confundiera el comportamiento adecuado en la gira. Y sabía exactamente cuál debía ser la primera regla: ¡sólo podían besarse en lugares públicos!

Tony abrió el grifo de la ducha y se quitó la camiseta y los vaqueros. El plato de ducha era una obra de arte, con una mampara hasta el techo que representaba las olas del mar y una pesada puerta sostenida por un par de bisagras de bronce. Al entrar, el ardiente chorro lo agujijoneó en tres lugares distintos: los hombros, los lumbares y el trasero.

Pensó que aquella ducha estaba diseñada para masajear los músculos doloridos, pero lo único que necesitaba en esos momentos era agua, y cuanto más. mejor. Las duchas siempre lo habían ayudado a salvar la cordura, sobre todo después de un beso como aquél...

La gatita asustada seguía siendo una tentación disfrazada. Era como los fuegos ratificales de una noche de verano. Tenía el poder de atrapar la mente y el cuerpo. Peor aún, ni siquiera era consciente de la fascinación que ejercía. Naturalmente, él no fue a su cuarto de baño porque la oyó gritar. Había sido una pobre excusa para ir a verla. Pero tenía que saberlo, y ella se lo había confirmado sin decírselo.

No había sido un producto de su imaginación ni tampoco lo fue la química sexual. Aquella noche lo había afectado más de lo que quería admitir. Se había grabado en su alma y era del todo real. ¿Y ahora qué?

Metió la cabeza bajo el chorro, se empapó el pelo y se sacudió el agua. Había un recoveco en la pared de mármol con varios botes de champú. Tomó el único que le resultaba vagamente familiar, «Huerto de otoño», y se lo aplicó concienzudamente en el pelo. Cuando estuvo listo para enjuagarse, había recuperado el buen juicio.

No estaba allí para recuperar a Melissa. Ni siquiera estaba allí para retomar lo que habían dejado, aunque, Cielos, cuánto le gustaría hacerlo. Debía dejar atrás a Melissa y a su matrimonio y continuar con sus planes de futuro. Tenía responsabilidades que cumplir y promesas que mantener que iban más allá de las obligaciones profesionales. Jeanie Trent, la publicista, le había prometido una discreta anulación del matrimonio si él interpretaba el papel de marido feliz. También habían acordado en secreto sus verdaderos motivos. ¿Por qué? Porque Jeanie temía que Melissa se echara para atrás si descubría la verdad.

Por el bien de todo el mundo tenía que seguir siendo un juego. Fingir ser un marido apasionado y sexualmente satisfecho... y convencer a todo el país. Pero nada más. Sólo se trataba de una farsa temporal. Por eso estaba en la ducha. Y por eso le gustaría quedarse bajo el agua para siempre.

Era una auténtica tortura, y aún le quedaban dos semanas por delante. Por supuesto, había un sencillo modo para aliviarse. Lo había hecho antes, pero no iba a hacerlo esa noche. La última vez lo había hecho mientras fantaseaba con Melissa Sanders. Era mejor aguantarse que sucumbir a los placeres íntimos de una mujer a la que no podía tener.

Se había sorprendido al ver el anillo en su dedo. Sabía que Melissa estaba destinada al éxito, pero no se esperaba que fuera a llegar tan lejos. Jeanie le había dicho que Melissa quería el dinero para ayudar a sus padres. Por lo visto, eran granjeros del Medio Oeste que se habían sacrificado para mandar a su hija a la universidad y darle las oportunidades que ellos nunca tuvieron. Tony tenía el presentimiento de que las ambiciones de Melissa no eran tan desinteresadas, pero aunque su desdichada historia fuera cierta, él aún tenía algo que aclarar.

Se había casado con él, se había acostado con él y había desaparecido sin decir una palabra. A la mañana siguiente él había despertado y le había entrado un ataque de pánico. Al no encontrarla, llamó al hotel donde ella se hospedaba y le dijeron que había dejado la habitación y había vuelto a casa.

Aquella noche, Tony se había quedado sentado en la habitación a oscuras, sin oír nada más que los latidos de su corazón. Había sido un ingenuo, ¿y qué? Se sentía traicionado después de lo que había sido una aventura de una sola noche.

Salió de la ducha y se secó vigorosamente con una toalla. Al

terminar, la sangre se le había enfriado bastante. Estupendo. Sabía que el calor volvería y que tendría que luchar contra la respuesta que le provocaba Melissa. No era tan ingenuo. Pero por ahora había ganado la batalla. Y mientras tanto, disfrutaría haciendo salir a la verdadera Melissa Sanders. ¿Una gatita asustada o la viva tentación disfrazada? Su misión era averiguarlo.

Capítulo 5

«Uno de mis juegos favoritos es el del Jardinero Feliz. ¿Qué puede ser más divertido que tener tus flores fertilizadas y tus setos recortados?»

101 maneras de hacerlo suplicar

Si se tenía la misma pesadilla dos veces. (Significaba eso que se había vuelto crónica? Una vez, cuando era niña, Melissa había soñado que se perdía en un interminable campo de maíz. Tenía ocho años, y los tallos de maíz parecían tan altos como árboles. Su madre la llamaba desde algún lugar en la distancia, pero su voz se hacía cada vez más débil. Melissa iba en dirección equivocada, pero no importaba cuántas veces se volviera, la voz de su madre se debilitaba hasta que se apagaba por completo.

Ahora volvía a soñarlo. De nuevo estaba perdida en un laberinto de maíz o algo semejante, y alguien gritaba su nombre.

—¡Melissa!

Se removió. Esa voz no era la de su madre.

—¡Melissa, despierta!

Era como si todo estuviera temblando. ¿Estaría soñando con un terremoto? Abrió los ojos y, a través de una neblina de sueño, vio a su publicista. Jeanie estaba a los pies de la cama, aferrada a la columna.

—¿Qué haces? —preguntó Melissa.

—¡Intentando despertarte! —tiró otra vez del poste—. ¡Vamos, vamos! Tengo un coche esperando. ¡Vas a llegar tarde a la firma de libros!

Momentos después, Melissa estaba en el cuarto de baño, lavándose la cara y deseando no haberse tomado aquel somnífero. Aunque la verdad era que parecía descansada y saludable. Su piel tenía un brillo especial que no había notado antes y que no sabía explicar. No podía tener nada que ver con él, por supuesto. Una no brillaba por un hombre cuando la atracción era puramente física. Y no era más que eso. Hasta él estaría de acuerdo. El deseo podía mantenerla despierta toda la noche, hasta el punto de necesitar somníferos, pero no hacía brillar la piel.

Y luego estaba eso tan dramático que había dicho sobre cerciorarse de sí había sido o no un sueño. La había pillado desprevenida en el baño y la había fascinado... otra vez. Era demasiado bueno en eso. Por un momento le hacía creer que habían compartido algo más profundo y conmovedor, que él estaba tan afectado como ella. Pero ¿hasta qué punto no era más que una vana ilusión? Ciertamente no era real. No había nada real entre ellos, y más le valdría no olvidar eso. Pero ese condenado latino era tan condenadamente persuasivo... sí es que era latino.

Los hombres como Tony eran los caballeros de reluciente armadura que aparecían en el último minuto para salvar el día. En su caso había sido la noche, pero definitivamente había necesitado salvación. Lo más probable era que Tony se hubiera compadecido de ella, lo cual era intolerable.

Se miró en el espejo mientras se secaba la cara y se examinó los ojos. No tenía manchas ni coloraciones. Tendría que anotar la marca de esos somníferos. Eran geniales.

A continuación se cepilló los dientes con pasta blanqueadora. Le hubiera gustado maquillarse a fondo, pero no tenía tiempo. Jeanie había ido a por Tony, lo cual le daba la oportunidad de pensar en la firma de libros mientras empezaba a practicar su sonrisa.

Le habían pedido que hiciera primero una breve lectura. Seguramente querrían que Tony se sentara junto a ella en la firma, pareciendo un semental en permanente excitación. Por lo visto, se suponía que entre los dos tenían que saltar chispas cada vez que se hablaran o se tocaran. Eso no debería de ser muy difícil. Los dos eran propensos a arder en llamas cuando estaban juntos. Un simple toque de Tony y se prendía fuego.

No, no. Nada de contacto. No iban a tocarse. Era demasiado peligroso.

Estaba a punto de enjuagarse la boca cuando oyó un grito de alarma.

—¡Melissa! —era la voz de Jeanie—. ¡Ven aquí!

Melissa salió corriendo del baño, con el cepillo de dientes aún en la boca. Encontró a Jeanie en el salón, girando en círculo con una mano en la frente.

—¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa? Vamos a llegar tarde la firma y uno de mis autores se ha perdido. Es la pesadilla de toda publicista.

Melissa se secó la cara con la manga del albornoz. No era un gesto muy elegante, pero al menos mejor que tener la boca llena de espuma.

—¿Te refieres a Tony? Él no es un autor. Fui yo quien escribió el libro.

—Lo que importa, Melissa, es que ha desaparecido. No está en su dormitorio ni en la *suite*.

—¿Desaparecido? ¿Estás segura? ¡Jeanie, eso es fabuloso!

Jeanie le lanzó una mirada amenazadora.

—Pues claro que no ha desaparecido —se apresuró a asegurarle

Melissa—. Seguramente haya bajado a tomarse un café. Volverá enseguida.

O tal vez estuviera en un avión con destino a Londres. O en un hospital, en coma, tras haber sido arrollado por un autobús. O tal vez lo hubieran secuestrado...

Jeanie fue a buscarlo por el hotel mientras Melissa terminaba de prepararse. Veinte minutos después, estaba vestida con una falda de lino rosa y un conjunto de jersey y rebeca, pero Tony seguía sin aparecer. Jeanie había bajado al vestíbulo, había buscado en el restaurante, en el salón, en las tiendas de regalos y en el gimnasio, pero no lo veía por ninguna parte.

—De acuerdo, nos iremos sin él —dijo—. Tendrás que inventarte cualquier excusa.

—¿Qué tal decir que está agotado después de tanto suplicar? —preguntó Melissa con una sonrisa, pero Jeanie la miró duramente.

—¿Quieres que el libro se venda o no? ¿Y qué es esta ropa? ¡No vas a tomar el té!

Melissa se miró la ropa.

—¿Qué es lo que quieres, una mujer fatal? Este conjunto es muy ligero y está dentro de mi presupuesto y mis gustos.

Jeanie soltó un bufido.

—Tienes que parecer una mujer que haya escrito un libro sobre sexo.

—¿Perdón? ¿Has oído hablar de la doctora Ruth? En este asunto no admito intromisiones, gracias.

—Hagamos un trato —le dijo Jeanie llevándola hacia la puerta—. Tú te ocupas de tus gustos y Searchlight de tu presupuesto.

El rostro de Melissa se iluminó.

—Trato hecho.

Mientras bajaban en el ascensor, pensó angustiada en la falda, preguntándose si sería más conveniente llevar una más corta. Pero lo que más la preocupaba era la desaparición de Tony, ahora que tenía tiempo de pensar en ello. Toda la atención se centraría exclusivamente en ella, y eso tal vez no fuera bueno para el libro. Aunque, por otro lado, su vida sería mucho menos complicada sin él cerca. Y eso era bueno, ¿o no?

—¡Alto! —gritó Melissa. El coche frenó bruscamente, arrojándolas a ella y a Jeanie hacia delante.

—¿Qué pasa? —preguntó Jeanie, aferrándose al asidero mientras hacía juegos malabares con un enorme vaso de café—. ¡Llegamos tarde!

Melissa apuntó hacia la ventana.

—¡Creo que lo he visto! Allí, en la entrada del parque —señaló a un hombre al otro lado de la calle en Central Park. Tenía la estatura y el pelo negro de Tony, y estaba junto a una esbelta joven y dos policías, con los que parecía estar discutiendo—. Es él, ¿verdad? —golpeó el cristal—. Estoy segura de que lo es. Voy a salir.

—¡No, Melissa! ¡Pueden matarte!

—Enseguida vuelvo —salió del coche y sorteó los taxis para cruzar la calle. Podía oír a Jeanie llamándola a gritos, pero no se detuvo. Tenía que saber si era Tony y qué había pasado. Las posibilidades empezaron a agolparse en su cabeza. ¿Lo estarían arrestando? Tal vez fuera su oportunidad para descubrir quién era realmente Tony Bond.

A medida que se aproximaba al grupo, oyó a la mujer hablando en otro idioma que se asemejaba al español.

—*Per favore, ajude-me encontrar minha crianza!* —estaba gritando,

arrebujaada en un chal.

Los dos policías negaron con la cabeza.

—No comprendemos —dijo uno de ellos.

Pero Tony sí parecía entenderla. Le habló a la mujer en su idioma, y Melissa se dio cuenta de que actuaba de intérprete entre la mujer y los policías.

—Os está pidiendo que la ayudéis a encontrar a su hija —le dijo al más alto de los policías, un robusto pelirrojo con un cara redonda y rojiza—. Dice que su pequeña se ha perdido.

—¿Ha visto a alguien acercándose a la niña? —preguntó el oficial.

Tony transmitió la pregunta a la mujer, quien negó con la cabeza.

—*¡Per favore, ajude-me encontrar minha crianza!* —repitió. Había empezado a llorar, lo cual hacía más difícil entenderla.

Melissa se quedó dudando a unos cuantos metros. No quería interferir, pero al mismo tiempo deseaba ayudar a aquella mujer. Se imaginaba el horror que tendría que ser la perdida de una hija. La mujer intentó explicar lo que había pasado en un inglés malo y a trompicones, y Tony siguió traduciendo.

—Dice que estaban junto al lago. Estaba sentada en una manta, leyendo, mientras su hija daba de comer a los patos. Entonces se quedó dormida, según dice sólo por un minuto, y cuando abrió los ojos, la niña ya no estaba.

—*¡Per favore!* —gritó la mujer.

El policía pelirrojo volvió a negar con la cabeza mientras se dirigía a Tony.

—Lo siento, pero no estamos aquí para buscar niños perdidos, sino para perseguir a un ladrón. Tiene que hablar con los policías del parque.

—Discúlpeme —replicó Tony con voz dura—, pero han sido ustedes a quienes he encontrado y entiendo que su trabajo es proteger a los débiles. ¿Quién es más débil que una niña perdida en un parque como éste?

Jeanie llegó en ese momento.

—Tony, Melissa, tenemos que irnos. Llegamos tarde para la firma de libros.

Melissa la agarró y la hizo callar. La aterrorizada madre no paraba de llorar y de suplicar que alguien la ayudara. Una pareja de ancianos se había detenido al oír la conversación, y la anciana le exhortaba al policía que encontrase a la niña, amenazándolos con su bastón. Otros viandantes también se detuvieron, aunque sólo por curiosidad. Melissa quería hablar, pero presentía que no era ése el momento.

Tony, por su parte, seguía discutiendo con los dos policías.

—Les estoy pidiendo que encuentren a la niña —repitió.

El oficial pelirrojo miró a su alrededor y pareció darse cuenta por primera vez de que habían atraído la atención. La mujer seguía gritando de dolor.

—De acuerdo —concedió—. Iniciaremos una búsqueda, y cuando llegue la patrulla del parque, lo seguirán haciendo ellos.

—Voy con ustedes —dijo Tony—. Me necesitarán como intérprete.

—¡Tony, no! —exclamó Jeanie.

Uno de los curiosos dio un paso adelante.

—Soy intérprete en la ONU. Esta mujer habla portugués, y yo también. ¿Puedo ayudar?

Jeanie no le dio tiempo a nadie para responder. Se giró hacia el oficial pelirrojo.

—Ya está, ¿podemos irnos? Éstos son mis autores y llegan tarde para una firma de libros en Madison.

—Nos ocuparemos de todo —dijo él, y se volvió hacia Tony—. Encontraremos a la niña y todo saldrá bien.

Tony aceptó a regañadientes. Le explicó a la agradecida madre que los dos policías la ayudarían y que él se encargaría de comprobarlo más tarde. Sacó una tarjeta, anotó el nombre de la librería donde iban a firmar y se la dio a los policías.

—Buen trabajo —dijo Jeanie. Agarró a Tony del brazo y a Melissa de la mano y se los llevó de allí—. Lo que has hecho ha sido maravilloso —le dijo a Tony cuando estuvieron en el coche—. ¿Verdad que sí, Melissa?

—Maravilloso, sí —no podía estar en desacuerdo. Tony siempre estaba haciendo cosas maravillosas—. No sabía que hablabas portugués, Tony.

—Habló varios idiomas —respondió él—. Viene bien.

Ella podía imaginárselo. Multilingüe. ¿Por qué sonaba tan atrevida esa palabra? Tal vez por haber escrito un manual de sexo todo tuviera connotaciones eróticas.

—El inglés será perfecto para la firma de libros —dijo Jeanie, marcando un número en su móvil—. Voy a llamarlos para decirles que vamos de camino. Melissa, hazme un favor y quema ese conjunto cuando vuelvas al hotel. Y, Tony, tal vez tu camisa negra y tus pantalones resulten un poco dramáticos. Se supone que los dos sois máquinas sexuales...

Alguien respondió a su llamada y Jeanie empezó a dar explicaciones y disculpas. Melissa miró a Tony y lo vio mirándole la rebeca.

—Me gusta —le articuló él con los labios.

Ella se ruborizó y apartó la mirada. No había tenido ocasión para sentarse con él y hablar sobre las reglas de compromiso. Y ahora no había tiempo para eso. Debería ensayar lo que iba a decir en la firma, pero Jeanie no había acabado con ellos. En cuanto la publicista dejó de hablar por teléfono, empezó a sermonearlos sobre su relación.

—El público espera a un hombre y una mujer que no puedan dejar de tocarse —les dijo—. Casi nadie recuerda lo que es eso, si es que alguna vez lo supieron. Confían en vosotros para que se lo recordéis. Y... ¿puedo ser sincera? Me recordáis a una pareja de autómatas. Por favor, por favor, ¡por favor!, prended la llama, agarraos de la mano, haceos un guiño, daos un beso...

Se puso a moverse entre ellos, como si fuera un árbitro en un combate de boxeo.

—Melissa, cuando estéis sentados uno junto a otro, quiero que le pongas la mano en el muslo, pero no dejes muertos los dedos. ¡Acarícialo! —se volvió hacia Tony—. Tony, si la mitad de lo que ha escrito sobre ti es cierto, ya sabrás lo que hay que hacer —se volvió otra vez hacia Melissa—. Melissa, suéltate el corsé. Éste es tu hombre, tu semental, tu amante salvaje. Quiero ver cómo te estremeces. Quiero que tú y Tony deis la impresión de que os morís de ganas por volver a la limusina, ¿entendido?

—Desde luego —murmuró Tony. Melissa fue incapaz de hablar. Los labios le temblaban nerviosamente al intentar sonreír.

—Estupendo —dijo Jeanie—. Vamos a dejarlos boquiabiertos, ¿y sabéis por qué? Porque mañana por la mañana tenéis que aparecer en *Nice Girls Do*. Sí, ya sé que os sorprende, pero estoy hablando en serio. Es el programa matinal con más éxito en la actualidad. Sus índices de audiencia son increíbles. Su público lo forman mujeres casadas, de veinte a cincuenta años, ¡que van a llevar este libro a lo más alto!

Melissa estaba verdaderamente perpleja. Su publicista no sabía lo que les estaba pidiendo. Al menos, lo último que había dicho era interesante. El éxito del libro se traducía en dinero. Y ella necesitaba el dinero por muchas razones. Por supuesto, quería independencia y seguridad económica. Y también quería tener la oportunidad para hacer algo con su vida, después de haber trabajado en la oscuridad durante tanto tiempo. Pero su primera obligación siempre había sido pagar la deuda que tenía con sus padres.

Cuando estaba en el colegio, le habían diagnosticado una fiebre reumática y se le había dañado una válvula en el corazón. Una operación quirúrgica la había salvado, pero sus padres no tenían seguro médico y los costes habían sido espeluznantes. Melissa había perdido un año de su vida, mientras que sus padres habían perdido todo sus ahorros. Desde entonces habían seguido luchando para salir adelante, pero aun así habían tenido que hipotecar su casa para que ella pudiese ir a la universidad.

Melissa les debía todo, incluida su vida. Estaba dispuesta a hacer lo que hiciera falta para ayudarlos económicamente... y ésa era su oportunidad.

También había escrito el libro para concienciar a las mujeres del poder que tenían en la relación con los hombres. En muchos aspectos había sido una táctica defensiva, pues nunca se había sentido con menos control que con Tony Bond. Aquella noche había escapado del hotel temblorosa, confundida y aterrorizada, huyendo de sus propios sentimientos. No quería que otras mujeres tuvieran que huir. Quería que aceptasen y se regocijaran con sus sentimientos.

Cruzó los dedos y miró de reojo a Tony, quien la sorprendió haciéndole un guiño.

—Prepárate para quedarte boquiabierto —murmuró ella con una sonrisa, aunque no muy segura de sí misma.

—Señora Sanders, ¿su marido y usted han tenido siempre una vida sexual satisfactoria?

Melissa arqueó una ceja, intentando parecer recatada y provocativa. Quería que el público creyera que estaba eligiendo entre un amplio abanico de respuestas, cuando, en realidad, se esforzaba para se le ocurriera algo que no fuese una completa mentira.

—Lo mejor es empezar por no ocultarlo —dijo—. Más que satisfactoria habría que decir salvaje, impulsiva, erótica, romántica en incluso peligrosa. Y eso sólo la primera noche.

La mujer que le había hecho la pregunta parpadeó sorprendida y se sentó. Otras manos se alzaron en alto.

Melissa se dio cuenta de que las cosas sólo podían empeorar. Viendo lo que había escrito, la gente creía que podían preguntar cualquier cosa. La asistencia de público era asombrosa para tratarse de una firma de libros, y había varios periodistas entre la multitud, incluido uno del *New York Times*.

Los organizadores del evento habían dispuesto veinte filas de sillas formando un gran semicírculo con un pódium en el centro, donde Melissa estaba de pie. Tony estaba sentado junto a una mesa cerca del pódium. en la que un montón de ejemplares del libro esperaban a ser firmados. Melissa había hablado brevemente sobre el libro y había leído un párrafo, y ahora le tocaba responder a las preguntas. No había ni un asiento libre y la gente se agolpaba fuera de la sala.

Jeanie estaba en el fondo, y le hacía gestos a Melissa para que siguiera hablando y dando detalles.

Había muchas manos en alto; demasiadas para ignorarlas, así que Melissa asintió hacia una mujer con un sombrero de paja adornado con una flor. No le parecía alguien capaz de preguntar algo

escandaloso.

—¿Su marido y usted son tan pervertidos como dice el libro? — preguntó, mirándola por debajo de la flor—. ¿En serio hacen eso con el collar de perlas? ¿Y de verdad Antonio hace labores de jardinería?

—¿Labores de jardinería?

—¿Le recorta su seto? —preguntó inocentemente la mujer—. ¿No es eso lo que dice el libro?

Antonio emitió un sonido ahogado, pero Melissa lo ignoró. Entre el público se oyeron exclamaciones de sorpresa y alguna que otra carcajada. Melissa se obligó a reírse con ellos. Sin embargo, quería decirle a esa mujer que no volvería a confiar en nadie que llevara un sombrero de paja con flores.

Levantó las manos para pedir orden.

—Ese tipo de cosas se explican en el capítulo «Cosas que tu madre no querría que supieras».

Una joven perteneciente a la Generación X se puso en pie, riendo.

—¿Lleva el nombre de Antonio tatuado en alguna parte?

Jeanie hizo gestos frenéticos con el brazo, intentando llamar la atención de Melissa. Se llevó las manos a la boca y articuló la palabra «SÍ».

—No —respondió firmemente Melissa. Esperó a la siguiente pregunta, pero la multitud permaneció en silencio. Obviamente, esperaban que dijera algo más—. Eso no quiere decir que no tenga un lugar reservado... pero no me pidáis que os enseñe cuál es.

Jeanie sonrió y le hizo un gesto de aprobación con el pulgar.

Un nombre que estaba en el fondo y que había estado escribiendo en un bloc levantó la mano.

—En su libro sugiere a las mujeres que observen cómo se

desnudan sus hombres. También dice que se cambien la ropa interior con ellos para excitarse.

—Es cierto —dijo ella—. Tiene que ver con sentir en tu piel la suavidad y la fragancia del perfume.

—¿Lleva usted hoy los calzoncillos de Antonio?

Melissa esbozó una sonrisa.

—Me alegra ver que se ha leído el libro.

—¿Eso es un no»? —preguntó el hombre.

—Llevamos tangas a juego. ¿Le parece eso un «sí»?

Antonio la miró y ella se ruborizó. De acuerdo, eso sí que era una trola. Pero a veces había que doblegarse para vencer. Después de todo, aparecer en los periódicos tenía su precio, ¿no?

—¿Podríamos verlos? —preguntó el hombre.

—No quiero que nos arresten —dijo Tony antes de que Melissa pudiera responder, y su severa mirada pareció acobardar al hombre.

Sin duda era un reportero de la prensa sensacionalista. Más manos se agitaron, pero Melissa había respondido a todas las preguntas personales que estaba dispuesta a aceptar.

—Es suficiente sobre Antonio y yo —dijo—. Estamos aquí para hablar de ustedes, damas y caballeros. Seguro que tienen muchas preguntas.

La mujer del sombrero de paja volvió a alzar la mano.

—¿Debería una mujer decirle «no» a un hombre alguna vez?

—Por supuesto. Con cierta regularidad. Conviene hacerlo esperar y a una misma también. La anticipación os hará estallar de pasión cuando venga el «sí».

—¿Puede poner un ejemplo?

Sí tenía uno, pero, por desgracia, no podía compartirlo. Antonio la había hecho esperar en su noche de bodas... Ni siquiera quería pensaren cómo la había hecho temblar de anticipación. Su cuerpo entero gritaba, pero él no cedía a sus demandas. Había aligerado sus besos y ralentizado sus caricias hasta que la tuvo retorciéndose de desesperación. Había llegado a decirle que contuviera el orgasmo, mientras le susurraba las cosas que pensaba hacerle. Pero ella no pudo resistirse, y la sonrisa de Antonio le había confirmado que era precisamente eso lo que buscaba.

Lo miró de reojo y vio un atisbo de aquella sonrisa. Le estaba leyendo la mente. Lo sabía... A Melissa se le aceleró la respiración y sintió que se le iba a escapar un gemido. Gracias a Dios. Jeanie eligió aquel momento para hablar.

—¿Qué les parece si le hacemos alguna pregunta al hombre que inspiró el libro?

Antes de que Melissa pudiera decir nada, una hermosa mujer morena se levantó de su silla y le sonrió seductoramente a Tony.

—¿Sería capaz de susurrarme cosas al oído a mí?

Todo el mundo se echó a reír, excepto Melissa.

—Lo siento —dijo Tony—. Mi boca ya está comprometida... con el oído de Melissa.

Melissa no estaba seguro de que le gustara la respuesta, pero el estómago le dio un vuelco.

—¿A qué se dedica, señor Bond? —preguntó una mujer que llevaba un bloc de notas.

—Me ocupo de la cocina, sobre todo.

—¿En serio? —la mujer sonrió—. Podría ocuparse de la mía, alguna vez. ¿Cuál es su lugar favorito para practicar el sexo?

—La cocina, por supuesto —respondió él riendo.

—Muy apropiado —señaló la mujer—. ¿También cocina?

—Cocinar es un preámbulo de lo más excitante... la crema de la leche, el jugo ácido de un melocotón, la carne crepitando en la parrilla... La sensualidad de la cocina es incomparable.

—Señor Bond, ¿cuál es su nacionalidad?

—Bueno, mi madre era sudamericana y mi padre europeo —se palmeó el pecho—. Me temo que llevo encima una mezcla de nacionalidades.

Melissa miró su reloj, esperando que fuera ya la hora para empezar a firmar. Pero la morena no parecía haber acabado.

—¿Qué es lo que vuelve a un hombre como usted tan increíblemente *sexy*? —le preguntó, con una voz sensual y cargada de connotaciones sexuales.

Melissa sintió que el corazón se le desbocaba.

Tony no parecía tener una respuesta preparada. De hecho, permaneció tan callado que Melissa lo miró y vio que él también la miraba. La expresión de su rostro la dejó sin respiración.

No estaba segura de que fuera a gustarle aquello.

¿Qué demonios iba a decir Tony?

Capítulo 6

«Tienes que alimentar a la bestia que llevas dentro. Ha sido rechazada, ignorada y reprimida... por ti. ¡Ahora es su turno!».

101 maneras de hacerlo suplicar

Melissa apartó la mirada de Tony y miró a la multitud. Todos esperaban en silencio la respuesta. Jeanie hizo un gesto de corte en la garganta, el cual interpretó Melissa como una señal para acabar el turno de preguntas. Por desgracia, el ingenioso cierre que había planeado se había desvanecido... junto con el vaso de agua helada que había en el pódium.

¿Alucinaciones? ¿Insolación? ¿Malnutrición? ¿Daños cerebrales?

Se aclaró la garganta y les dio las gracias a todos por asistir.

—Si quieren una copia firmada de *101 maneras de hacerlo suplicar*, estaré encantada de entregársela. Y de todos modos, vengan a saludarme, por favor.

Parecía que había evitado una crisis. Pero no era así.

Tony se levantó antes de que nadie pudiera moverse.

—Esta señorita me ha formulado una pregunta —dijo, dirigiéndose a la morena—. Quería saber cómo un hombre como yo puede ser tan *sexy*...

Todo el mundo tenía la mirada fija en él, incluida Melissa.

—La respuesta es muy simple —añadió—. La razón por la que soy tan *sexy* es ella.

—¿Quién, la morena caliente? —preguntó un hombre.

Las risas estallaron en la sala, pero Melissa sintió un dolor agudo en el pecho. Era como si la hubiesen apuñalado. ¿Por qué hacía eso Antonio?

—Sí, la morena caliente —dijo él, y se volvió hacia Melissa—. Mi mujer.

Melissa lo miró y vio sus oscuros ojos brillando con secretos. El corazón le dio un vuelco. ¿Qué estaba haciendo ahora? Le pareció ver que apretaba la mandíbula, como si estuviera sofocando alguna emoción. Pero no pudo asegurarlo, pues lo próximo que supo fue que él la tomaba de la mano y que se llevaba los dedos a los labios.

Oyó que el público se deshacía en suspiros. Comprendía la reacción femenina. Antonio podía ser más romántico que nadie. Él le giró la mano y presionó un beso en su palma. Una ola de calor se extendió por su piel y casi la hizo suspirar a ella también.

Cuando Tony se giró hacia el público, volvió a dirigirse a la morena, quien ya no parecía sentirse tan segura con sus dotes de seducción. Melissa no quería sentirse satisfecha de sí misma, pero aquel momento era realmente agradable.

—Tiene muy poco que ver conmigo —dijo Tony—. ¿Qué hombre puede ser *sexy* sin una mujer que le inspire esos sentimientos? Todo depende de ella, de la mujer especial, la única cuya sonrisa puede prender en llamas el corazón de un hombre.

La morena se encogió de hombros, reconociendo que había perdido esa batalla pero no la guerra.

—De acuerdo, ¿cuál es su secreto? —le preguntó a Melissa.

—Todos sus secretos están aquí —respondió Tony, alzando uno de los libros.

Melissa se echó a reír, igual que todo el mundo, pero no sabía cómo sentirse por lo que Tony había hecho. Seguramente con su

gesto había conseguido que todas las mujeres de la sala se murieran por un hombre como él; un hombre que antepusiera su pareja a una mujer fatal y que pusiera en su sitio a las taimadas seductoras. ¿Quién no desearía a un hombre así? Melissa lo habría dado todo porque la adoraran de esa manera.

Fría y educadamente, Melissa retiró la mano de Tony y se disculpó para ir a firmar libros. El anillo relucía con fuerza, como un cordón de oro. Tuvo que resistir el impulso de quitárselo. Aunque ¿por qué iba a poder quitárselo ahora si nunca había podido? Y además, resultaría un poco extraño devolverle el anillo a Tony en medio de una sesión de firmas.

Jeanie apartó dos sillas junto a la mesa y le indicó a Melissa que se sentara. Por desgracia, la publicista quería que Tony también firmara los libros.

—Ya sabes, como un equipo de marido y mujer —dijo con una radiante sonrisa.

Melissa rodeó la mesa y le recordó a Jeanie en voz baja que su libro constaba de ciento cincuenta mil palabras... y que Tony no había escrito ni una sola coma.

—Pero fue quien lo inspiró, ¿no? —le susurró Jeanie, y en voz más alta añadió— ¡Apuesto a que a estas mujeres les gustará tener un autógrafo de Antonio!

—¡Sí! —gritaron al unísono las mujeres que aguardaban en la cola.

—Desde luego —concedió Melissa con una sonrisa forzada. Había demasiada gente alrededor como para mandar a Jeanie y a Tony al infierno.

Jeanie se situó detrás de ellos.

—Quieres vender libros, ¿verdad? —le susurró a Melissa mientras

le servía un vaso de agua y empezaba a abrir ejemplares del libro.

Melissa se tragó la respuesta. Por supuesto que quería vender libros. Firmó el primero y charló brevemente con una joven madre de tres niños que no podía esperar para leerse el capítulo sobre las cosas que no debería hacer. Era una autora de éxito con algo que decir a las mujeres. ¿Qué importaba que él estuviera allí? No lo había visto en dos años. ¿Por qué tenía que afectarla lo que hiciera? Con que la ayudase a vender libros era suficiente.

¿Verdad que sí?

—Alimenta a tu bestia escondida —dijo, y escribió las palabras en el libro. A continuación se lo pasó a Tony, que escribió: «¡Feliz jardinería!». A la joven madre pareció encantarle.

Melissa se juró que recordaría sus prioridades. Se volcó por entero en la firma, riendo y bromeando con la multitud, y repitiéndose a sí misma que era un milagro que aquellas mujeres emplearan su preciado tiempo en ir a escucharla. Incluso bromeó con Tony y las mujeres que intentaron ligar con él, que eran casi todas. Al fin y al cabo, sólo habían pasado una noche juntos hacía dos años. ¿Qué podía significar eso para los dos?

Pero entonces las cosas se desmadraron. Tony y ella estaban firmando libros tranquilamente, habían acabado ya con dos pilas de libros, cuando Melissa oyó un alboroto y levantó la mirada. Una pequeña multitud se había congregado en la entrada de la tienda. Escudriñó entre los clientes y vio a un policía.

Le dio a Tony un puntapié por debajo de la mesa.

—Es el policía del parque —le dijo, apuntando al hombre alto y pelirrojo que se dirigía hacia ellos. Una mujer lo seguía, con las lágrimas cayéndole por las mejillas. Parecía ser la madre que había perdido a su hija.

Melissa tuvo un mal presentimiento. El policía tenía una expresión grave y decidida, pero cuando llegó hasta ellos, le presentó la mujer a Tony con una sonrisa. La mujer llevaba una niña tras ella, aferrada a sus faldas.

—Ha insistido en venir para darle las gracias —dijo el policía.

Tony se levantó inmediatamente y fue hacia la mujer. La abrazó con ternura, dejando que llorara y le diera las gracias por ayudarla a salvar a su hija. Una ola de emoción pareció barrer la sala, y hasta Melissa sintió que se le encogía el corazón. Cuando la madre recuperó la compostura, Tony la soltó y se arrodilló para hablar con la niña, cuyos grandes ojos negros relucieron de asombro al oírlo hablar en su idioma.

Una tímida sonrisa sustituyó lentamente la expresión pensativa de la niña, y cuando Tony acabó de apartarle los rizos de la cara y de decir lo guapa que era, ella empezó a contarle entusiasmada su gran aventura. La madre sonreía entre lágrimas, e incluso el policía parecía conmovido.

—Dice que se le escapó la pelota y que no podía alcanzarla —tradujo Tony.

¿Quién era ese hombre? ¿Don Quijote? ¿Don Juan? ¿Un cazador de recompensas? Pero no podía ir sólo tras el dinero, ¿verdad?

Todas las mujeres en la sala esperaban en la cola para llegar hasta él, hasta uno de los pocos caballeros que aún existían en el mundo. Algunas lo miraban con tristeza, como si quisieran llevárselo a casa para presentarlo a sus padres o a sus hijos.

Melissa sintió una punzada en las costillas y pensó que podían ser celos. Pero ¿por qué? Estaba claro que necesitaba una vacuna contra Antonio. Aunque, si ya la había mordido, ¿no debería de ser inmune?

* * *

Unos aromas increíbles sacaron a Melissa de su dormitorio y le hicieron olisquear el aire. Las entrevistas de la radio habían durado mucho y Jeanie había sugerido que se fueran a cenar, pero Melissa sólo podía pensar en la suite del hotel y su preciosa bañera. Tony había regresado con ella y había sugerido que pidieran algo al servicio de habitaciones, pero Melissa estaba agotada y ambos se fueron a sus respectivas habitaciones.

Ahora, después de un baño relajante y lista para acostarse, estaba reconsiderando la idea del servicio de habitaciones. Pero entonces un delicioso olor a cebollas y champiñones con mantequilla impregnó su dormitorio, por lo que decidió seguir su olfato.

El camisón de seda y su kimono le rozaban las piernas al caminar, y sentía las frías baldosas de mármol en los pies desnudos. Tendría que haberse puesto algo de ropa, pero el olor era irresistible y ella estaba demasiado hambrienta.

La suite tenía una cocina con una barbacoa empotrada y un asador, aparatos cromados, accesorios de bronce y una reluciente encimera de granito. Era digna de una revista de decoración, pero lo primero que Melissa vio al entrar fue el plato de aperitivos y la generosa copa de vino tinto.

Entonces vio a Tony tras el mostrador, cortando algo. El vino debía de ser para él, aunque parecía completamente absorto en su tarea.

Otra mujer hubiera asumido que la esperaba, incluso que el vino y la comida eran para ella. Pero Melissa, no. Nunca había creído ser esa clase de mujer. Y además, él había dicho que le gustaba cocinar. Tal vez sólo se estuviera entreteniendo.

—¿Qué es lo que huele tan bien? —preguntó.

El se giró inmediatamente, sorprendiéndola. Tal vez sí la

esperaba, después de todo. Sus ojos se iluminaron al verla, lo que la animó a cruzar la cocina y sentarse junto al mostrador. Estaba increíblemente atractivo con sus pantalones informales y su camisa abierta. Debajo llevaba una camiseta roja que se ceñía a sus abdominales. Pero ¿qué hacía ella mirándolo? Estaba allí porque tenía hambre.

—Toma un poco de vino —dijo él, acercándose con otra copa medio llena—. Es un cabernet excelente. De medio cuerpo, suave y un poco afrutado.

Ella alzó la copa y los dos brindaron.

—Pero también fresco e impertinente —añadió mientras tomaba un sorbo—, como la mujer que está a punto de beberlo.

Melissa soltó una carcajada y lo apuntó con un dedo cuanto finalmente logró tragar el vino.

—Eso no es justo —dijo—. No puedes hacer reír a alguien cuando está bebiendo.

—Elegí el momento equivocado —admitió él—. Por favor, come algo. Te prometo que no haré más chistes.

Melissa examinó ávidamente la tentadora bandeja de tapas españolas. Había empanadas, chile poblano con queso, y otras apetecibles golosinas que no supo identificar.

—Gracias —dijo, sirviéndose una gran empanada—. Acabas de prepararla, ¿verdad?

Lo preguntó en tono bromista, pero él respondió muy serio.

—Aún están calientes del horno. Esta mañana llamé a recepción y pedí los ingredientes. Cuando volvimos esta noche ya estaban en la nevera.

—Vaya —dijo Melissa, sinceramente impresionada, mientras daba

un mordisco al pastel de carne. Había tomado empanadas con anterioridad, pero aquéllas era espectaculares. Estaban elaboradas con carne de cerdo, pimientos verdes, pasas y ligeramente salpimentadas de comino—. Deliciosas... Y también el vino.

Volvieron a entrecuchar las copas y esa vez él hizo un brindis.

—Por conocernos mutuamente —dijo—, dos años después.

Ella lo miró a los ojos. Tal vez fuera el momento de abandonar la actitud esquiva. Después de todo, no podía hipnotizarla con una simple mirada... aunque no le haría falta mucho más.

Tony había pensado en todo. Había dispuesto platos, cubiertos y servilletas. Se sirvió un poco de chile y ella siguió comiéndose la empanada con los dedos, sin preocuparse por los buenos modales.

Se acabó el vino y él le rellenó la copa. Era sorprendente cuánto podía relajarla un poco de alcohol, incluso en compañía de un hombre. Tony se había acomodado en un taburete junto a ella. Sus rodillas se rozaban de vez en cuando, pero a Melissa le parecía que estaban muy alejados.

—Tengo una pregunta importante —dijo él.

—Si pudiera quitármelo, te lo devolvería —se apresuró a responder ella.

—¿El qué?

—El anillo, por supuesto.

Tony frunció el ceño.

—El anillo es tuyo. Yo te lo di.

—Pero parece valioso, una reliquia familiar... —pasó un dedo por el anillo—. Seguramente te hayas preguntado por qué lo llevo puesto.

—Sé por qué lo llevas puesto. Lo que me pregunto es por qué una mujer querría ponerse la ropa interior de un hombre.

—¿Ésa es la pregunta importante? —preguntó ella, mirándolo.

—Compláceme.

—Sí... pero ¿no puedes imaginarle el motivo?

—Bueno... —dio unos golpecitos en el plato con su tenedor—, supongo que por sentir la intimidad del contacto sin tener que tocarse. La mujer siente la tela contra su piel y se imagina cómo debe de sentirlo él. No puede dejar de pensar en él mientras lleva puestos sus calzoncillos.

—O su camiseta —dijo ella, intentando no mirar la camiseta de Tony—. Una mujer sabe por el olor de una camiseta si su pareja se la ha puesto o no. Con sus sentidos puede identificarlo. Se han hecho estudios científicos sobre los cambios que la intimidad provoca en nuestro cerebro y los vínculos que crea entre las personas.

—Te creo —dijo él—. De verdad.

Se levantó y fue hacia la mesa del comedor, donde había una pequeña caja. A Melissa se le había pasado por alto cuando entró en la cocina.

—Esto es para ti —dijo él.

Sorprendida, tomó el regalo y le dio las gracias. De la caja sacó un cilindro rojo con la marca grabada de Brief Encounters. Dentro del mismo había dos tangas negros de hombre.

—Ahora ya no mentirás sobre los tangas a juego.

—Me lo pondré sí tú lo haces —lo retó ella.

Él tomó uno de los tangas y tiró del elástico.

—¿No podríamos usarlos como tirachinas?

—Gallina —murmuró ella.

Él la miró con una ceja arqueada.

—¿Así que... de verdad eres una descarada?

—¿Alguna vez lo has dudado? —replicó ella alzando el mentón.

—A veces, como cuando no salías de debajo de las mantas o cuando te desmayaste.

—Yo no me desmayé. Sólo me mareé un poco. Todas las buenas descaradas saben cómo hacerlo.

—¿Vas a decirme ahora que todo fue puro teatro?

Ella le quitó el tanga y sonrió.

—Supongo que nunca lo sabrás, ¿verdad? Y hablando de gallinas, ¿qué pasa con la cena?

—Vamos por ella —se levantó del taburete y ella lo siguió a la cocina, consciente de que el vino se le había subido a la cabeza. Pero no había peligro, pues ella sólo era descarada en sus sueños—. Los entremeses son del norte de Italia —le explicó—. Raviolis rellenos de pollo, champiñones y peras. He usado vino semidulce para la salsa y un toque final a base de néctar de pera.

—¿Peras? —dijo ella—. ¿En los raviolis?

—Te va a encantar, confía en mí.

Que confiara en él... La mera idea la estremecía, aunque en el fondo le estaba gustando estar cerca de él sin sentir la necesidad de protegerse. Si la situación hubiera sido distinta, y no hubiera pasado nada entre ellos, tal vez hubieran sido amigos.

Y amantes también... No podía imaginarse una relación con Tony sin sexo.

—Yo también tengo una pregunta que hacerte —dijo ella, mientras miraba cómo tocaba las peras una a una, decidiendo cuál estaba más madura—. ¿Qué tiene de *sexy* cocinar?

—La pregunta es más bien: ¿qué no tiene de *sexy*? ¿Alguna vez has pelado y cortado un melocotón? ¿Has sentido correr el jugo entre tus dedos? —hizo una pausa y la miró—. Una sartén produce los ruidos más sensuales que he oído nunca. El chisporroteo del aceite hirviendo... es cómo los sonidos de una hembra en celo.

—¿De una hembra animal?

—O humana. Cuando estás caliente, estás caliente. ¿Y qué me dices de la carne dorándose al fuego? ¿O de la delicada tarea de cortar un pescado fresco?

Melissa no se atrevía a hablar. El modo en que él acariciaba las peras era realmente obsceno.

—También están las sensaciones táctiles —siguió diciendo—. La sensación elástica de la pasta al dente... Y los olores, como la rica y vaporosa fragancia de una buena sopa.

Deberían estar hablando de negocios, pensó Melissa. Cómo llevar a cabo la gira, las entrevistas y las apariciones en los medios de comunicación. Las reglas de compromiso. Todas esas cosas que aquella mañana le habían parecido tan importantes. Ahora apenas la preocupaban. Lo que importaba era saber más de él, cualquier cosa que pudiera descubrir, y aquella tal vez fuera su única oportunidad. ¿Se estaría volviendo loca? ¿Sería el efecto del vino? ¿O quizá fuera esa combustión espontánea que la había hecho arder dos años antes?

Cielos, cómo le latía el corazón... A pesar de lo que él había dicho, no era ella quien lo convertía en un hombre *sexy*. La mente de Tony era tan sensual, madura y succulenta como las peras que estaba seleccionando. Y su cuerpo era tan duro como un cuchillo de acero. En un momento de terrible conciencia, supo que iban a hacer el amor otra vez. Posiblemente aquella misma noche, aunque él no lo sabía. No era su intención seducirla; sólo estaba cocinando.

No. no era él quien lo estaba planeando. Era ella.

Capítulo 7

«La seducción es un arte olvidado, y una mujer debería emplear todo su arsenal para seducir a un hombre».

101 maneras para hacerlo suplicar

«Alimenta a tu bestia interior». Melissa estaba peligrosamente cerca de seguir su propio consejo. Animaba a sus lectores a emplear su sensualidad innata, pero ella sólo lo había hecho una vez en su vida... y aunque la experiencia había sido salvajemente *sexy*, no había sido un éxito total, puesto que había huido de la escena como una fugitiva. Tal vez por eso estuviera pensando en volver a intentarlo, si realmente era eso en lo que estaba pensando.

Tenía que ser el alcohol. El vino y Antonio Bond formaban una combinación letal. Pero, menuda combinación...

Oh. Dios, era el alcohol, sin duda. Ella no era tan atrevida.

Tony estaba de espaldas a ella. Lo único que hacía era enjuagar la fruta en el fregadero, pero Melissa podía ver toda clase de movimientos bajo su camisa. Los músculos de sus hombros eran los más evidentes... y los más sensuales, contrayéndose y expandiéndose y dejando una imborrable impresión de su poder masculino.

No creía haber visto nunca a un hombre que se sintiera tan cómodo en una cocina. Se movía como si aquél fuera su lugar natural. Su confianza en sí mismo podría haber resultado intimidatoria, pero otras cualidades resaltaban en él, como la paciencia.

No se precipitaba en nada, ni siquiera en quitar la etiqueta de la manzana. La despegó lentamente, levantándola con el pulgar y el índice como si fuera una hoja sacudida por la brisa. Después, se

tomó su tiempo en lavar la fruta, y parecía deleitarse con el tacto del agua entre sus dedos.

Del mismo modo actuaba en la cama, recordó Melissa. Seguro, meticuloso, paciente... aguardando el tiempo que hiciera falta para conseguir que ella respondiera, como si no tuviera otro objetivo en la vida que hacerla estremecer de placer.

—Hay una cosa que me gustaría saber —dijo ella, jugueteando con una servilleta.

—¿El qué? —no se molestó en girarse, lo cual le pareció bien a Melissa. Así no vería lo nerviosa que estaba.

—Me preguntaba por qué usaste esa palabra hoy en la librería. ¿Recuerdas que me llamaste «tu mujer»?

—Tú eres mi mujer —la miró por encima del hombro—. Además, me pareció apropiado.

—¿Apropiado en qué sentido?

—Hizo que me sintiera cerca de ti, supongo —respondió él tranquilamente—. Pero si te incomoda, no volveré a usar esa palabra.

—No me importa —dijo ella sonriendo.

—Yo también quiero hacerte una pregunta —su voz se elevó por encima del chapoteo, y Melissa dejó de retorcer la servilleta.

—¿De qué se trata?

—¿Por qué escribiste el libro?

Melissa se encogió de hombros. Le habían hecho esa pregunta muchas veces.

—Quería animar a las mujeres a que explorasen sus necesidades sexuales. Lo creas o no. muchas mujeres aún necesitan pedir permiso para sentir placer, y yo quiero que puedan dárselo ellas mismas. Me refiero al permiso, no al placer, aunque no hay motivo por el que no

puedan darse ambas cosas.

Él cerró el grifo y se secó las manos con un trapo. Agarró el colador con la fruta y lo llevó al mostrador.

—¿Fue eso lo que hiciste la noche que pasamos juntos? ¿Darte permiso?

—En cierto modo, sí, supongo que eso hice.

—¿Todo por ti misma? ¿Es ésa la idea? ¿O el hombre tiene algo que hacer?

Melissa no pudo evitar una sonrisa. Todos los hombres tenían su orgullo.

—Pues claro que los hombres tenéis algo que hacer —no creía que hubiera podido hacerlo con ningún otro hombre, pero no quería inflarle tanto el ego.

Su libro estaba abierto en el mostrador.

—¿Lo estabas leyendo?

—Abarca muchos temas —sacó una tabla de cortar de debajo del mostrador y seleccionó un cuchillo de un taco—. Sobre todo habiendo sido inspirado por una sola noche.

Melissa empezaba a ver adonde quería llegar.

—Es cierto que sólo tuvimos una noche. Y lo que hicimos fue verdaderamente... mmm, ¿cómo definirlo?

—¿Extraordinario? ¿Subliminal? ¿Una experiencia astral?

—Sí, más o menos —dijo ella con una sonrisa—. Pero sólo fue una noche. Hicimos mucho, pero no lo bastante para llenar un libro.

Tony colocó la fruta recién lavada en el mostrador y empezó a alinear los melocotones, las peras, las manzanas y las ciruelas como si fueran modelos en un concurso de belleza.

—Entonces ¿de dónde sale el resto?

Melissa había estado fijándose en sus manos, pero ahora lo miraba a la cara. Él seguía mirando la fruta con el ceño fruncido, como si hubiera visto una mancha. ¿Acaso se sentía un poco inseguro?

—¿Por qué lo preguntas?

Tony se encogió de hombros.

—Una mujer tan guapa como tú debe de tener muchos amantes.

Melissa se echó a reír; él la miró con una ceja arqueada.

—No ha habido ningún otro amante —no contaba la única y desastrosa experiencia que precedió a Tony—. No he estado con nadie desde que estuve contigo.

El semblante de Tony se suavizó un poco.

—Mis lectoras se sentirían muy decepcionadas si descubren que no soy la mujer salvaje que ellas... y tú creéis.

—¿Y todos esos juegos y técnicas del libro? Según el título, hay ciento uno.

—Me inventé la mayoría de ellos —no iba a decirle que él había sido el centro de su inventiva mientras escribía el libro. No tenía por qué saber que había sido el protagonista de cada beso, mordisco y caricia que se había imaginado.

—Siento un poco de curiosidad por esos juegos —tomó una enorme naranja de un cuenco cercano y la hizo rodar bajo la palma.

Melissa agarró el libro y leyó el encabezamiento de los capítulos.

—Ah, sí... «Rincones y escondrijos». Éste no lo inventé. Bueno, al menos no exactamente. Tal vez lo adorné un poco.

—Al libro le hace falta un glosario —fingió estar perplejo—. Sé lo

que son los rincones, pero no estoy tan seguro con los escondrijos.

De repente Melissa se envalentonó, quizá por la sutil invitación que percibió en su voz. Se levantó del taburete y, con el libro en la mano, rodeó el mostrador hasta donde él estaba.

—Tal vez debería darte un par de lecciones —le dijo con una seductora sonrisa—. Considéralo un ensayo... Tendrás que saber esas cosas cuando aparezcamos en público.

Tony la miró con evidente interés.

—¿Es apropiado? —su voz apenas fue más que un sensual gruñido—. Desde luego que sí.

Melissa dejó el libro y tomó un cuchillo. De un sólo golpe cortó la naranja por la mitad. Su fresco y penetrante aroma se elevó en el aire mientras ella tomaba una de las mitades en la mano.

—«Rincones y escondrijos» trata sobre el aprendizaje de los detalles más íntimos del cuerpo de tu amante —explicó, empleando su tono más profesional—. Sobre la exploración de esos lugares tan sensuales que con frecuencia ignoramos.

—Suenan deliciosamente... sucio —dijo él.

Ella le asió la mano y se la sostuvo en alto, con la palma hacia arriba.

—Puede serlo —dijo suavemente mientras exprimía el jugo de la naranja sobre su palma—. Ahora, mira y aprende. Más tarde serás examinado de esto.

Tony esbozó una sonrisa arrebatadoramente sensual. El calor de su mano se propagó en una oleada erótica por el interior de Melissa.

—Esto es sobre las puntas de los dedos y las lenguas —susurró; se llevó la mano a los labios y con la punta de la lengua le lamió lentamente el jugo de la palma. La sensación de tener la lengua

contra su piel, combinada con el agrio sabor de la naranja, le resultó de lo más embriagadora.

¿Qué estaba haciendo?

El corazón se le aceleró, pero no tenía respuesta para esa pregunta... y probablemente tampoco quería tenerla. Quería hacer más, sin importarle el riesgo ni lo que hubiera sucedido antes. Tal vez precisamente por eso quisiera hacerlo, por haberlo echado todo a perder la vez anterior.

Aquella noche, ella le había rociado el cuerpo desnudo con jugo de papaya y le había lamido hasta la última gota. El recuerdo de cómo lo había excitado con la lengua y los labios era irresistiblemente erótico. Cerró los ojos y se metió los dedos en la boca, uno a uno. Selló ávidamente sus labios alrededor de ellos y empezó a chuparlos. Oyó la respiración entrecortada de Tony y se imaginó lo que estaría pensando. Seguro que no eran sus dedos lo que se imaginaba en su boca...

Entonces él la sujetó por la mandíbula y le hizo levantar la cabeza.

—Me toca —dijo, abrasándola con la mirada.

Melissa se humedeció los labios mientras él elegía una ciruela madura. La abrió por la mitad y la apretó ligeramente, haciendo salir el jugo.

—Echa la cabeza hacia atrás —le ordenó. La sujetó por el cuello con una mano y le pasó la fruta por los labios, manchándoselos con el dulce líquido rojo.

Cuando cubrió por entero sus labios, se inclinó hacia delante.

—Eso no significa nada —le susurró—. ¿Entiendes?

—Por supuesto. Sólo estamos ensayando —su voz apenas era audible.

La lengua de Tony fue tan ligera como una pluma a su paso por los labios. Melissa sintió cómo se le formaba un gemido en la garganta, y reprimirlo fue una de las cosas más duras que había tenido que hacer en su vida. No la estaba besando. Sólo estaba probando, se dijo a sí misma. Pero eso bastaba para hacerla estremecer... eso y recordar con detalle lo que habían hecho.

Quería que la abrazara con fuerza y la besara con la misma pasión que había demostrado en su noche de bodas. Qué maravilloso era estar entre sus fuertes brazos, presionada contra su musculoso pecho. ¿Sentiría Tony el deseo que emanaba de ella? Debía de estar ardiendo al tacto.

Dejó escapar un suspiro cuando él dejó de saborearla. Deseaba más, mucho más, pero él tenía otros planes. Le apartó el pelo de la oreja y la mojó en el lóbulo y en el cuello. La sensación fue enloquecedora, seguida por un arrebató erótico mucho más intenso cuando sintió su cálido aliento en la piel.

—Esto debe de ser un escondrijo —murmuró él, sorbiendo el líquido de las delicadas curvas.

Melissa no tenía voz para protestar. Para ella era un rincón, pero mientras él siguiera haciendo eso, podía llamarlo como quisiera. Sus pechos clamaban dolorosamente por ser tocados. Estaban calientes e hinchados contra la seda del kimono. Cerró los ojos e imaginó que la bata era el pulgar de Tony, que le acariciaba los pezones.

Lenta y exquisitamente, él empezó a lamerle el cuello. Melissa empezaba a sentir que ella misma se disolvía en jugo.

No quería que supiera lo loca que estaba por él, no a menos que él también lo estuviera por ella. Esas cosas tenían que darse por igual, de lo contrario sería demasiado embarazoso soportarlas. No podía preguntárselo, ni tampoco podía ver su expresión, pues había hundido la cabeza en su cuello. Pero a Melissa le colgaba un brazo

entre los dos.

Lo movió ligeramente, rozándole el muslo, y encontró la evidencia que buscaba. Estaba tan excitado como ella. Un poco más y rompería la cremallera de los pantalones.

Tony gimió cuando le tocó «accidentalmente» el pene.

Ella sintió cómo le agarraba el pelo en un puño, y de repente todo fue real e inmediato. Le echó la cabeza hacia atrás, exponiendo todo su cuello. Melissa abrió los ojos y vio el deseo ardiendo en los suyos. No había mal interpretación posible. Sabía que cuando su boca se cerrara sobre ella, se entregaría sin reservas a él. y no intentaría detenerlo si la subía en brazos y la tendía sobre el mostrador para comérsela viva.

Pero su boca no se cerró sobre ella, y Melissa se dio cuenta finalmente de que la estaba mirando de otra manera. La pasión ardía en sus ojos como fuegos artificiales, pero había algo distinto. Había vuelto a recuperar el control.

—Sólo estamos practicando, ¿verdad? —dijo él.

La pregunta acababa oficialmente con el ensayo y ambos lo sabían.

—Sí, por supuesto —respondió ella, con una sonrisa demasiado radiante—. Creo que Jeanie estará orgullosa de nosotros, ¿no te parece? Quizá deberíamos pedir fruta fresca para nuestro próximo programa.

Esperó que su voz fuera más serena de lo que le sonaba. Apenas podía hablar. Estaba temblando de pies a cabeza.

Mientras Tony iba hacia el fregadero para lavarse las manos, ella intentó recomponerse. A pesar de sus intenciones, había resultado ser un momento de lo más embarazoso, y no sabía por qué.

¿Estaría él tan afectado como ella? Parecía hacer un buen trabajo

evitándola, tanto como ella a él. y aquello último había sido un claro rechazo. Sin embargo parecía haber algo más. Melissa se había pasado casi toda su vida pensando que los hombres la rechazaban porque no la encontraban lo bastante atractiva. Pero Tony nunca le había hecho pensar que no la encontrase atractiva. Más bien al contrario, para sorpresa de ella.

Tal vez estuviera siendo noble. Melissa prefería la nobleza al rechazo, pero no mucho más. Tenía muchas dudas, pero al menos tenía un par de cosas claras: una, estaba tan devastada por su rechazo, como se había esperado... y dos, si podía hacer que su hombre suplicara por sexo, ¿qué derecho tenía a decirles a las otras mujeres que lo hicieran?

Tony estaba de pie en su habitación a oscuras, contemplando la ciudad. Una hilera de coches de caballos esperaba a los clientes a la luz de las farolas. No había mucho trabajo aquella noche, salvo por los turistas ocasionales. Los habitantes de Manhattan iban en taxi o a pie a sus glamurosos destinos.

Por desgracia, ni una caminata hasta el estado de Maine hubiera servido para enfriarle la sangre. Era su justo merecido, y encima no estaba más cerca de cumplir con su misión de lo que estaba el día que juró cumplirla. Tal vez Melissa fuera una garita asustada... pero podía pasar por una pícara desvergonzada cuando se lo proponía.

Pero aun así no era un juego justo. Él contaba con una gran ventaja.

Jeanie lo había convencido de que la gira sería un desastre si Melissa descubría la verdad sobre él, de modo que había aceptado el consejo de la publicista. Le había dicho que Melissa tenía una oportunidad para triunfar... y él no quería ser quien la privara de su bien merecido éxito. Sabía por qué debía detener aquella relación,

aunque ella no tenía ni idea. No debería haber llegado tan lejos horas antes, pero esa mujer era más dulce y apetecible que cualquier jugo de ciruelas. Esos ruiditos que hacía con la garganta lo volvían loco.

Pero debía controlarse. Al volver a su habitación después de la firma de libros, tenía una docena de mensajes en su buzón de voz, algunos de ellos urgentes. La gente contaba con él. No podía defraudarlos. Sin embargo, no tenía el menor deseo de responder a las llamadas, sólo lo impulsaba un cargante sentido de la obligación.

Eso le decía que tenía un problema... que aún lo seguía teniendo. Después de que Melissa desapareciera de Cancún, se había pasado mucho tiempo intentando convencerse de que se había ido porque no tenía ningún interés por los lazos y los compromisos. Era la explicación más fácil... y la que le permitía culparla a ella.

Pero una parte de él siempre había sabido que eso no era cierto. Melissa estaba asustada. Nunca había hecho algo así antes, salvo quizá en su cabeza. Aquella noche había liberado una parte esencial de sí misma. Sólo así podía explicarse su actitud increíblemente erótica y su vergüenza posterior. Menudo drama tuvo que ser para ella.

Tony había atesorado cada uno de los suspiros con los que se rindió a él, cada regla que había roto y toda la vulnerabilidad que había expuesto.

Llevaba dos años deseando recuperarla. Y ahora, con los labios ardiéndole por el beso interrumpido, empezaba a asimilar otra verdad. Melissa no sólo intentaba animar a otras mujeres a que aceptaran su sexualidad. Aún intentaba animarse a sí misma. Tenía algo que demostrar, y por eso él debería evitarla, igual que Sansón a Dalila. Mientras más fuerte se hiciera ella, más débil se volvería él... y ninguno de los dos necesitaba un caos como el que podía armarse.

—¿Es ésa tu ropa? —preguntó Jeanie cuando entró en la sala del plato y vio el traje de Melissa.

—¿Qué le pasa? —se había pasado horas probándose un conjunto tras otro. Quería parecer *sexy*, pero no demasiado, lo cual no era nada fácil. Finalmente había elegido un jersey de seda que habría resultado más *sexy* de no ser tan grande, y había intentado ajustado cosiendo las aberturas del busto y la falda.

—Perdóname la expresión —dijo Jeanie—, pero pareces un adefesio. ¿Qué son esas costuras? Parece que te has metido en una bolsa de cáñamo. Enseña un poco de piel, cielo.

Jeanie deshizo un par de costuras del pecho y otro par de la falda. Se echó hacia atrás y asintió.

—Esto servirá, supongo. Asegúrate de cruzar las piernas y de que tus zapatos pendan de los dedos de los pies. Eso le gusta a Tony.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno... Sólo hay que observarlo. En cuanto tu zapato cuelga del pie, te clava la mirada. Creo que tiene una obsesión con los pies.

Melissa se echó a reír.

—Eso crees, ¿eh? —era interesante que Jeanie la estuviera aconsejando para atraer a Tony. Si supiera lo que habían estado haciendo con la fruta la noche anterior, no estaría tan preocupada.

—Tú límitate a hacerlo, ¿quieres? Y hablando de Tony, ¿dónde está? Somos los siguientes en salir.

—Dijo que tenía que hacer una llamada —respondió Melissa mirando su reloj. Ya habían pasado diez minutos—. Volverá de un momento a otro.

Aquella mañana no habían acudido al estudio con Jeanie. La publicista tenía una cita muy temprano y había tomado un taxi,

proporcionándoles antes un coche a Melissa y a Tony para ir al estudio. Melissa se sentía demasiado avergonzada para charlar, y él le había dado poco más que los buenos días. Estaba concentrado en su café de Starbucks y parecía malhumorado y distraído. Tal vez no hubiera dormido bien; o quizá fuera la llamada telefónica que había hecho antes de salir. En cualquier caso, el trayecto transcurrió en silencio.

—Espero que no llegue tarde —dijo Jeanie—. No quiero iniciar otra operación de búsqueda y rastreo —le deshizo otro costura en la falda—. ¿Repasasteis el libro anoche? ¿Estuvisteis ensayando preguntas? ¿Crees que estás preparada? Ya sabes que esto tiene que echar chispas.

—Hemos practicado —le aseguró Melissa—. Y han saltado chispas.

Una azafata asomó la cabeza por la puerta.

—Es la hora. ¿Lista?

Melissa se dirigió hacia la puerta, seguida por Jeanie. En el amplio pasillo que conducía al estudio de *Nice Girls Do*, Tony se unió a ellas. Llevaba un traje de lino de color claro que parecía hecho a medida, y sus zapatos también parecían bastante caros. ¿Cómo podía permitirse esa ropa con el sueldo de un camarero?, se preguntó Melissa, aunque sabía que no era asunto suyo. Tal vez se hubiera empeñado hasta las cejas para comprar ropa decente para la gira... o tal vez le hubiera sacado algo de dinero a Jeanie.

Al pasar frente un gran espejo en el extremo del pasillo, se detuvo y se echó un vistazo a sí misma. Realmente parecía un adefesio.

En ese momento había un corte publicitario en el programa, y la doctora Darlene Love, una terapeuta sexual y la presentadora de *Nice Girls Do*, se apresuró a darles la bienvenida. Tenía más de sesenta

años, pero irradiaba tanta energía que Melissa se sintió tentada de preguntarle qué vitaminas tomaba.

—¿Melissa y Tony? Qué alegría conoceros —les estrechó las manos a ambos a la vez—. Escuchad, tenéis que relajaros y disfrutad del momento. Mientras más os divirtáis, mejor. Os presentaré en cuanto estemos en el aire.

Sin decir más volvió corriendo al plato, ignorando por completo a un grupo de admiradoras del público que demandaban su atención. ¿Y aquella mujer era psicóloga?

Se oyó una voz en *off* y la sonriente cara de la doctora apareció en los monitores. Mostraba un ejemplar del libro de Melissa mientras el público aplaudía.

—Nada de trucos hoy —murmuró Tony mientras entraban en el plato.

Se lo podía haber ahorrado. Los trucos eran lo último que Melissa quería, aunque eso no encajaba con el programa. De algún modo tenían que convencer al país de que eran la pareja más apasionada del mundo, y no habían empezado muy bien cuando ni siquiera habían estado en la misma sala de espera. Tony se comportaba como si ella tuviera una enfermedad contagiosa. Y tal vez la tuviera... El aire no parecía llegarle del todo a los pulmones.

Se sentaron en un sofá de terciopelo color ciruela, lo que recordó a Melissa la noche anterior, y Tony se acomodó lo más alejado de ella que pudo, el muy bobo. ¿Qué demonios le pasaba? Tal vez debería echarse en su regazo y hacerle cosquillas.

—Bueno, vamos allá —dijo la doctora Love con una radiante sonrisa—. ¿Qué tenemos que hacer las mujeres para conseguir que nuestros hombres supliquen por sexo?

—Morderlos —dijo Melissa, recordando el consejo de la doctora

sobre la diversión—. Un mordisco en el cuello o en el lóbulo de la oreja es un signo inequívoco de que una mujer está de humor, ¿eh, Tony?

—Tengo marcas de dientes por todo el cuerpo —respondió él, muy serio.

—Oh. Dios mío —murmuró la doctora—. ¿Podemos verlas? —Tony no respondió y la sonrisa de la mujer se desvaneció—. ¿Siempre os sentáis tan separados el uno del otro? ¿Figura eso en el libro?

Melissa miró el oscuro semblante de Tony y se apresuró a explicar.

—Es un juego al que solemos jugar. Él se pone de malhumor y yo tengo que animarlo, sin importar lo que haga falta. No hay nada que a un hombre le guste más que una mujer insistente, ¿verdad. Tony, pequeño? ¿O debería decir... Tigre?

—Muérdeme —dijo él en voz baja.

—¿Ves? Le encanta. Igual que a todos.

—¿En serio? —la doctora no parecía convencida—. ¿Es ése el secreto de vuestra ardiente relación? ¿Malhumor y mordiscos?

La audiencia se rió por lo bajo.

—Sólo estaba bromeando, desde luego —dijo Melissa—. La clave es la comunicación —era cierto, pero no lo bastante excitante para un programa como *Nice Girls Do*. Se devanó los sesos buscando algo más picante, y finalmente le pasó la pelota a Tony—. ¿No estás de acuerdo?

«Di algo provocativo, por favor, Tony. Dime que estoy loca, que la clave es pasar la aspiradora desnuda».

—La comunicación —repitió él con tanto entusiasmo como un loro—. Todo se basa en eso.

La sonrisa de la doctora Love se hizo un poco forzada, y Melissa

supo que estaban perdidos. No es que fueran mal. Es que no iban absolutamente a ninguna parte.

La doctora miró fugazmente sus notas azules.

—Oh, ¡es la hora para las llamadas! Después de la publicidad daremos paso a las excitantes preguntas de los telespectadores —en su tono parecía haber una nota de súplica. Dieron paso a la publicidad y dejó de sonreír por completo—. ¿Qué ocurre? —les preguntó a Melissa y a Tony—. ¿Es esto algún truco publicitario? ¿Cómo es posible que tengáis relaciones sexuales? Apenas os miráis el uno al otro.

La pobre Jeanie no paraba de hacerles señales frenéticamente. Melissa supo que tenía que hacer algo.

—La culpa es mía. Es por el juego —se levantó del sofá y se sentó en el regazo de Tony, para sorpresa del mismo—. Sólo necesita que lo anime un poco... —en voz muy baja, le dijo al oído—: Si me fallas ahora, te tiraré por el balcón del hotel en cuanto volvamos.

—En ese caso te arrastraré conmigo —dijo él.

Melissa reprimió un resoplido, Tony era imposible. Si tuviera otro vaso de agua helada... Cualquiera cosa sería mejor que sentarse en su regazo y hacerle carantoñas. Pero cuando el director de escena empezó la cuenta atrás, eso fue exactamente lo que hizo.

—¿No es encantador? —preguntó la doctora Love—. Nos están enseñando sus técnicas para llegar al sexo. Esperamos que puedan detenerse para responder a nuestra primera llamada... del señor y la señora Earnest Sanders, ¿es así? Melissa, creo que conoces a esta encantadora pareja del estado de Kansas.

Melissa había estado soplando en la cara de Tony. Al oír aquello, una bocanada de aire se le quedó atascada en la garganta. No podía ser...

—Señor y señora Sanders, ¿les gustaría decirles algo a su pícara hija y a su yerno?

—Melissa, ¿de verdad eres tú? Tu padre y yo oímos hablar de tu libro en la iglesia, el domingo pasado. El párroco lo mostró a los feligreses y dijo que un libro como el tuyo servía de gran ayuda al matrimonio. Lo compramos enseguida, y debo decir que...

—¿Mamá? —hubiera reconocido la remilgada voz de su madre en cualquier parte. La mente se le había quedado en blanco, así que el cuerpo actuó en su lugar. El sistema respiratorio reaccionó como un secador al sobrecalentarse. Dejó de funcionar. El aire dejó de entrar y salir. Melissa no podía inspirar ni espirar.

Se llevó una mano a la garganta y con la otra hizo gestos frenéticos, intentando llamar la atención de alguien. Pero nadie parecía darse cuenta de que se estaba ahogando. Podía morir allí mismo, en directo.

Finalmente, la doctora Love soltó una risita.

—Oh, mirad eso —dijo—. Nuestra elocuente autora se ha quedado sin palabras. ¿No es encantador?

Capítulo 8

«Los afrodisíacos son efectivos... pero nunca desestiméis un buen trasero masculino».

101 maneras para hacerlo suplicar

Melissa pensó que su piel estaría azul, morada o índigo. Podía oír la voz de su madre zumbando en su cabeza, de modo que aún no estaba muerta. Pero seguía sin poder respirar.

—Melissa. tu padre y yo hemos intentado ese juego del capítulo cinco. ¿Cómo se llama, Ern? ¿Montando al Poni Salvaje»? Tu padre ha tenido que ir al médico porque se lastimó la sínfisis sacroiliaca, pero estamos muy orgullosos de ti, querida. ¿Cuándo vamos a conocer a tu Tony?

—¿Tus padres no conocen a tu marido? —preguntó la doctora Love. sorprendida.

Melissa soltó un gemido ahogado, y finalmente la gente empezó a darse cuenta de que estaba en problemas. Tony la levantó en brazos y la hizo ponerse en pie.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó la doctora, levantándose también.

—Déjame sitio —dijo él—. Ya hemos hecho esto antes. Es su respiración.

Melissa se derrumbó contra Tony mientras él le ponía una mano sobre la boca y con la otra le pellizcaba la nariz. «¡Otra vez eso no!», pensó. Trató de soltarse, pero él la sostuvo con fuerza. Dios, qué fuerte era. Ella se estaba asfixiando y él iba a rematarla. ¿Ése era el

plan?

«¡Suéltame!», la voz no le salió, así que intentó pisarle el dedo del pie, sin éxito. Desesperada, levantó el tacón hacia atrás, con la intención de darle una patada en la espinilla. No quería hacerle daño, pero apuntó demasiado alto.

—¡Uf! —Tony la soltó y se dobló por la cintura, mientras que Melissa se tambaleaba hacia delante, llenándose de aire los pulmones.

—Estos chicos juegan duro —dijo la doctora Love—. Es el momento de hacer una pausa, amigos. Luego, volveremos con nuestros siguientes invitados... ¡El reparto de *Girls Behaving Badly* al completo!

Por suerte. Melissa recuperó la respiración y ya estaba bien cuando salieron del plato. Tony cojeaba ligeramente, pero su humor seguía igual.

—Fue un accidente —dijo ella, mirándolo—. Te juro que lo fue.

—Un accidente más como éste y nunca podré tener hijos.

—Lo siento. ¿Puedo hacer algo?

—¡No, por favor! Aún puedo caminar.

Melissa decidió que sólo estaba empeorando las cosas y permaneció en silencio. Cuando llegaron al pasillo de salida, Tony parecía haberse recuperado.

—Sobreviviré —dijo—. ¿Y tú? ¿Qué tal tu respiración?

—Oh, muy bien... Te agradecería mucho que dejaras de intentar asfixiarme.

—Trato hecho, si tú dejas de patearme los genitales.

Los dos consiguieron esbozar una sonrisa, pero ésta se desvaneció

en cuanto vieron a Jeanie. La publicista los esperaba en medio del pasillo, inmóvil como una estatua. Tenía la boca abierta y la mirada distante. Melissa se preguntó si habría sufrido un shock.

Una azafata pasó corriendo junto a ellos, como si fueran invisibles. Sin duda iba en busca de las siguientes invitadas del programa.

—Jeanie, no ha ido tan mal —dijo Melissa en voz baja.

Jeanie parpadeó y los miró como si acabara de despertar de un trance.

—¿Que no ha ido tan mal? —repitió—. ¡Ha sido un desastre! —miró fijamente a Melissa—. ¿No les dijiste a tus padres que estabas casada? ¿Ni siquiera les dijiste que habías escrito un libro? ¿Cómo esperas salir impune de ésta?

—¿Del mismo modo que tú esperas salir impune de hacerme pasar por su marido? —intervino Tony.

Jeanie los miró furiosa a ambos.

—Creo que necesitáis a otra publicista.

—¡Jeanie, no! Mis padres no serán ningún problema —Melissa no podía prometer eso, pero debía complacer a Jeanie. Aunque, ciertamente, sus padres no parecían muy preocupados por el tema. En el fondo no era extraño, ya que siempre la habían apoyado en todo—. Nunca harían nada que pudiera perjudicarme —le aseguró—. No sabían nada de esto. Hablaré con ellos y les pediré que no llamen a más programas.

—Seguramente con su llamada hayan conseguido vender más libros que nosotros —sugirió Tony—. Ese capítulo del poni salvaje parece muy interesante.

Jeanie soltó un bufido.

—Por supuesto que han vendido más libros que vosotros, estúpidos. Os habéis comportado como si no os soportarais. Y por cierto, no me he creído ese juego del malhumor. Ni yo ni nadie más. Se supone que entre vosotros tiene que haber química. ¡Sois unos inútiles!

Abrió el bolso y sacó su teléfono móvil, lo cual indicaba que el trauma no era para tanto.

—Volved al hotel y esperadme allí —les dijo en tono amenazante—. La situación exige medidas drásticas.

Se giró sobre sus talones y se encaminó hacia la salida, dejando a Melissa y a Tony tras ella, un poco inquietos.

* * *

Aquella noche, Tony oyó unos golpes en la puerta de la suite y supo que era Jeanie. La publicista llamaba igual que hablaba... con rapidez y determinación.

—¿Dónde está la otra tortolita? —preguntó al pasar.

Tony cerró la puerta y la siguió al salón.

—Está hablando por teléfono con sus padres, asegurándoles que hoy le he salvado la vida en el programa. Son gente agradable. Melissa me obligó a hablar con ellos y han acordado no llamar a la policía.

—Debes de haberles causado una gran impresión —dijo Jeanie, soltando una bolsa de la compra en la mesita de centro—. ¿De verdad les gustó el libro?

—Ya han empezado a formar un club de fans por teléfono —sonrió y señaló la bolsa—. ¿Qué has traído?

—La salvación... espero —se acercó a la puerta de Melissa y llamó—. Sal de ahí, Miss Sensualidad. Tenemos trabajo.

—¿Y puedo saber a quién intentas salvar? —preguntó Tony, dejándose caer en el sofá y cruzando los brazos. Por lo visto iba a ser una noche muy larga.

—Nuestros traseros. Tenemos que convertirnos en dos amantes al rojo vivo —volvió a llamar a la puerta de Melissa—. Estoy hablando en serio.

Tony oyó un gruñido femenino y supuso que Melissa no estaba más entusiasmada que él por la cruzada particular de Jeanie. Un momento después apareció Melissa y miró a su alrededor con recelo, antes de sentarse junto a la ventana.

—Yo también me alegró de verte —dijo Jeanie—. Y ahora al trabajo. Mañana vais a tener que demostrar algunas de las técnicas de Melissa en persona y en directo.

—Oh, no, de eso nada —dijeron Tony y Melissa a la vez.

—Oh, sí, por supuesto que sí —replicó Jeanie en tono sarcástico. A Tony le pareció que la publicista estaba al borde de un ataque de nervios—. Ya me he ocupado de todo, y aquí tengo una lista con las cosas que debéis hacer mañana —les dio a cada uno una hoja de papel y un ejemplar del libro—. Estad los capítulos que he marcado como si os estuvierais preparando los exámenes de la universidad. He subrayado lo más importante de cada uno, así que lo único que tenéis que hacer es memorizarlo y practicar. Practicar, practicar, practicar. La clave está en la práctica. Tenéis que mostraros relajados y naturales. De lo contrario, os juro que os mataré a los dos.

Les dedicó una radiante sonrisa y sacó de la bolsa un gran frasco de aspirinas.

—Dos de éstas, tres veces al día, con estómago vacío. Doy fe de su eficacia. Os levantarán el ánimo y os ayudarán a relajaros y concentraros. En cuanto a ti, Melissa, mañana seré yo quien te vista.

Buenas noches, queridos míos.

Salió de la suite y Tony pensó en cerrar con llave.

— Estaba un poco tensa, ¿no crees? — dijo.

Melissa estaba leyendo la lista de instrucciones y se había puesto pálida, como si la hubiera mordido un vampiro.

— Presiento que dentro de poco vamos a estar como ella.

— ¿Por qué? — Tony no esperó la respuesta. Leyó por encima su copia y sintió que el color abandonaba sus mejillas.

— No podemos hacer esto en televisión — dijo Melissa, casi sin aliento —. ¡Nos arrestarán!

— ¿Pegamento Sexual? ¿Quiere que finjamos estar pegados? ¿Allí?

Melissa temía levantar la vista de la hoja. Ella y Tony estaban en el sofá, rodeados por los contenidos de la bolsa de Jeanie, y Tony buscaba en el libro el primero de los ejercicios de la lista.

— Es como estar unidos por la... eh, cadera — dijo, mirando a Melissa.

— Es peor aún...o mejor, según cómo lo mires.

Melissa había pasado tantas horas escribiendo el libro que sabía perfectamente su contenido, una ventaja sobre Tony. También sabía lo que esperar de los ejercicios propuestos por Jeanie. No había modo de llevarlos a cabo sin un contacto íntimo y muy provocativo. Sería genial para el programa de televisión, pero mortalmente peligroso para las noches que debían pasar solos en el hotel.

Melissa aún estaba un poco nerviosa por su aparición en *Nice Girls Do*, y no sólo por la llamada de sus padres. La noche anterior se había dado cuenta de que la seducción era un arte muy delicado, cuyas ramificaciones transcendían fuera del dormitorio. Practicar

juegos con un marido era una cosa, pero otra muy distinta era hacerlo con un hombre como Tony.

—Quizá deberíamos tomar los complementos de hierbas —dijo, agarrando el frasco de gingseng que había dejado Jeanie. Una píldora que la tranquilizaba y revitalizaba al mismo tiempo parecía algo milagroso, pero lo único que quería en esos momentos era tranquilizarse.

—Tal vez más tarde —dijo él, mirando las píldoras—. ¿Son seguras?

—Jeanie las toma y aún no ha estirado la pata —abrió el frasco y sacó dos cápsulas—. Mejor empezar ahora, antes de necesitar hospitalización. Vamos, ten coraje.

Le ofreció el frasco a Tony, pero él lo rechazó. Con un suspiro, volvió a dejarlo en la mesa. ¿Por qué todos los hombres se negaban a tomar píldoras?

—Tony, no podemos librarnos de esto —le dijo, como si él no lo supiera—. Odio admitirlo, pero Jeanie tiene razón. Lo de hoy ha sido un desastre, y no sólo por mis padres. Sí volvemos a fastidiarlo mañana, me temo que todo habrá acabado.

Tony dejó la lista y el libro sobre la mesa y la miró.

—¿No crees que ya nos hemos mostrado como la pareja más caliente del mundo?

Ella soltó una carcajada.

—Más bien como la pareja más hostil del mundo. Pero supongo que, después de lo de anoche, sólo intentábamos protegernos a nosotros mismos.

Él se levantó y se metió las manos en los bolsillos. Se había quitado la chaqueta y se había aflojado el nudo de la corbata. Incluso así tenía un aspecto imponente. Demasiado atractivo para los pobres

nervios de Melissa.

—Hablando de lo de anoche —dijo—. Tienes que saber una cosa: no me retiré por ti.

—¿Por qué fue, entonces?

—Quizá porque no quiera volver a estrellarme. Una vez en la vida es suficiente.

—¿Tanto sufrimiento te produjo? —preguntó ella.

—Un poco, sí —respondió, pero su sombría expresión revelaba que había sufrido mucho más de lo que quería sufrir. A Melissa nunca se le había ocurrido pensar que él quisiera que se quedara, y cuando pareció que no hacía intento alguno por encontrarla, había asumido que no le importaba a Tony.

Volvió a mirar las pastillas, preguntándose cuándo harían efecto. Todo se movía demasiado deprisa, sobre todo sus pensamientos. Pero entonces, mientras miraba el frasco, se le ocurrió una idea que la hizo pensar en la eficacia de las píldoras.

—¿Crees que si practicamos lo suficiente podríamos a llegar a desensibilizarnos hasta el punto de que los juegos no nos afectaran? Ya sabes, como cuando alguien dice una palabrota tantas veces que acaba por perder su impacto.

—No creo que esto sea lo mismo —dijo él.

Ella soltó una prolongada exhalación y se levantó.

—En ese caso, creo que debemos acordar que cualquier práctica que llevemos a cabo no tendrá nada de sexo. Ni siquiera debemos pensar en el sexo. Hagamos lo que tenemos que hacer y punto, como los actores, las prostitutas y los políticos.

—¿Quieres que no pensemos en sexo? Eso no puedo garantizarlo.

—Está bien, podemos pensar en sexo, pero no podemos hacerlo.

—De acuerdo. Sin embargo... —la recorrió con la mirada de arriba abajo—. Si vamos a practicar el juego del Pegamento Sexual, tal vez quieras ponerte unos pantalones.

Diez minutos más tarde, los dos estaban de vuelta en el salón. Tony se había puesto unos vaqueros y una camiseta azul de algodón, y Melissa llevaba unos pantalones cortos y un sujetador deportivo. Se encontraron en el centro de la sala, igual que dos bailarines a punto de ensayar juntos por primera vez.

—Soy todo tuyo —dijo él apoyando las manos en las caderas, uno de los muchos gestos que Melissa encontraba irresistiblemente eróticos.

—El juego del Pegamento Sexual es muy sencillo —se obligó a hablar en tono frío y profesional—. Se supone que tiene que hacerse en la ducha, pero tendremos que fingir esa parte. Sin embargo, no olvides que hay que hacerlo estando desnudos.

—No lo olvidaré —le aseguró él con un brillo de interés en los ojos.

—Se trata de lo siguiente —continuó ella—; si estuviéramos en la ducha, lo primero que haríamos sería enjabonarnos mutuamente, pero esa parte también nos la saltaremos. Que cada uno se enjabone a sí mismo.

—Eso no es divertido —dijo él frunciendo el ceño.

—Eh, puede ser muy *sexy* —le advirtió ella—. Es la fase previa, la anticipación.

—Si insistes...

—Después de estar ambos empapados y resbaladizos, nos tocamos por turnos, pero evitando las zonas íntimas.

—¿Cuáles son?

—Bueno, técnicamente, en una mujer son los pezones y la vagina. Y en un hombre... —no pudo evitar bajar la mirada hasta su entrepierna—. Su pene.

—No creo que me guste este juego —fingió soltar un gruñido.

—Te gustará, confía en mí. Requiere un poco de paciencia, pero en eso no tienes problema. Se trata de conocer el cuerpo de tu amante mediante el tacto.

—¿Así que tengo que ponerte las manos encima?

—Sí, pero es más que eso —soltó un suspiro—. Cualquier parte de mi cuerpo que quede presionada contra el tuyo deberá permanecer así hasta que acabe el juego. Así.

Se acercó a él, lo bastante cerca para aspirar el olor de su colonia, y lo recorrió con la mirada para demostrarle el procedimiento correcto. Él era un hombre *sexy* y ella era una mujer *sexy*. Podían hacerlo.

Sabía que él esperaba que lo tocara con las manos, pero ella decidió intentar algo más y presionó el interior de la pantorrilla derecha contra el exterior de su pantorrilla izquierda.

—¿Lo ves? Ahora estoy pegada a ti.

Tony bajó la mirada hasta sus piernas unidas.

—Esto puede ser muy interesante —dijo—. Entonces ¿no tengo que usar mis manos todavía? ¿Puedo usar cualquier otra parte de mi cuerpo?

Melissa asintió. El corazón empezaba a latirle con fuerza. Ahora era el turno de Tony para observarla de la cabeza a los pies, y se tomó su tiempo para hacerlo.

—Tal vez haga esto... —presionó el muslo derecho contra su muslo izquierdo. Los dos tuvieron que separar las piernas para

guardar el equilibrio, pero sin perder el contacto—. ¿Qué pasa con la parte del jabón? —preguntó—. ¿Por qué estar resbaladizos si no podemos frotarnos el uno al otro?

—Enseguida —la voz empezaba a fallarle. Le faltaba el aire cuando estaba cerca de él.

Su siguiente movimiento fue bastante descarado. Tal vez las píldoras de Jeanie empezaban a hacer efecto. Le puso una mano sobre el glúteo derecho; lo notó duro y redondeado, y cómo se flexionaba bajo su tacto. Por desgracia, su cerebro quiso que también lo visualizara, y la asaltó la imagen de una vez anterior, cuando le había tocado aquel trasero esculpido en bronce y había visto cómo se tensaba...

—¿Puedo tocarte en cualquier sitio? —preguntó él. Su voz era espesa y la miraba con ojos entornados, como si él también estuviera imaginado lo prohibido.

—En cualquier sitio excepto en las zonas íntimas que he mencionado —si no recuperaba pronto la respiración, iba a acabar comunicándose mediante el lenguaje de signos.

Por lo visto. Tony decidió que un movimiento atrevido merecía otro más atrevido aún. Alzó la mano y la posó sobre el pecho izquierdo. Lo levantó ligeramente y le dio un suave apretón. Sólo el fino algodón del top separaba la piel de la suya. Melissa casi soltó un gemido, pero la resistencia era inútil. En poco tiempo estuvieron completamente pegados. Lo único que quedaba eran los labios.

—Tu turno... —dijo ella—. Ahora deberías besarme.

—¿Dónde?

—Donde puedas llegar.

Sabía que las opciones eran escasas. Tony podía alcanzar su frente, sus mejillas y sus labios. Tal vez también su cuello. Esperó

que no eligiera esa última opción. Sus besos en el cuello la volvían loca.

Tony había tomado su decisión. Presionó los labios contra los suyos y empezó a mordisquearlos ligeramente. Melissa no estaba segura de que eso fuera justo. Él estaba rompiendo las reglas, pero ella no podía impedirselo, pues su propia boca actuaba por su cuenta.

Interrumpió el beso para hablar, lo cual también iba seguramente contra las reglas.

—Ahora viene la parte del jabón —murmuró contra sus labios—. Se supone que tenemos que resbalar el uno contra el otro. Muy poco a poco, ¿de acuerdo?

Todos los nervios se le desquiciaron cuando Tony empezó a moverse. Le presionó suavemente el pecho y ella se apretó contra él, desatando una oleada de placer. La sensación era demasiado intensa. Mantener la postura hacía que sus muslos temblaran. Lenta y deliberadamente, él le acarició los pezones con los pulgares.

Eso era romper otra regla, ¿no? Pero, oh. Dios, qué sensación...

La empujó con el hueso de la cadera, haciéndola balancearse. Entonces la hizo girarse y le apoyó la espalda contra su pecho. Sus cuerpos entraron en contacto en varios lugares. Con la ingle le tocó el trasero, y Melissa reconoció de inmediato la dureza de su entrepierna. Podía sentirlo moverse contra sus glúteos. ¡Ahora sí que estaba rompiendo una regla!

—No te estás moviendo —susurró él.

Ella hizo girar el pecho contra el calor de su mano, y un agudo estremecimiento la recompensó al instante. Incluso la fricción de sus pantorrillas provocaba chispas. Ya fuera por accidente o adrede, las manos de Tony se cerraron, obligándola a apretarse más contra él. Un

movimiento en falso y los dos caerían al suelo.

No ayudó que Melissa se sintiera mareada. Un intenso hormigueo la recorría por todo el cuerpo. Tenía el rostro encendido y la cabeza le daba vueltas. ¿Serían las hierbas o Tony?

—No te olvides de respirar —le dijo él.

—¿Respirar? ¿Qué es eso? —se separó de él con un débil jadeo e intentó no mirarlo.

—Tenemos un problema.

—¿Sólo uno?

—Bueno, uno bastante grande.

Melissa bajó la mirada y vio lo que quería decir. El bulto de sus vaqueros era lo bastante grande para colgar un sombrero, igual que ella había escrito en su artículo «Diez señales que muestran su interés».

Se le escapó una risa nerviosa.

—Bueno, a veces ocurre —dijo—. Al menos Jeanie ya no podrá decir que no echamos chispas. Creo que deberías hacer lo posible por mantener una erección en directo, aunque sólo sea para que se calle. Piensa en la reacción.

—¿Quieres decir después de que me arresten? ¿O antes?

Melissa volvió a reírse. Sus carcajadas sonaban como una bicicleta con los frenos desengrasados. Pero aun así le resultaba divertido. No recordaba la última vez que había disfrutado tanto desde que empezó la gira. Y si las píldoras de Jeanie tenían algo que ver, debería pensar en tomarlas regularmente.

—¿Quieres probar otro juego? —le preguntó a Tony.

—¿Y arriesgarme a reventar? Creo que mí erección y yo vamos a darnos una ducha, gracias.

—¡Gallina! —lo llamó mientras él se ajustaba los vaqueros y salía. Al menos tuvo una vista privilegiada de su trasero en retirada.

El reloj luminoso de Tony le dijo que aquella noche no iba a poder dormir. Aún vestido, salió del dormitorio y se detuvo frente al de Melissa. ¿Estaría también ella deambulando a oscuras? Eso esperaba él. El insomnio debería ser mutuo.

Durante varios segundos permaneció allí, respirando, sintiendo lo que ella le había hecho en el cuerpo y en la mente. Unos pechos no podían abrasar la mano de un hombre. La presión de un trasero no podía excitar tanto a un hombre... En cualquier caso, no durante toda la noche. Pero así era. Estaba excitado y desesperado por aliviar su deseo, por estar dentro de ella. Hasta los muslos le ardían por la tensión.

¿Qué demonios iba a hacer con Melissa Sanders Bond? Su esposa. La mujer que no podía quitarse el anillo de casada ni respirar con normalidad. Él tenía claro cuáles eran sus intenciones para estar allí... y éstas no incluían una erección semejante. Ni estar frente a su puerta, obsesionado con la idea de separarle las piernas y saborearle la dulzura de su sexo.

Aquello era ridículo. Patético.

Retrocedió un paso, se giró... y se detuvo. Un destello le llamó la atención. La luz de la luna entraba por la ventana e iluminaba el gran frasco de pastillas.

No podían hacerle daño. Sólo eran hierbas...

Un momento después, tenía el frasco en la mano. Se vertió un puñado en la mano, las estuvo contemplando durante un minuto... y se las tragó de golpe.

Listo, ya estaba hecho. Sabían a rayos, así que debían de ser

buenas, ¿no? Y al menos lo ayudarían a dormir.

—Esto sí que es un conjunto *sexy* —dijo Jeanie mientras se echaba hacia atrás para apreciar el aspecto de Melissa.

Estaban solas en un vasto y suntuoso camerino y, fiel a su palabra, Jeanie había escogido el atuendo de Melissa para el programa de noche que empezaría en menos de veinte minutos. Melissa se acercó con cautela a un gran espejo y contempló el efecto. Los tacones de aguja de sus zapatos negros median casi quince centímetros.

Cielos, su reflejo podría hacer ruborizarse a una modelo de ropa interior. Jeanie había insistido en que se pusiera una falda negra ajustada que, sin ser mini, era bastante corta. Pero lo realmente *sexy* de la prenda era el corte central. Una alarmante abertura ascendente que arrastraba la mirada tanto como la imaginación.

Dio un paso de prueba y comprobó cómo el corte se abría provocativamente. El vestuario lo completaba una chaqueta con costuras en el dobladillo y en las mangas, y una camisa negra escotada bajo la misma.

—No puedo salir vestida así —dijo con un débil gemido.

—Sí, claro que puedes y sí, vas a salir —replicó Jeanie—. Estás genial. Si esto no atrae la atención de Tony, nada lo hará.

—No es la atención de Tony lo que me preocupa. ¡Mira este corte. Jeanie! Un paso en falso y seré el centro de las miradas más obscenas.

—Llevas medias debajo. ¿Cuál es el problema?

—¿Exhibición indecente, tal vez?

—Anda, tómate una píldora —dijo Jeanie, sacando un pequeño frasco del bolso—. O mejor dos.

Melissa obedeció y por si acaso se tomó una tercera. Había

comprobado personalmente que la relajaban y revitalizaban, aunque a veces le provocaban un pequeño mareo, muy agradable, sin embargo. ¿Y si se tomaba una cuarta? Mmm, no. Ya se había tranquilizado bastante.

Dieciocho minutos después, ella y Tony estaban sentados el uno junto al otro en un sofá de cuero frente al presentador del programa. Larry Gunderson, un antiguo cómico, tenía unos dientes asombrosamente salidos y unos ojos ligeramente bizcos que a Melissa le recordaron a Groucho Marx.

Larry había hecho las preguntas habituales, y Tony o Melissa le habían respondido con insinuación sexual suficiente para despertar las risitas o las exclamaciones del público. Todo el mundo pareció complacido, incluso Jeanie. Los primeros cinco minutos había estado agitando las manos desde detrás de las cámaras, pero ahora sonreía y se reía.

Larry se inclinó hacia delante como si fuera a confiarles un secreto.

—Me han dicho que habéis accedido a hacemos una demostración de vuestros juegos —miró con ironía al público—. ¿Qué os parece, amigos? ¿Queréis ver a un hombre suplicando por sexo en directo?

Su propuesta fue recibida por una explosión de gritos. Se levantó del sillón e hizo un extravagante gesto a una cortina que, al abrirse, reveló un improvisado cuarto de baño con un plato de ducha.

—Mi estudio es vuestro baño —les dijo a Melissa y a Tony, antes de volverse hacia las cámaras—. *En Larry Gunderson Show* hacemos este tipo de cosas. Tenemos incluso bañadores color carne para nuestros expertos en sexo. ¿Os lo imagináis? No os vayáis. Volveremos después de la publicidad.

Los bañadores aparecieron como por arte de magia y

naturalmente, sólo había un biombo tras el cual cambiarse. ¿Cómo una pareja casada iba a necesitar intimidad para eso? Melissa agarró el bañador y, una vez tras el biombo, le dio la espalda a Tony, con la intención de demorarse todo lo que pudiera. Se quitó la falda sin problemas, pero cuando empezó a desabrocharse la camisa, sintió aire en el trasero.

—¡Eh! —lo miró por encima del hombro. Tony le tiraba de la parte inferior del biquini y ella no podía desquitarse, pues tenía los brazos enredados en la camisa, la cual intentaba quitarse antes que la chaqueta.

Pero en esa ocasión, los ojos de Tony brillaban peligrosamente y una maliciosa sonrisa curvaba sus labios, todo lo contrario a como había estado en el anterior programa. Se había puesto su bañador ajustado de competición, y parecía muy interesado en el apuro por el que pasaba Melissa. Mientras ella intentaba quitarse la chaqueta y la camisa, él se arrimó a su cuello y le acarició la oreja con su cálido aliento.

—¿Necesitas ayuda?

—No, gracias, estoy bien.

—Sí, desde luego que lo estás —susurró él.

—Tony, ¿qué estás haciendo?

—Susurrarte al oído... y pensando cómo acosarte.

—¿En directo por televisión?

—Donde sea. Melissa, donde sea... Me gustaría llevarte al camerino más cercano, encerrarnos allí y no dejarte salir nunca más.

Melissa no sabía cómo responder. Parecía que Tony había perdido el juicio o que un espíritu extraño se había apoderado de su alma. Se preguntó si su actitud tendría algo que ver con las píldoras de Jeanie. Con ella habían sido realmente efectivas...

Pero Tony no podía haber tomado esas píldoras. Seguro que no.

Momentos después. Melissa estaba lista para explicarles el juego a los telespectadores. Le habían instalado un diminuto micrófono en el bañador, de modo que sólo tenía que hablar en voz alta y clara. Pero le resultaba difícil hacerlo mientras Tony la miraba como si quisiera devorarla.

—En cualquier sitio donde nos toquemos, quedaremos pegados —consiguió decir.

Tony pegó el exterior de la pantorrilla contra el interior de la suya, y cuando ella le posó la mano en el trasero el público rugió de aprobación. Los dos habían acordado hacer lo mismo que la noche anterior, salvo la mano de Tony en su pecho. A la audiencia le hubiera encantado, sin duda, pero Melissa no creía que fuera apropiado.

Además, intentaba evitar el riesgo de derretirse delante de todo el país. Un gemido en directo sería muy embarazoso... y no confiaba en poder reprimirlo si Tony la tocaba de un modo más íntimo. Él conseguía hacerla sentirse como si no hubiera nadie más, y eso sólo podía ocasionarles problemas.

—Te toca —le dijo.

—No te imaginas cuánto deseo ponerte las manos encima —le susurró él.

Un jadeo resonó por los altavoces cuando el micro recogió la advertencia de Tony, pero Melissa apenas lo oyó. Estaba demasiado pendiente de lo que él hacía con la mano. Se suponía que el pecho era territorio prohibido, pero él lo tocó de todas formas. Las piernas casi le fallaron cuando sintió el calor abrasador de su piel.

¿Qué demonios le había pasado a Tony?

De algún modo consiguió reprimir el gemido y mantener firmes las piernas, pero cuando los dedos de Tony se cerraron sobre su

carne, perdió el contacto con todo lo demás. Sabía que aquello iba contra las reglas, pero se veía incapaz de detenerlo. Ni siquiera sabía lo que venía a continuación. Oh, sí, el beso. ¿Debía decir o hacer algo antes, o sólo permitir que aquel hombre tan *sexy* y temerario la besara hasta hacerle perder el sentido?

—Tony, no me mates —elevó la cara hacia él y sus bocas se tocaron.

El gemido de Tony resonó como un trueno, pero Melissa sólo lo oyó en su mente. No existía nada más que él. La levantó del suelo y la envolvió con sus brazos, manteniendo pegados sus cuerpos de la cabeza a los pies. Habían roto las reglas, pero Melissa no recordaba a qué estaban jugando.

Él siguió susurrándole al oído, jurándole que iba a tenerla a su manera en cuanto volvieran a la suite. O tal vez en la limusina.

—Soy toda tuya —le respondió ella.

En medio del beso oyeron a Larry Gunderson.

—Creo que eso es todo lo que necesitamos saber, amigos. El espectáculo ha acabado. ¡Hora de comprar el libro!

—¡Magnífico, genial! Un poco más e incendiáis el plato.

Jeanie no dejó de hablar durante todo el trayecto de vuelta, felicitándolos y alabándolos por su sorprendente actuación. Melissa no dijo nada y tampoco Tony, pero ella podía sentir la tensión que emanaba de él.

Jeanie quería celebrarlo y les ofreció tomar una copa en el bar del hotel, pero Melissa declinó la invitación, alegando que estaba muy cansada. Tony puso la misma excusa.

Los dos subieron en el ascensor en silencio. El aire parecía

resplandecer, igual que en un caluroso día de verano.

Tony abrió con su llave y Melissa entró en la habitación a oscuras. No se molestó en encender la luz mientras él cerraba. Dejó el bolso en el suelo y se volvió hacia él. El abrazo fue rápido y fuerte, y el beso inmediato y desesperado. Y ardiente.

Melissa se quitó los zapatos y se presionó contra él, sin tener que fingir esa vez que su tacto no le abrasaba la piel. Empezaron a desnudarse mutua y frenéticamente. No había tiempo para hablar. Los dos parecían entender que aquello era inevitable y que estaban predestinados a hacerlo.

Un sentimiento de alegría invadió a Melissa. Esa vez harían el amor. Él no cambiaría de opinión. ¿Cuántas veces había fantaseado con la idea de que Tony la encontraría? Y se lo había imaginado así. él tomándola en silencio. No cambiaría de opinión. Esa vez no.

Capítulo 9

«No lo veas como un rechazo. Considéralo una invitación, un reto, o mejor aún, una osadía».

101 maneras para hacerlo suplicar

Tony era un hombre acosado por sus demonios. La piel desnuda de Melissa le provocaba un placer tan embriagador como la droga más potente. Y tan ilegal. No podía hacer eso. Una parte de su cerebro llevaba toda la noche ordenándose que se detuviera, pero no podía luchar contra las llamas que rugían por sus venas. Tal vez había tomado demasiadas píldoras, aunque en el fondo sabía que no eran las píldoras. La droga era ella.

Las uñas de Melissa le arañaban la espalda. Lo besaba como una gata salvaje, mordiéndole los labios y absorbiéndole la lengua. Él se estremecía y le devolvía los besos con la misma intensidad.

Cayeron al suelo y rodaron por la alfombra. Sus cuerpos sudorosos se entrelazaron y enredaron como un amasijo de cuerdas. Dios, qué sensación... Tony deseaba que durase para siempre, el cuerpo desnudo de Melissa contra el suyo.

Ella estaba sobre él, su pelo le acariciaba el rostro como una suave brisa. La luz de la luna hacía brillar sus curvas como si fueran plata líquida. Echó hacia atrás la cabeza y él la besó en el cuello. Sus pechos eran pequeños y luminosos, y sus pezones, hinchados y rosados, pedían ser besados también.

El atrapó una de las puntas con la boca y la acarició con la lengua. Melissa ahogó un grito de sorpresa. Él succionó suavemente para demostrarle lo que se sentía, pero fue eso lo que más le gustó a ella.

Se arqueó hacia atrás, sucumbiendo a la delicia carnal. Al calor de las llamas. A él.

«Tony, no me mates».

Ésas habían sido sus palabras. ¿Podía morir Melissa por aquello? Él sí podía.

Giraron sobre sus costados y él la miró, preguntándose cómo podía hacerlo sentirse tan poderoso y vulnerable al mismo tiempo. Un dios y un mendigo. Quería recuperar todo su poder, pero también la quería a ella, y por alguna razón, no podía tenerla sin experimentar todas las emociones humanas.

Melissa percibió su cambio, se puso encima y desafió el fuego que ardía en los ojos de Tony. Vio en ellos una emoción desconocida hasta entonces, y por un segundo se asustó. ¿Sería pasión o ira? Nunca lo sabría, porque una preocupación más acuciante se apoderó de ella mientras lo montaba a horcajadas. La anchura de las caderas de Tony la obligó a separar las piernas, provocándole una intensa espiral de placer. Su erección le rozaba la cara interna del muslo, liberando los años de deseo frustrado. Desde la última vez que estuvieron juntos, su cuerpo no había vuelto a estar tan sensible.

Estaba húmeda y preparada. Y él estaba tan duro como el acero, dispuesto a tomarla.

—Tómame —susurró ella.

Tony movió ligeramente las caderas y se deslizó en su interior, donde ella necesitaba que estuviera. Él soltó un gemido, amortiguado por el pezón que estaba probando. Melissa lo sintió a través de sus pechos, como una corriente eléctrica.

Entonces él la levantó y la tumbó de espaldas, manteniéndose dentro de ella. Melissa soltó un grito de sorpresa y placer. Alargó las manos hasta sus caderas y le hundió los dedos en la carne. Lo sujetó

ávidamente contra ella, incapaz de saciarse, hasta que, de repente, alcanzó la saciedad. Un orgasmo tan inesperado como apremiante brotó de su interior, colmándola de un placer tan sublime que durante unos instantes dejó de respirar y no existió más que para aquel momento glorioso.

«No te olvides de respirar», las palabras de Tony resonaron en su cabeza.

Un gemido de dulce angustia se escapó de la garganta de Tony. El cuerpo se le endureció, la mandíbula se le tensó y entonces explotó. La estrechó entre sus brazos y la apretó con fuerza, como si fuera su única fuente de sustento.

Volvieron a girar, quedando de costado. Melissa se aferró a él con cada músculo de su cuerpo. No quería que se retirara, pero las piernas le dolían por el esfuerzo de sujetarlo.

—Cielos —jadeó él—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé —ella tampoco podía explicarlo, pero comprendía su perplejidad. Habían estado separados y sin hablarse y al momento siguiente estaban desnudándose. Ahora estaban en el suelo, desnudos y aturridos por la colisión.

Cerró los ojos y tuvo una silenciosa conversación con su desbocado corazón, sin calmarlo. También podía oír el corazón de Tony. Apoyó la cabeza en su pecho y sintió sus latidos contra la mejilla. El torrente de sangre fue adquiriendo el ritmo estable del sueño, y ella fue barrida por el cansancio junto a él.

Al rato sintió que la levantaba y la llevaba al dormitorio. Aún estaba oscuro, y no sabía qué hora era. Él la dejó en la cama y se apartó, lo que la hizo protestar. ¿Cómo no iban a pasar la noche juntos después de haber formado un único cuerpo?

—Hablaemos por la mañana —dijo él.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—Puede esperar a mañana. Vuelve a dormirte.

—¡No! —no podía ver su expresión en la oscuridad, pero percibía la resolución en su voz—. ¿Lamentas que hayamos hecho el amor?

—No lamento nada. Pero no estoy seguro de lo que ha pasado, y me siento responsable. El sexo debería ser una decisión mutua, no un impulso aleatorio.

—Creía que había sido un impulso encantador —alargó un brazo hacía él, pero no lo encontró—. Tony, vuelve. No eres responsable. Ya soy mayor.

—Duérmete.

Su voz se había suavizado, pero el ruido de la puerta al cerrarse le dijo que se había quedado sola. Se hundió en la almohada, vencida por la desesperación. Siendo hija única, siempre se había sentido sola en muchos aspectos, pero nunca más que en ese preciso instante. No dudaba de que Tony se sentía atraído por ella. La deseaba. Pero no quería desearla.

Tony se estiró desnudo en la cama. Había pensado en ponerse el pantalón del pijama, por si acaso entraba Melissa. Pero la habitación estaba a oscuras y él necesitaba enfriar su cuerpo para poder pensar. No se sentía nada satisfecho por el modo tan torpe con que la había poseído, pero no había tenido mucha elección. ¿Qué otra cosa hubiera podido hacer dadas las circunstancias? Aún no sabía lo que había pasado. No era la primera vez que sucumbía a un impulso prohibido, pero eso era diferente. Había hecho un pacto consigo mismo para no llegar tan lejos... y él nunca rompía su palabra. Al menos hasta ahora.

¿Cuándo había perdido el control? No había sido nada gradual,

sino más bien como caer por un precipicio. Una especie de abandono erótico. ¿Cómo era posible? Nunca había perdido el control sobre sus necesidades, ni siquiera de joven. Con las otras mujeres era él quien llevaba la iniciativa y el mando. Pero con Melissa no hacía más que locuras.

Como pedirle que se casara con él.

Como romper las promesas.

¿Cuál era el secreto de Melissa? ¿Por qué era como su Dalila particular?

Sonrió. No podía evitarlo. ¿Podría ser un caso crónico de calor sexual? Se llevó la mano a la frente, preguntándose si habría contraído fiebre. Tal vez la debilidad pudiera explicar su desliz. Aquella mujer era letal. Mata Hari no le llegaba ni a los tobillos. Ser excitado por Melissa era como ser narcotizado por una de esas drogas duras.

Dejó escapar un suspiro. Aquello iba mal. Ahora empezaba a pensar en enfermedades, desastres y sabotajes. ¡Se estaba volviendo como ella!

Alargó una mano para encender la lamparita y golpeó algo que cayó al suelo. Al encender la luz vio el frasco de píldoras de Jeanie. La noche anterior se había tomado un puñado, y durante el día había tomado más. Agarró el frasco y leyó la etiqueta. Gingseng, por supuesto, pero el resto de ingredientes eran más exóticos: gingseng rojo coreano, avena salvaje, yohimbe, damiana, ylang ylang, jasminum grandiflorum, ginkgo biloba y gluconato de zinc, entre otros. A Tony le pareció una lista de afrodisíacos. Sabía que el yohimbe incrementaba el flujo sanguíneo en el pene, y eso era lo último que él necesitaba.

* * *

A la mañana siguiente Melissa había decidido que Tony era o bien un *gigoló* profesional o bien un agente secreto con la misión de atraparlas a ella y a Jeanie en un intento de fraude. La segunda opción tenía más sentido. Los *gigolós* no se casaban con escritoras muertas de hambre. Aunque tal vez hubiera adivinado su potencial creativo y hubiera predicho que su noche de pasión inspiraría un *bestseller*. En tan caso era un clarividente. O un agente con talento.

En cualquier caso, le había dicho que hablarían por la mañana, y ella ya sabía lo que él iba a decirle. Se levantó de la cama y entró en el baño para mirarse al espejo y tomarse el pulso. Estaba acelerado, como era de esperar, pero no estaba enferma, por desgracia. Sus mejillas tenían un saludable color rosado. Nadie se creería que se estaba muriendo de alguna misteriosa enfermedad de la que el único síntoma parecía ser la excitación.

Se recogió el pelo en una trenza, decidida a no parecer atractiva. Un poco de rímel, un poco de pintalabios... Ésa no era la misma mujer que la noche anterior había agarrado el trasero de un *gigoló* y le había ofrecido sus pechos.

El armario era el siguiente paso en el proceso de afeamiento. ¿Qué podía ponerse para enfrentarse al hombre con quien había hecho el amor en el suelo? Tenía que ser algo que ocultara su interés. ¿Un hábito de monja? ¿Una burka?

Sacó varias cosas y finalmente se decantó por un vestido negro de lino. Parecía lo bastante recatado... sí bien mostraba algo de escote y de piernas. Una vez que se lo puso, junto con un par de sandalias a juego, volvió a mirarse al espejo. Mostraba la porción adecuada de escote. ¿Por qué no martirizarlo un poco con lo que nunca volvería a tener?

Se ajustó el vestido, las cremalleras y las tiras del sujetador hasta

que finalmente estuvo satisfecha. Parecía que se estaba preparando para el baile de graduación, lo cual indicaba su confusión. Se había pasado cuarenta y cinco minutos intentando no parecer *sexy*, sólo para hacerlo babear de deseo.

Se inclinó un poco para comprobar el escote. Perfecto. Melissa, tienes mejor aspecto que los melones que se toma para desayunar». Estaba lista para salir, pero algo la retuvo. Quizá fuera el temor a ser confundida con una jugosa fruta a la que saborear.

Miró el teléfono de la mesilla. Tal vez debería llamar a Kath para discutirlo. No, sabía lo que diría su amiga: «¡Acuéstate con él. Melissa! Tantas veces como puedas. Las demás mataríamos por estar donde tú estás. Sus susurros me hacen estremecer. ¿En serio te llevan a ti al orgasmo?».

Y al oír eso Melissa hubiera colgado el teléfono. Era curioso que una experta en sexo sólo tuviera maníacas del sexo por amigas.

Cuadró mentalmente los hombros y salió del dormitorio. Mientras caminaban por el salón, sintió el calor del sol matinal que entraba por los grandes ventanales. Vio a Tony en el balcón, sentado junto a la mesa. Llevaba puesta una bata y leía el periódico mientras acariciaba distraídamente el asa de su taza de café. La vista de Central Park era espectacular. Nada le gustaba más a Melissa que un panorama de árboles verdes y cielo azul. Y, en lo que a ella concernía, aquel *gigoló* irresistiblemente guapo no añadía nada de belleza al escenario.

El olor a café recién hecho emanaba de la cocina, pero se resistió. Ya estaba bastante nerviosa. Como las puertas francesas estaban abiertas, hizo algo de ruido para alertarlo.

Tony no levantó la vista del periódico cuando ella salió al balcón. Melissa esperó un momento, observando el contraste de las amapolas rojas y las orquídeas blancas con los relucientes maceteros

negros. El mobiliario de teca contaba con cojines blanquiazules y una sombrilla. Sobre la mesa había una gran bandeja plateada repleta de comida. Por lo visto había encargado un desayuno continental: un termo de café, una jarra de zumo, una cesta de panecillos crujientes y pastas y tarros de mantequilla y mermelada.

Melissa volvió a hacer ruido y esperó, pero él siguió sin levantar la mirada.

¿No era una escena acogedora? El hombre desayunando y leyendo el New York Times, y la mujer esperando que advirtiera su presencia.

Finalmente. Tony la miró por encima de la sección de deportes y ella olvidó su enfado. Por un instante quedó maravillada de que sus ojos pudieran ser tan negros en un día soleado. Qué fácil sería perderse en la profanidad de esas pupilas...

—Lo de anoche no puede volver a suceder —lo informó.

—Tienes toda la razón —murmuró él volviendo al periódico—. No se puede confiar en ti.

—¿Perdón? —miró perpleja la página que le cubría el rostro. Cuando él no respondió, se acercó y empujó el periódico hacia abajo—. ¿Que no se puede confiar en mí?

—Eso he dicho.

—No fui yo la única que se puso a rodar por el suelo, señor Tigre. No se puede confiar en ninguno de los dos.

Tony dejó el periódico y le mostró el frasco de píldoras.

—¿Crees que estas píldoras han tenido algo que ver? Están hechas de ginseng y afrodisíacos chinos.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó ella cruzándose de brazos—. ¿Nos han drogado?

—Hemos estado atiborrándonos de afrodisíacos. Puedes sacar tus propias conclusiones.

Melissa agarró el frasco y leyó los ingredientes.

—Son complementos a base de hierbas, como dijo Jeanie. Y eres tú el único que se ha atiborrado. Yo sólo he tomado la dosis prescrita —lo miró con ojos entornados—. Te has comportado de un modo muy extraño. ¿Cuántas te has tomado? Quizá deberíamos ir a Urgencias para desintoxicarte.

—De eso nada. Sólo intento hacer una observación sobre las píldoras y lo que ocurrió.

—Buen intento —replicó ella dejando el frasco enfrente de él—. Pero yo no creo que tenga nada que ver con las píldoras. Se trata de nosotros, de ti y de mí. Somos como un escape de gasolina y una cerilla encendida.

—Y un combustible a base de avena salvaje —se levantó y apartó una silla ofreciéndole asiento. Era un gesto muy caballeroso, pero a ella le gustaba estar más alta que él. También le ofreció café y pastas, pero ella también lo rechazó, de modo que Tony tomó un panecillo para él mismo y empezó a untarlo generosamente de mantequilla.

—De acuerdo, supongamos que las píldoras producen un efecto —dijo ella cuando él volvió a sentarse—. Eso tiene fácil solución. Basta con dejar de tomarlas. ¿Pero cómo podemos controlar...?

—¿A nosotros mismos?

—Nuestras glándulas. Esta atracción tiene que ser algo físico, como un grifo que gotea. En cuanto el agua se corta, el chorro desaparece.

Mientras hablaba. Melissa veía cómo Tony untaba la mantequilla en un panecillo caliente. Observó cómo las gotas se deslizaban por sus dedos y cómo se los limpiaba con la lengua. Lo vio cerrar los ojos,

como sí se estuviera deleitando con el sabor.

Una ligera brisa sacudió las flores, y Melissa sintió que su estómago era tan débil como los pétalos de las amapolas. Conocía muy bien la suavidad de aquella lengua.

—¿Crees que nuestra atracción es sólo física? —preguntó él, dándole un mordisco al panecillo y revelando unos dientes blanquísimos mientras masticaba.

—Lo creo —dijo ella—. Absolutamente.

Tony se pasó la lengua por los labios en busca de migajas.

—¿Y cómo propones que cortemos el agua?

Dios, qué *sexys* eran esos ojos y esa boca con aquella lengua de terciopelo...

—No lo sé —admitió—. Por estoy aquí, viendo cómo te lames la mantequilla de tus labios. Para empezar, ¿qué tal si dejas de hacerlo? Y ya de paso, ¿podrías dejar de hacer eso con el asa de la taza?

Él la miró con el ceño fruncido.

—¿No puedo comer ni beber?

—No se trata de comer y beber, sino de lo que haces con los labios y las manos. Se supone que un hombre adulto no se mete los dedos en la boca. Y tú no agarras la taza, tú la acaricias. No estoy diciendo que lo hagas a propósito o que sepas que te estoy mirando, aunque a veces me pregunto si... como cuando te ajustas la ro@0.

Él le mantuvo la mirada, desafiándola a que lo mirara mientras se ajustaba la bata con sus dedos largos y bronceados. Tal vez se tratara de un plan para desatarle las hormonas e impedirle pensar. Tal vez aquel hombre no fuera Tony, sino un impostor enviado por una editorial enemiga para volverla loca de deseo y arruinar la gira.

Los bocinazos se elevaban desde la calle. La brisa seguía

soplando, y el estómago de Melissa seguía dando brincos.

—Bueno, ahora sí que no me pregunto nada —dijo—. Lo estás haciendo a propósito.

—¿Igual que tú, jugando ahora con tu sujetador? Siempre estás haciendo cosas como ésa.

Maldición, de nuevo se estaba tocando las tiras del sujetador. No sabía si detenerse... o seguir para desafiarlo.

—Esto es un hábito nervioso —se defendió—. No tiene nada de *sexy*.

—Pues a mí me parece lo más *sexy* que he visto. De hecho, me siento terriblemente celoso de tu sujetador en este instante.

Ella se detuvo, pero él no. Siguió recorriéndole el vestido con la mirada. Melissa se ruborizó y sintió que los pezones le ardían.

—Yo no te susurro cosas eróticas al oído —le recordó—. ¿Te acuerdas de lo que me dijiste anoche? Fue de lo más indecente, y encima fue en el programa de Larry Gunderson.

—Pero no era yo quien llevaba una falta subida hasta la cintura, ¿verdad? —levantó el termo de café—. ¿Vas a sentarse a desayunar?

—No. pero si lo hiciera, no estaría jugando con mi taza de café.

Él la miró con una ceja arqueada.

—Ni yo jugaría con mis perlas ni me colgaría los tacones de los dedos de los pies.

—¿Tú también te pones perlas y tacones? Esto sí que es la información que necesito para taponar el escape.

—Puedo taponar cualquier escape que tengas, nena —dijo él con voz profunda.

—¿Ves? A eso me refiero. No deberías decir esas cosas. Ni

siquiera deberías pensarlas. Tienes que dejar de mordisquearme la oreja y de tocarme... especialmente en la piel desnuda; esos contactos son los peores —se estremeció al recordar esas caricias—. Y sobre todo, tienes que dejar de mirarme como si quisieras arrastrarme a un rincón oscuro.

—En ese caso tú deberías dejar de lamer el jugo de fruta de mi palma.

—¡Te estaba haciendo una demostración! Y en cuanto a mi ropa, la eligió Jeanie.

—¿No has estado coqueteando conmigo?

¿Coqueteando? ¿Se pensaba que había estado coqueteando? Indignada, pasó junto a él y se acercó a la barandilla para contemplar la ciudad. Al volverse, él la miraba fijamente.

—Muy bien, aquí viene lo importante —dijo—. He fijado ciertos límites, y si alguno de los dos los cruza, habrá consecuencias terribles.

—¿Cómo cuáles?

—No lo sé, pero serán terribles. Comenzaré, pero eres libre para intervenir. —Adelante.

—Límite número uno: nada de mirarme como si fuera una fruta que quisieras pelar.

—De acuerdo. Nada de colgarte los zapatos de tacón de los dedos de los pies.

—¡Nada de susurrarme obscenidades al oído!

—Bien, pero tú no me llamarás «Tony, pequeño» ni «Tigre», y tampoco comprobarás mis atributos.

—Ésos son dos condiciones, y yo nunca he comprobado tus atributos.

Se cruzó de brazos y él se levantó e hizo lo mismo. Ella cuadró los hombros y él también. Estaban en punto muerto, pero ella tenía el último cartucho.

—Nada de caricias, besos ni sexo, salvo en público. ¿Estás de acuerdo?

Apenas lo había dicho cuando Jeanie apareció en el balcón, ataviada con un brillante traje de chaqueta y pantalón.

—¿Qué hacéis aquí fuera? —les preguntó—. ¿Por qué nadie me ha abierto la puerta? Llevo llamando un rato.

Melissa se dio la vuelta, con los brazos aún cruzados. No quería que Jeanie viera lo preocupada que estaba.

Tony intentó distraer la atención de Jeanie ofreciéndole café y pastas, pero Jeanie no era fácil de confundir.

—¿Qué os pasa a vosotros dos?

—Nada —respondió Tony.

Melissa se giró al mismo tiempo, consciente de que sus mejillas debían de estar encendidas. Se sentía muy acalorada.

—Todo va bien. Jeanie.

Jeanie los miró con ojos entornados.

—Bueno, os van a encantar mis buenas noticias. La firma de autógrafos ha sido cancelada, así que tenéis la mañana libre.

—¿Eso son buenas noticias? —preguntó Tony.

—No, no, tengo una sorpresa mucho mayor. Vamos a batir el récord de audiencia con esto —se calló de golpe y volvió a mirarlos—. Está bien, ¿qué os pasa? Os noto cambiados. ¿Habéis estado discutiendo?

Melissa empezó a protestar, pero Jeanie ya estaba negando con la

cabeza. Pasó la mirada de uno a otro, ambos rígidos y con los rostros encendidos. Pero seguramente fue el rechazo y la culpa lo que los delató. El lenguaje corporal era difícil de ocultar, y Jeanie era un detector de mentiras personificado.

—Oh. Dios —susurró—. ¿Os habéis acostado? Lo habéis hecho. Habéis tenido relaciones sexuales.

Capítulo 10

«Si te sientes como una gatita feliz, deja que te oiga ronronear».

101 maneras para hacerlo suplicar

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Tony—. ¿Acaso brillamos con luz propia?

Melissa le lanzó una mirada de advertencia.

—No hables así o Jeanie pensará que tiene razón.

—Oh, pues claro que tengo razón —dijo Jeanie—. Cualquiera podría verlo. Despedís calor suficiente para derretir los casquetes polares. El calentamiento del planeta es por vuestra culpa.

—Fue un accidente —dijo Melissa—. No tenía que suceder, y no volverá a pasar.

—¿El calentamiento global?

—¡No, el sexo!

Jeanie le hizo un guiño y Melissa supo que era inútil prolongar la agonía. Jeanie lo habría imaginado de todas formas... y no habría abandonado hasta conseguir una confesión. Sin embargo. Melissa no creía que fueran tan malos como Jeanie clamaba. Según ella eran como dos animales salvajes en celo.

La publicista se sirvió un croissant y empezó a llevarse pequeños pedazos a la boca. Sus pantalones a rayas la hacían parecer un arco iris rosa y dorado. Era un atuendo bonito y alegre, pero no encajaba del todo con Jeanie, quien solía vestir de negro. Últimamente Melissa había notado algo distinto en ella, pero no sabía qué.

—No tenéis que justificaros conmigo —dijo Jeanie—. Sois adultos y en privado podéis hacer lo que os plazca. Y puede que no sea lo peor que podría haber pasado, teniendo en cuenta mis noticias.

—Oh, no, la sorpresa... —dijo Tony con un gemido. Melissa también gimió.

—Vamos, no seáis tan negativos —dijo Jeanie—. Puedo decir sinceramente que nunca he tenido una oportunidad promocional como ésta, y ni siquiera ha sido idea mía.

Arrancó otro pedazo de croissant y lo mordisqueó lentamente, haciéndolos esperar.

—¿Y bien? —insistió Melissa. Agarró un panecillo de la cesta y empezó a desmenuzarlo nerviosamente. Las migas cayeron al suelo. Una bandada de pájaros empezó a volar en círculo, sobre sus cabezas.

—De acuerdo... Habéis oído hablar de los *reality show*, ¿verdad?

—Sí —respondió Melissa—. Programas que pagan a la gente para grabarlos en la intimidad. Los graban mientras se lavan los dientes y mientras duermen. No tienen vergüenza. Sacan a la luz los trapos sucios de las personas.

—Parece divertido —comentó Tony, recibiendo severas miradas de las dos mujeres. Se encogió de hombros y volvió a su silla.

—Te equivocas de programas —le dijo Jeanie a Melissa—. A los que yo me refiero son éstos en los que una prestigiosa cadena elige a una fascinante pareja y documenta su fascinante relación durante un breve período de tiempo.

—¿Cómo de breve? —una montaña de migas se había acumulado a los pies de Melissa, y varios pájaros ya estaban posados en la sombrilla.

—Veinticuatro horas.

—¿Horas? ¿Has dicho horas?

—Apenas suponen un nanosegundo en el gran esquema de las cosas —alegó Jeanie—. ¿No cambiaríais veinticuatro horas por toda una vida de fama y fortuna?

—Veinticuatro horas de humillación pueden ser toda una vida.

—¡Bah! —Jeanie negó con la cabeza y se dirigió a Tony—. ¿Te atreves a adivinar quién es la pareja elegida?

—¿Los tienes delante?

—Los mismos —esbozó una sonrisa resplandeciente—. Estuvisteis tan increíbles en el programa de Larry Gunderson que la cadena os quiere para vuestro propio *reality show*.

—Lástima, nuestra agenda está completa —ironizó Melissa.

—Ya me he ocupado de eso —le aseguró Jeanie.

—¿Cómo? ¿Para cuándo se supone que es esto? ¿Hay tiempo para ensayar? ¡Nunca estaremos listos! —Melissa soltó todo lo que se le ocurría, pero Jeanie se mantuvo imperturbable.

—Los productores quieren empezar esta tarde... ¿y qué es lo que hay ensayar? Su intención es grabar en vivo vuestra relación...

—¡No tenemos ninguna relación! —exclamó, angustiada—. Sólo fingimos, ¿o es que lo has olvidado?

—¿Quién estaba fingiendo anoche? —preguntó Jeanie en tono altanero.

Melissa alzó las manos, arrojando accidentalmente lo que le quedaba del panecillo por encima de la barandilla. Los pájaros se lanzaron en picado, y algunos peatones que pasaban por la calle gritaron sorprendidos.

—Tony, habla con ella —le suplicó—. Dile que no podemos hacer

esto. Dile por qué.

Tony se recostó en la silla y se frotó la mandíbula, que aún estaba sin afeitarse.

—Claro... en cuanto sepa qué es lo que no podemos hacer. Jeanie, ¿de qué se trata? ¿Qué tipo de programa es éste?

—No habrá ninguna cámara en el retrete, si es eso lo que estás pensando, pero sí por toda la suite, incluso algunas en el cuarto de baño. Instalarán una en el plato de ducha, así que deberíais empañarla con vapor antes de meteros —ninguno dijo nada, así que siguió con entusiasmo—. La cadena está convencida de que millones de telespectadores querrán ver a la pareja más caliente de América en la intimidad. El público quiere saber cómo mantenéis la pasión, pues todos esperan poder hacer lo mismo.

—Tony, dile que no. Explícale por qué.

No iba a rendirse, ni tampoco los pájaros. Algunos de ellos ya habían vuelto y vigilaban el croissant de Jeanie, quien acabó de engullirlo con un trago de zumo. Melissa hubiera jurado que los pájaros parecían alicaídos, y los comprendía muy bien.

—¿Qué os pasa? —preguntó Jeanie—. No tenéis que fingir nada. Sois antorchas humanas. Limitaos a ser vosotros mismos y las llamas prenderán por sí solas. Y si tenéis que discutir, hacedlo. A la audiencia le encantará vuestra reconciliación.

—Puede que no sea tan buena idea —dijo Tony.

—Es una idea fantástica —insistió Jeanie—. Los productores quieren dividirlo en varios episodios y emitirlos en noches consecutivas. Se prevé que veinte millones de personas verán el primer capítulo. Sólo con que fueran la mitad, habríamos conseguido más publicidad con esto que con el resto de la gira.

Los números bailaron en la cabeza de Melissa. Había escrito el

libro para romper su racha negativa, pues apenas podía mantenerse con los artículos para las revistas. Aquel programa podía ser su gran oportunidad.

—¿Lo has oído. Melissa? —le preguntó Jeanie—. Veinte millones de personas.

—Jeanie —intervino Tony—, Melissa y yo hemos establecido algunas reglas en nuestra relación, y no incluyen prender en llamas.

Jeanie agarró un panecillo y empezó a andar de un lado para otro.

—De acuerdo, ¿qué os parece esto? Haced este programa y cancelaré el resto de la gira.

Tony pareció intrigado. Miró de reojo a Melissa, y a ésta se le revolvió el estómago. Él quería hacerlo. Quería librarse de la gira... y de ella.

—¿Searchlight te permitiría hacer eso? —preguntó con voz muy débil.

—No creo que les guste, pero ¿qué pueden hacer? —replicó Jeanie—. Entre nosotros sólo ha habido acuerdo verbal. ¿Lo haréis?

Esperó, ajena a los pájaros que sobrevolaban su cabeza. Melissa y Tony permanecieron en silencio. Ninguno quería dar el primer paso.

—Supongo que necesitaréis tiempo para hablarlo —dijo Jeanie con una sonrisa maternal—. Bien. Tengo muchas cosas que hacer. Os llamaré dentro de quince minutos para saber vuestra decisión, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo Tony, levantándose—. Te acompañaré a la puerta.

—No hace falta —Jeanie ya estaba entrando en el salón—. Habla con ella. Tigre. Cuento contigo.

La puerta de la *suite* se cerró y los dos amantes volvieron a estar

solos.

Melissa cerró los ojos y deseó que el estómago dejara de darle sacudidas y que los pájaros dejaran de volar en círculo. Tal vez estaba enferma. O embarazada. ¿Podía tener mareos matinales el primer día de gestación?

—¿Te apetece un poco de café ahora? —le preguntó Tony.

Ella negó con la cabeza y deseó no haberlo hecho. Todo le daba vueltas.

—Las cámaras van a filmarnos en todo momento —dijo—. Esperarán que nos toquemos, que nos besemos, que colguemos los zapatos de los pies y que acariciemos las perlas. Todo lo que hemos dicho que no haríamos.

—Melissa, ¿por qué tienes los ojos cerrados?

—No puedo con esto.

—Abre los ojos. No pasa nada, nena. Todo va a salir bien.

El tono suave de su voz hizo que el corazón se le acelerara. Le recordó aquel momento en Cancun cuando él se había arrodillado a pedirle el matrimonio. Tony había querido atarse a ella, con un lazo que no podía deshacerse...

Qué estúpida era pensando esas cosas.

Abrió los ojos y le lanzó una mirada acusadora.

—Prometiste que no me mirarías así, ¿recuerdas? Y también acordamos que se acabarían las caricias y los besos.

—Cierto, salvo en público —replicó él con una sonrisa—. ¿Y qué puede ser más público que la televisión?

—Piénsalo bien. Tony. Es demasiado embarazoso —Melissa no comprendía nada. Sabía que en el fondo Tony no quería hacerlo. ¿Por qué lo insinuaba entonces?

—Sólo es embarazoso si lo haces con sentimiento —dijo él.

Ella tuvo ganas de arrancar más pan, pero las bandadas de pájaros empezaban a parecer dignas de una película de Hitchcock.

—De acuerdo, lo haré —espetó—. Acabemos cuanto antes con esto.

—¿Estás segura?

—Sí —veinticuatro horas más y todo habría acabado. Tomaría el dinero y se iría. Tony conseguiría el divorcio. Jeanie montaría seguramente su propia empresa de publicidad y todos quedarían felices.

Tony seguía mirándola fijamente, como si no estuviera seguro de sí creerla o no.

—Te propongo una cosa —dijo—. Nada de cámaras en los cuartos de baños ni en los dormitorios. Pondré esa condición para participar en el programa. ¿Hará eso que te sientas mejor?

Realmente, no, pero Melissa no podía admitirlo. El no sabía lo que más la angustiaba.

—Dudo que acepten tu condición. Esos programas tienen cámaras por todas partes. No quieren perderse nada.

—Estupendo, entonces no habrá programa. ¿Te vale el trato?

Un teléfono empezó a sonar y Tony sacó su móvil del bolsillo de la bata. No habían pasado quince minutos, pero Melissa supo que era Jeanie, pues Tony dijo que habían tomado una decisión y miró a Melissa en busca de una confirmación. Ella se mordió el labio y asintió.

—Jeanie va a ir a los productores con nuestras condiciones —le dijo él cuando apagó el móvil—. Si aceptan, el equipo de rodaje estará aquí a la una. Eso nos da tres horas. Jeanie ha sugerido que

tracemos un guión. Quiere que haya varias escenas, como en una obra de teatro.

—¿Y lo que dijo de: «limitaos a ser vosotros mismos»? —preguntó ella.

—Todo saldrá bien —dijo él—. Sé que estás nerviosa, pero podemos hacerlo —tomó el frasco de píldoras y lo sacudió—. Si hacemos el programa, estas píldoras serán historia. No más drogas ni alcohol que alteren nuestro organismo.

Melissa se dejó caer en la silla que había junto a él. Era cierto que todos sus «deslices habían ocurrido estando bajo los efectos de las píldoras o del alcohol. Había estado un poco bebida en Cancún, y también la noche en que había tenido la brillante idea de seducirlo en la cocina. Y, por supuesto, la noche anterior había estado afectada por el ginseng.

Tony giró la muñeca y las píldoras siguieron el mismo camino que el panecillo de Melissa sobre la barandilla. Los pájaros volvieron a lanzarse en picado, pero esta vez no se oyeron gritos desde la calle.

—¿Cuál es el veredicto? —preguntó—. Lo aceptaré sea cual sea.

«¿Sea cual sea, Tony? ¿De verdad? Entonces olvidémonos del programa y hagamos real esta relación. ¿Qué tal si admitimos que lo de anoche fuimos nosotros y no unas ridículas hierbas? ¿O qué tal si admites que te sientes atraído hacia mí y que no has venido por otra razón? ¿Qué tal si dejamos de fingir, supuesto marido mío?».

Un fuego se encendió en su interior. Su deseo por conocer la verdad era casi tan fuerte como su deseo de proteger su corazón. Por un segundo, pensó en formular en voz alta sus pensamientos y que él se defendiera. Pero, naturalmente, no lo hizo. Miró a Tony y consiguió esbozar una sonrisa. Todo aquello era por el bien del libro.

—¿Crees que podrás conseguir que Jeanie se caiga por el balcón?

¿Que parezca uno de esos accidentes que tanto dan que hablar? Podríamos decir que la dejamos aquí fuera con los pájaros y que al minuto siguiente ya no estaba.

—Melissa...

—Está bien, está bien. He dicho que lo haría y lo haré —se irguió en la silla y se sacudió la ropa. Tenían que hablar de negocios—. ¿Cómo vamos a llevar esto a cabo? Todo el mundo espera pasión sin límites, pero estoy pensando que podríamos evitarla. Tal vez podamos apañárnoslas con conversaciones eróticas.

Tony se apresuró a rechazar la sugerencia.

—Quieren acción, y sí no la tienen, seguirán filmando hasta conseguirla. Has dicho que querías acabar con esto cuando antes, así que vamos a darles lo que quieren.

—Lanza una moneda al aire —le propuso ella—. Cara, nos limitamos a darles conversación erótica. Les quemaremos las orejas con nuestras insinuaciones. Cruz. les damos... —vio adonde estaba llegando y se calló.

—¿Cruz? —con una sonrisa, Tony sacó un cuarto de dólar del bolsillo y lo arrojó al aire.

Melissa vio cómo la moneda giraba y relucía a la luz del sol. Murmuró una pequeña oración.

—¡Oh, nena! Estás deliciosa...

—Te gusta, ¿verdad?

—Mmm... Quiero más miel.

—¿Dónde te gustaría esta vez, osito glotón?

—Justo aquí, en mi boca.

—Vaya... mira qué dientes tan grandes y afilados.

Melissa se untó el dedo de crema quemada y lo deslizó en la boca de Tony. Le puso también un pegote en la nariz y se lo limpió con la lengua. El rico sabor la hizo ronronear de placer.

Tony también emitió un gemido ronco de satisfacción. Le chupó el dedo como si fuera un pirulí y sorbió hasta la última gota de crema. A Melissa le dio un vuelco el estomago. Aquella idea se le había ocurrido a Tony, y menuda aventura estaba resultando ser. Él había preparado la crema quemada y un mousse de chocolate, y además habían encargado tarta, pudín y un tarro de mantequilla de cacahuete.

¿Dónde sabría mejor el mousse? Aún no lo había probado. ¿En sus pestañas? ¿En sus orejas? ¿O tal vez en los dedos de los pies? Aún no había acabado con el merengue de limón que cubría la barbilla de Tony, cuyo codo seguía manchado de pudín. Gracias a Dios ella se había puesto un body lavable, y él, unos calzoncillos de algodón.

—¡Corten!

El grito sobresaltó a Melissa, que se irguió en la silla. Casi había olvidado el equipo de rodaje. Tal vez fuera por el azúcar que le pegaba las pestañas. Tendría que pasar horas en la ducha para limpiarlo.

—Vamos a hacer un descanso —anunció el director, un joven alto y desgarbado con vaqueros—. Id a tomar el aire, chicos —les dijo al personal—. Tengo que hablar con nuestras estrellas.

Melissa y Tony intercambiaron una mirada. La única estrella allí era el director. Jeanie lo había presentado como «el» Bat Bonahan, y se había deshecho en alabanzas sobre sus vídeos musicales. En ese momento Bat no parecía contento, y Melissa no sabía por qué. No podía acusarlos de estar reprimiéndose. Habían hecho de todo,

menos arrojarse comida a la cara. ¿Qué más esperaba de ellos?

Melissa había perdido el lanzamiento de moneda. Seguramente fuera un cuarto de dólar con cruces por ambas caras, pero ella era una mujer de palabra. Tony quería acción y acción iba a tener. Incluso desearía no haber tenido tanta suerte. Si aquello fuera una olimpiada de fingimiento, ella habría ganado la medalla de oro.

Bat se acercó a ellos con las manos en las caderas.

—¿Hay algún problema? —preguntó Melissa, mientras limpiaba a Tony de merengue.

—Creía que los cortes no estaban permitidos —dijo Tony—. ¿No es esto un *reality show*?

—Ésa es la idea —dijo Bat, colocándose las gafas de sol sobre sus rubios cabellos—. Por eso tengo que pedirlos que dejéis de sobreactuar. Tan sólo relajaos, ¿de acuerdo? Bajad el volumen. Se trata de mostrar cómo sois en la vida real.

—¿Sobreactuar? —Melissa batió las pestañas en un simulado gesto de inocencia—. Así es como somos en la vida real, en serio. Siempre estamos haciendo esto.

Bat arqueó una ceja.

—¿Sentarse en el regazo del otro y embadurnarse mutuamente de comida? —miró a Tony.

—En efecto —corroboró él—. Para desayunar me limpia la mantequilla de cacahuete de los muslos.

Melissa no se atrevió a sonreír. Bat había arqueado ya las dos cejas.

—Bueno, puede que Tony esté exagerando un poco —confesó ella, intentando quitarse la crema que se le había secado en la mejilla—. Aunque es cierto que me encanta la mantequilla de cacahuete. La

pongo hasta en los brócoli.

—Me ofendes —murmuró Tony, lamiéndose el mousse de chocolate que tenía en el dedo—. No volverás a acercarte a mis muslos.

—¿Seguro que estáis casados? —preguntó Bat, mirándolos como si fueran un par de adolescentes problemáticos—. ¿Acaso los maridos no deberían conocer los caprichos gastronómicos de sus mujeres? Yo estoy divorciado, pero mi ex era una fanática del sushi y era imposible convencerla de que Dios había puesto las algas en el mar para los peces. Pero lo importante es que yo conocía sus gustos. Incluso podría acabar sus frases si ella dejara de hablar el tiempo suficiente. Teníamos nuestro propio lenguaje particular a base de chistes y miradas especiales.

Era difícil discutir eso, reconoció Melissa. Si Jeanie hubiera estado allí, se habría sacado una respuesta ingeniosa de la manga, pero Bat no había permitido que estuviera en la grabación, consciente de que no dejaría de aconsejar a los protagonistas.

—Para ser sincero, los dos actuáis como si esto fuera una cita a ciegas.

—¿Y qué vamos a hacerle si tenemos los párpados pegados con azúcar glaseado?

Melissa rió entre dientes por la ocurrencia.

—¿No es un encanto? —dijo, sonriendo ante el escepticismo de Bat—. La verdad es que Tony y yo hemos trabajado muy duro para recuperar la magia de lo impredecible.

—¿Y eso es bueno? —preguntó Bat.

—Oh, muy bueno —respondieron Melissa y Tony al unísono.

Bat asintió, pero no parecía convencido.

—¿Cuál es vuestra historia? —les preguntó—. ¿Cómo os conocisteis?

—Es una historia muy larga y emocionante —le aseguró Melissa—. Pero ¿podríamos ducharnos antes? Si esta comida se seca, tendremos que pasar por un túnel de lavado.

—¿Queréis tomar una ducha? —Bat sacó el móvil de su cinturón—. Esperad que mande al personal allí.

—No, me refiero a una ducha en privado —dijo Melissa—. Dadnos tiempo para que nos lavemos y volveremos a ducharnos, esa vez para el programa, ¿de acuerdo?

Bat ya estaba hablando por el móvil, ordenando al equipo que regresara.

—Nada de cámaras en el baño —le dijo a su ayudante—. Pero podemos conseguir una buena toma de ellos caminando hacia la ducha envueltos con toallas. Una vez que se hayan metido, arrojarán fuera las toallas. Los telespectadores no verán nada, pero se harán una idea. Y si por casualidad se ve algo, siempre podemos nublar la imagen.

¿Desnudos en la ducha? Melissa no se preocupaba exactamente porque se viera alguna parte íntima.

Tony tuvo la decencia de parecer incómodo también él. Pero ya no podían detener a Bat, quien, por otro lado, no había roto el acuerdo. El joven director no sabía que los estaba llevando al límite. Seguramente pensaba que les estaba dando una oportunidad para calmarse y dejar la sobreactuación.

Momentos después, todo el personal de grabación había ocupado la suite como una plaga de Langostas. Melissa y Tony tuvieron que desnudarse detrás de un biombo, ¡otro biombo!, y se quedaron únicamente con unas toallas para cubrirse lo esencial.

Melissa aún iba envuelta con la toalla cuando entró en el plato de ducha, Tony ya se había quitado la suya, y ella intentó no bajar la mirada, lo cual era todo un desafío. Tony ocupaba más de la mitad de la ducha y la miraba descaradamente. Pensó en decirle que se diera la vuelta, pero entonces se enfrentaría con la visión de su perfecto trasero.

—¡Melissa! Arroja la toalla afuera —gritó Bat, que había abierto la puerta del baño. Pero Melissa lo ignoró y aferró con más fuerza la toalla. Ésta se hacía más y más pesada a medida que el agua la empapaba.

—Date la vuelta —le susurró a Tony, haciéndole un gesto con la mano.

—No quiero —articuló él con los labios.

Obviamente, no iba a mostrarle la misma cortesía que ella había tenido con él. Mirándolo fijamente a los ojos, se quitó la toalla y la arrojó fuera de la ducha. El agua le agujoneó la piel como una lluvia de agujas y le endureció los pezones. Podía sentirlo, como podía sentir la mirada de Tony. Sus ojos se posaban donde hubiera puesto las manos... lo que a ella le habría encantado.

Sí, le habría encantado, a pesar de todo.

Ésa era la vergonzosa verdad. Era una pícara, pero sólo para él. No estaba fingiendo. Deseaba a aquel hombre como una hembra en celo. Por él haría lo que fuera, ronronearía como una gatita, gritaría como una posesa, perdería el control... Pensar en eso la excitaba, pero tenía que asegurarse de que él no lo supiera.

Tony le recorrió las curvas con una triste sonrisa. Parecía comprender que aquello iba ser una lección muy dolorosa. Ella se miró a sí misma y vio lo que él estaba viendo... un manto plateado fluyendo sobre la piel sonrosada y blanca. Le encantaba sentir el

agua sobre su cuerpo desnudo.

—Estás preciosa —dijo él, sin molestarse en bajar la voz.

Melissa se puso un dedo sobre los labios, haciéndolo callar. Los micrófonos en el baño tampoco estaban permitidos, pero no quería correr ningún riesgo.

Él le hizo un gesto con el dedo para que se acercara. Quería susurrarle algo al oído, pero ella sabía a donde los conduciría eso. Se acercó a él, intentando no tocar sus protuberancias masculinas.

—Bat quiere que le contemos cómo nos conocimos —susurró él—. ¿Estás preparada para eso?

Ella asintió, consciente de los maravillosos olores a madreselva y trébol. Tenía que ser el jabón.

—Lo mejor será contarles lo que pasó. La verdad.

—¿Salvo la parte de tu huida?

—¿Qué? —fingió no oírlo y él la hizo acercarse más con el dedo.

Bat salió del baño, murmurando algo sobre la poca cooperación de ciertas artistas, y cerró la puerta. Melissa respiró aliviada. Había estado muy nerviosa por la idea de estar desnuda con Tony a la luz del día... y sobria. Pero tal vez no fuera tan terrible.

Una fragante nube de vapor los envolvió. Tony la rodeó con sus brazos.

—Tenemos que hacer esto más a menudo —le susurró al oído.

Sus rodillas y otras partes de sus respectivos cuerpos entraron en contacto. Tony le rozó el pecho con el brazo y ella sintió cómo él se endurecía. Una ola de deseo creció en su interior.

—¿El qué? ¿Jugar a evitar la erección?

Él se echó a reír.

—No, ducharnos juntos. Es el único sitio donde no pueden vernos ni oírnos.

Era cierto, y Melissa no podía culpar a Jeanie por todo. Aquello era obra de un ser superior. Los mismos dioses que la habían reunido con Tony debían de estar conspirando contra ella. ¿Querían que volviera a hacer el amor con él? ¿Estaba escrito en su destino?

Tony se movió para alcanzar algo y su erección le rozó el muslo. El roce fue involuntario, pero aun así tuvo efectos devastadores en su sistema nervioso. De haberla tocado intencionadamente, Bat y todo el equipo habrían oído unos ruidos muy sospechosos.

—¿Qué haces? —le preguntó, abrazándose a él para guardar el equilibrio.

—Alcanzar esto —dijo él, mostrándole el bote de champú—. Tienes crema en el pelo, y yo estoy en la posición idónea para quitártela. Cierra los ojos.

Ella ni siquiera protestó, aun sabiendo que tener las manos de Tony en el pelo podía llevarla más allá de sus límites. Él se vertió un chorro de champú en la palma e inundó la ducha con la exquisita fragancia. Melissa no quería resbalar, de modo que permaneció junto a él y dejó que la apretara contra su cuerpo y le diera la vuelta. A continuación, empezó a masajearle el cuerpo cabelludo, creando abundante espuma.

—Tienes que inclinarte para enjuagarte —susurró él.

Melissa se estremeció al pensar en la erótica imagen. Sólo había un modo de inclinarse en esa ducha, y ciertamente sería una invitación al desastre. Si había un momento para detenerse, era aquél. Tenía que parar. ¡Ya!

Capítulo 11

«No te creas lo que dicen. A los hombres les encantan los rituales íntimos. ¿Quieres que te dedique su atención exclusiva? Deja que te afeite las piernas, a su manera...».

101 maneras para hacerlo suplicar

Tony sintió cómo Melissa se estremecía y su propio cuerpo vibró como un pararrayos.

«No, no, no. No lo hagas, Bond. Es un camino directo al caos y la ruina».

Por supuesto, no quería andar ese camino... ¡quería recorrerlo a toda velocidad!

—¿Inclinarme? —preguntó ella—. No creo que sea una buena idea.

—No, no es una buena idea —dijo él con voz ronca—. Es una excelente idea.

Ella se giró para mirarlo con los ojos muy abiertos. El champú le caía con una suave cadencia por la frente y la nariz. Puso una mueca y se apartó la espuma.

—¡Esto pica! —se quejó.

—¿Ves como es imprescindible enjuagarte?

—De acuerdo, pero puedo hacerlo yo —intentó apartarlo, pero no había suficiente sitio en la ducha. Se inclinó hacia delante y casi se chocó contra la pared. Al segundo intento, los pies le resbalaron peligrosamente sobre el suelo cubierto de champú. El tercero fue su último intento en solitario, antes de pedirle ayuda a Tony—. ¿Puedes

sostenerme para que no me caiga?

—Con mucho gusto —deslizó un brazo alrededor de su cintura y la vio doblarse como una bailarina. Su precioso trasero se elevó tentadoramente hacia él, haciendo que el calor se le concentrara en la ingle. Con una simple embestida estaría donde tenía que estar... Y por el modo con que ella se retorció, parecía estar pensando lo mismo que él.

—¿Estás haciendo algo ahí detrás? —le preguntó ella—. No siento que te estés moviendo.

—¿Te gustaría que estuviera haciendo algo aquí detrás? —el agua ya había eliminado casi toda la espuma del pelo de Melissa, y él aún no la había tocado como quería.

—¿Estoy muy lejos de ti? —su trasero se movió ligeramente hacia él—. ¿Me alcanzas ahora? ¿Es ése el problema?

«Por Dios. Melissa, no tienes tu suerte. Estoy a punto de estallar. Por culpa de aquel trasero escurridizo, su miembro apuntaba ahora hacia el techo y la sangre le había abandonado el cerebro.

Se inclinó para enjuagarle el pelo, lo que lo obligó a presionarse ligeramente contra sus glúteos. El gemido de Melissa lo inundó de placer ¿Quería ella que él recorriese ese sendero de caos y destrucción? Su mente estaba centrada en su miembro erguido, y no podía pensar en otra cosa que en introducirlo en ella.

«No va a pasar, Bond. Hiciste un juramento. Diste tu palabra».

Le recogió el cabello en un nudo y le echó la cabeza hacia atrás, dejando que el chorro le limpiara los restos de champú de la frente. El suspiro de Melissa se transformó en una sonrisa cuando alargó una mano hacia atrás para tocarle el brazo. No podía alcanzarlo, pero era un privilegio ver cómo lo intentaba. Podía ver cómo se movían sus pechos. ¿Había algo más *sexy* para un hombre que tener a una

mujer desnuda en esa posición?

Cielos, qué excitado estaba... Pero el dolor físico le recordó que aquello era una prueba. Y esa vez estaba decidido a superarla.

—Hazlo —susurró ella—. Quiero que lo hagas.

¿La había oído bien? No. debía de estar alucinando.

—¿Qué? —preguntó por si acaso. —Ya sabes qué.

—¿Quieres que te haga algo más en el pelo?

—¡Tony, hazlo de una vez, por Dios!

—¿De qué estás hablando? ¿De sexo?

La frenética tensión en la voz de Melissa lo hizo sospechar. Todo lo que ella decía y hacía era una muestra de desesperación. Estaba arrojando la toalla, dando la batalla por perdida con su mejor intención, y el deseo prendió como una llama en el interior de Tony al pensar en volver a hacerle el amor.

—Por favor —dijo ella—. Sabes que tenemos que hacerlo. No podremos resistir veinticuatro horas. Estás tan excitado como un semental, ¡y mírame a mí! Desnuda e inclinada en esta minúscula ducha. Hazlo de una vez, ¿quieres? Tómame, maldita sea. Ahora.

Dios, cuánto odiaba él aquella maldita prueba.

—No podemos...

—¿Por qué no? —su voz adquirió un tono de frustración—. Tony, ¿por qué no podemos? No volveremos a hacerlo. Esta será la última vez. Cuando el programa acabe los dos seguiremos nuestros caminos por separado. ¿De verdad quieres pasarte toda la noche con tu pene duro como una roca?

—No pasará nada. Podemos abrazarnos el uno al otro.

—¡Oh, no seas ridículo! ¡Hazlo de una maldita vez!

Ahora sí que estaba alucinando, pensó Tony.

—Acordamos que no lo haríamos. Hemos establecido reglas básicas.

Reglas básicas. ¿Qué tontería era ésa? Ella le dio un pequeño empujón con el trasero, posiblemente intencionado. Pero, al mismo tiempo, se oyó un ruido extraño, como el clic de la puerta del baño. Bat y el equipo debían de haber oído gritar a Melissa. Ojalá no hubieran entendido lo que había dicho.

—¿Y bien? —insistió ella—. ¿Vas a hacerlo antes o después de que me ahogue?

—Shhhh —le puso una mano sobre la boca y tiró de ella hacia atrás, hasta tenerla erguida. Hizo un gesto hacia la puerta de la ducha, indicándole que algo iba mal.

—Me olvidé por completo de toda esa gente —susurró ella.

—Eso es lo que ellos esperaban. Ella sacudió la cabeza, como si lo negara desesperadamente.

—Eh, no pasa nada —dijo él.

—Claro que sí.

Se dio la vuelta y lo miró a través de la cortina de agua. Parecía avergonzada y triste... y él se sintió cómo si le arrancaran el corazón. Entendía su desconsuelo, lo sentía, pero no podía sucumbir a ello.

Melissa empezó a llorar. Los ojos se le llenaron de lágrimas y volvió a girarse para que él no la viera. Él le dio la vuelta y la abrazó. Al principio ella se resistió, pero finalmente apoyó la frente en su hombro y suspiró. Un suspiro que traspasó a Tony como un rayo.

Al momento siguiente, los dos estaban abrazados bajo el chorro de agua. Él la apretó con fuerza, consciente de la profunda satisfacción que le producía poder consolarla. Pero entonces lo asaltó

la misma pregunta que lo había acosado la noche anterior. ¿Qué demonios había pasado? Eran como dos estrellas en colisión. Melissa era un enigma para él, un misterio inexplicable. ¿Por qué el destino la había arrojado a sus brazos dos años antes? ¿Y por qué otra vez ahora? Por lo visto, la primera vez había sido imposible para ella. Esta vez era imposible para él.

Pero no iba a pensar en eso ahora. Había esperado demasiado tiempo para eso. Para ella.

—¡Amor a primera vista! ¿Creéis en esas cosas? —les preguntó Bat a Melissa y a Tony.

Llevaba quince minutos haciéndoles preguntas personales... con las cámaras grabando. Estaba previsto que las entrevistas con los protagonistas se intercalaran entre las secuencias en vivo.

—Bueno, no en el sentido de Cupido disparando flechas — empezó a decir Melissa.

—Sería mejor que lo creyéramos —la interrumpió Tony—, porque así es como sucedió. Para mí, al menos.

—Cuéntame más —lo animó Bat, olvidando por un instante su profesionalidad. Melissa también sintió curiosidad, pero trató de disimularlo.

—Melissa no sabe esto —dijo Tony—, pero yo la vi primero.

Le puso una mano en la rodilla desnuda, con tanta familiaridad que la sobresaltó. Bat había insistido en que la entrevista tuviera lugar en el sofá del salón y que los dos llevaran los albornoces que se habían puesto tras la ducha. Melissa no estaba segura de lo que habrían recogido los micrófonos de lo sucedido en la ducha, pero en cualquier caso se sentía muy incómoda. Se había abierto demasiado, y no sólo físicamente.

—Ella estaba de vacaciones en Cancun con varias amigas, pero cada mañana salía a pasear sola, y pasaba por delante de mi restaurante.

—¿Tu restaurante? —Bat le indicó a un cámara que se preparara.

—El restaurante donde yo trabajaba —dijo Tony—. Empecé a ir temprano porque no quería dejar de verla. Parecía muy desgraciada.

—¿Yo parecía desgraciada? —preguntó Melissa, mirando la mano que tenía en la rodilla.

—¿Nunca habéis hablado de esto entre los dos? —Bat se enganchó las gafas de sol en el cuello de su camiseta.

—No quería asustarla —siguió Tony—. Sentía que tenía una oportunidad, pero sólo una. Si fallaba, ella se esfumaría, como una cierva en el bosque.

—Y tú eras el cazador —dijo Bat.

—Ya sé que suena muy trillado, pero así es.

—¿Yo parecía desgraciada? —repitió Melissa. Su corazón latía a un ritmo irregular. ¿Tony había estado observándola durante días antes de conocerse?

Tony la miró y ella se quedó fascinada por la longitud de sus pestañas y la intensidad de su expresión. Casi podía creer lo que estaba contándole al director.

—No me atrevía a acercarme a ti —dijo él—. Afortunadamente lo hice, porque cuando te presentaste en mi restaurante, supe que tenía razón.

—¿Razón en qué? ¿En que parecía desgraciada?

—En que me había enamorado de ti a primera vista.

Melissa no supo qué decir. Se quedó mirándolo con ojos como platos. ¿Por qué estaba haciendo esto Tony? No debería tomarse a la

ligera esas cosas. Ni él ni nadie. Bromear sobre un tema así podía ser muy doloroso.

Después de lo que pareció una eternidad, Bat indicó a las cámaras que dejaran de grabar.

—Está bien —dijo—. Es tarde y tanto vosotros como yo necesitamos descansar. Pero no os quedaréis solos. Las cámaras nunca duermen. ¿Qué os parece si os quedáis hablando en el sofá sin quitaros los albornoces? Eso sugerirá que dormís desnudos.

—Es la ropa lo que estimula la imaginación, no la desnudez — declaró Melissa.

Todo el mundo en la suite la miró como si estuviera loca, pero ella no tenía fuerzas para defender su postura. De hecho, no tenía fuerzas para nada, y menos para seguir hablando frente a las cámaras.

—Tengo que ir al baño —dijo.

Bat y los demás seguían mirándola como si fuera un peligro para la sociedad, y ella se alegró de que no pudieran seguirla hasta el cuarto de baño. Necesitaba un refugio para ella sola.

—¡Ya era hora de que contestaras al teléfono! Llevo varios días dejándote mensajes. ¿Qué ha pasado? ¿Os seguís divirtiendo?

La alegre pregunta de Kath hizo que Melissa deseara no haber respondido al teléfono. Pero, ¿cómo no hacerlo? Estaba desmaquillándose en el cuarto de baño cuando su móvil había empezado a sonar, emitiendo la melodía de *El último mohicano*. Era imposible ignorarlo.

—Kath, lo siento. No he tenido ni un momento libre.

No podía decirle a su amiga que Tony y ella estaban en un programa de televisión. Los productores les habían prohibido expresamente contárselo a nadie.

—Melissa, he conocido a un hombre y he practicado con él uno de tus juegos.

—¿En serio? ¿Cuál de ellos?

—Lujuria Desvergonzada.

—Oh. Dios mío, Kath, ¿qué ha pasado?

—Me ha salido un acosador que no piensa dejarme en paz. Me manda flores, me escribe cartas de amor... ¡Hasta suplica hacerme la pedicura!

Melissa sonrió. Lujuria Desvergonzada estaba inspirada en su noche con Antonio, y era un modo infalible de buscarse problemas. Tal vez debería haber empezado el capítulo con una advertencia.

Se oyeron unos golpes en la puerta, seguidos por la voz ronca de Tony.

—¿Estás decente? Espero que no —después de un momento, abrió la puerta y asomó la cabeza, igual que si fuera un marido curioso—. ¿Puedo usar el baño?

—Pues claro, yo ya he acabado —dijo ella, recogiendo los enseres de maquillaje—. Seguiré hablando en el dormitorio.

—¿Adónde vas? —le preguntó él bloqueándole el paso—. Nos encanta estar juntos en el baño, ¿recuerdas? Es uno de nuestros rituales íntimos. Capítulo dieciocho, creo.

Asintió hacia la puerta del baño, indicándole que el personal de grabación aún no se había marchado.

—Oh, claro, nuestros rituales íntimos —dijo ella—. Qué tonta soy.

—Será mejor que te des la vuelta y acabes tu conversación. No me llevará mucho tiempo.

—¿El qué?

—Lo que estoy a punto de hacer.

Por lo visto quería que fuera una sorpresa. Melissa vio en el espejo cómo se pasaba una mano por la barba incipiente, como si fuera a afeitarse. Qué idea tan magnífica...

—¿Quieres que vaya a por tu espuma de afeitar?

—Tengo un bote aquí —dijo, agachándose para abrir el armario que había bajo el lavabo.

—¿Rituales íntimos? —estaba diciendo Kath por el teléfono. Obviamente lo había oído todo. ¿No es encantador? ¿En qué categoría se incluye a este hombre? ¿Instrumento de Poder o Arma Letal?

En su libro, Melissa había enumerado una lista con nombres y apodos para el órgano masculino, y había animado a las lectoras a que los usaran.

—Kath, tengo que irme, en serio.

—Seguramente sea Arma Letal. ¿Tiene una buena pistola?

—Creo que habría que catalogarlo más bien en tu sección particular de comestibles.

Kath dejó escapar un pequeño chillido.

—¿Es un pepino?

—Un plátano gigante.

—Oh. Dios, Melissa. Me estoy poniendo celosa.

—Te lo mereces. Buenas noches, Kath.

Apagó el móvil y le sonrió a Tony, quien la miraba inquisitivamente. Los dos tenían sus secretos. Ella empezaba a cuestionar si de verdad él había entrado para afeitarse.

Intrigada, le vio abrir su estuche de piel y rebuscar en el interior.

Un aroma a limón la embriagó cuando sacó un frasco verde de colonia, un cortaúñas y una cuchilla de afeitar.

—No hay afeitado más suave —dijo, mirándola a los ojos en el espejo.

Melissa no pudo evitar fijarse en su mandíbula ensombrecida... ni pensar en cuál sería su textura cuando él acabara. Fresco satén. Pero cuando los hombres se afeitaban antes de acostarse, lo hacían preparándose para una cosa. Sexo.

—¿Vas a usar eso en tu cara? —le preguntó ella, mirando la amenazadora cuchilla.

—No, pensaba más bien... en tus piernas. ¿Lo has experimentado alguna vez?

El estómago le dio un vuelco.

—Tony, no creo que sea buena idea. Aún me estoy recuperando del lavado de pelo.

Él asintió y empezó a enjabonarse la mandíbula con la sustancia blanca y cremosa.

—Avísame si cambias de opinión.

Ella tuvo que morderse el labio para contener el entusiasmo. Y si había cambiado de opinión.

—¿Te parece lo suficiente suave?

—Como el trasero de un bebé —dijo Melissa, pasándose la mano por la satinada piel de su pantorrilla. Estaba sentada en la tapa del inodoro y tenía el pie en el regazo de Tony quien, cruzado de piernas en el suelo, le daba los últimos toques en el tobillo.

La experiencia no había estado nada mal, en contra de lo que ella había creído. Tony manejaba la cuchilla con gran cuidado y sutileza, y

era como si le acariciara la piel con una pluma. La sensación era de lo más relajante, algo extraño en aquella relación...

Tony acabó con la cuchilla, la enjuagó en el lavabo y le limpió los restos de espuma de la piel con una toalla caliente. Melissa suspiró de felicidad al sentir cómo se le abrían los poros.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Lo que quieras —respondió él—. ¿Un poco de loción?

La ridícula sonrisa de ansiedad debió de delatarla. Tony agarró un frasco de porcelana de la encimera. se vertió un poco de loción en las palmas y empezó a masajearle las pantorrillas.

Melissa cerró los ojos. Aquello sí que era agradable. Cuando él llegó hasta los dedos de los pies, estaba tan relajada que le resultaba difícil erguirse sobre el inodoro. Aquellas manos superaban incluso a las píldoras de Jeanie. Era como si su cuerpo y su mente flotaran en un océano de paz.

—¿Qué te parece? —le preguntó él.

—Mmm... —fue todo lo que pudo decir.

Él se levantó y la ayudó a ponerse en pie, sujetándola cuando ella se balanceó.

—¿Qué viene a continuación? —preguntó ella, aun flotando en el aire.

—Creo que es hora de acostar al bebé.

Melissa se acurrucó bajo la sábana de seda carmesí con la que ella y Tony se habían cubierto la cabeza. No había cámaras en el dormitorio y el personal se había marchado, pero los dos estaban un poco paranoicos. Y, en cualquier caso, estar protegidos bajo la sábana creaba una reconfortante sensación de seguridad e intimidad.

Tony había apoyado un puño contra la mandíbula, de modo que su cabeza y su rodilla alzada sirvieran como los palos de aquella improvisada tienda de campaña. Una luz rosada iluminaba su expresión, confusa. Parecía estar a punto de decir algo, pero ella tenía que preguntar primero.

—No lo decías en serio, ¿verdad? Lo del amor a primera vista.

—¿Un plátano gigante?

Por lo visto, el amor tendría que esperar hasta que hablaran de los comestibles. Ella había perdido la batalla contra la desnudez, así que tuvo cuidado de no apartar la vista de sus ojos mientras hablaba.

—¿Hubieras preferido que dijera una judía verde? ¿Podemos hablar ahora del amor?

—Claro, en cuanto acabemos de hablar de sexo. Y para que lo sepas, las judías verdes no son una elección como guarnición. Son de aspecto feo y sabor desagradable. Y ya que estamos hablando de sexo... ¿qué querías decir con «cada maldito día»?

—¿Cada maldito día?

—Eso fue lo que dijiste cuando llegamos al hotel el primer día... que habías estado pensando en nuestra noche de bodas «cada maldito día».

—Dije que tú habías estado pensando en eso cada maldito día.

—Cito: «Has estado pensando en eso cada maldito día, igual que yo». Y estabas furiosa conmigo.

—Bueno, eso no es nada nuevo. Llevo dos años furiosa contigo.

—¿Ah, sí? Pues es un sentimiento mutuo.

Por alguna razón, aquello la animó. Tal vez fuera un síntoma de su desesperación.

—Pero no decías en serio lo del amor a primera vista, ¿verdad?

Sólo lo dijiste para las cámaras.

—La verdad es que sí.

Ella hundió la cabeza en la almohada y suspiró.

—Eso es lo que pensaba.

—Quiero decir, Melissa, que me enamoré de ti la primera mañana que te vi.

Melissa permaneció inmóvil sobre la almohada.

—Nunca me lo habías dicho...

—Te lo habría dicho si te hubieras quedado.

—No podía quedarme —susurró ella—. Tú no eres Don Quijote, aunque eso te creas.

—¿Se supone que debo saber lo que significa eso? —preguntó él, también en voz baja.

—Dijiste que yo parecía desgraciada. Una cualidad muy extraña hacia la que sentirse atraído. ¿Seguro que fue amor y no compasión?

—Melissa. ¿estás furiosa conmigo por haberme enamorado de ti?

—Es sólo que no entiendo por qué.

—Quién sabe por qué la gente se enamora... Es pura química. Eras la mujer más irresistiblemente desgraciada que había visto en mi vida.

—Oh. claro... —dijo ella, deseando poder creerlo. No sabía qué hacer al respecto. Él le decía cosas que quería oír, por mucho que la asustaran—. Está bien —dijo tras un largo silencio—. Supongamos que me creo esto del amor a primera vista. Eso fue hace dos años. ¿Qué sientes ahora?

Por supuesto, él no respondió a esa pregunta. Y, por supuesto, el modo en que levantó la cabeza y la miró con sus penetrantes ojos

negros hizo que el corazón le diera un vuelco.

Capítulo 12

«Hay una razón por la que lo llaman hacer el amor. Pon tu corazón en el empeño, al igual que tu cuerpo, y verás cómo el sexo alcanza cotas inimaginables».

101 maneras para hacerlo suplicar

No fue la pregunta de Melissa lo que dejó a Tony sin habla. Fue la respuesta que casi salió de su boca. No podía creer los pensamientos que le pasaban por la cabeza. Eran disparatados, imposibles...

Los ojos de Melissa parecían a punto de salirse de sus órbitas. Dios, era preciosa, ya fuera vestida o desnuda.

—Te quiero... —murmuró con voz ronca, por lo que tuvo que carraspear para aclarársela—. He perdido el juicio. Melissa. Te quiero tanto que soy un peligro público. Deberían ponerles camisetas de fuerza a los locos como yo.

De repente, los pardos ojos de Melissa centellearon, adquiriendo una expresión de sufrimiento.

—No deberías tomarte a la ligera cosas como ésta —le dijo.

Él apuntó con un dedo hacia la sábana que los cubría.

—Las paredes son de papel y seguramente las cámaras sigan grabando —articuló con los labios—. No me lo tomo a la ligera. Nunca he hablado más en serio, Melissa, te lo prometo. Te adoro. De verdad.

Ella parecía más asustada a cada palabra. Y, peor aún, parecía hundirse en el colchón.

—Todo esto es una broma, ¿verdad? —se dio la vuelta e hizo un

ovillo con su cuerpo—. No estás enamorado de mí y seguramente nunca lo estuviste —dijo en voz muy baja—. Debe de ser el dinero. Por eso estás aquí. Es lo único que tiene sentido.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—¡Shhhh! Las paredes son de papel.

—Me da igual, Melissa. Al infierno las paredes.

Le dio un pequeño tirón, con la esperanza de que se diera la vuelta y le abriera los brazos. Pero no fue así. Melissa se mantuvo de espaldas a él.

—Me importa un pimiento el dinero —dijo, bajando la voz—. Puedes creerme.

—¿Entonces por qué estás aquí?

No podía decírselo, y eso lo enfurecía. Nunca debió hacerle la promesa a Jeanie, pero en su día había tenido sentido. El pago que tenía pensado para Melissa era estrictamente personal. Nunca había tenido intención de perjudicar su carrera. Sabía lo comprometida que estaba ella con sus objetivos y con sus padres. Y él la admiraba también por eso.

Un silencio se hizo entre ellos, tan sólo interrumpido por la respiración entrecortada de Melissa. Él contempló sus hombros encorvados y tomó una decisión.

—Por ti —dijo—. Estoy aquí por ti. Todo este tiempo sólo he podido pensar en ti... cada día.

—No hablas en serio —murmuró ella sin volverse.

—Lo juraré sobre la Biblia si hay alguna en la suite.

Melissa pareció ahogar un gemido. Él le dio otro suave tirón y esa vez se volvió rápidamente hacia él. La angustia de su expresión era lo más dulce que Tony había visto. Una reluciente lágrima le resbalaba

por la mejilla.

—Ven aquí —le dijo, tomándola en sus brazos, pero ella se resistió.

—¿Has venido sólo por mí? ¿No has hecho ningún trato con Jeanie?

—No la clase de trato en que estás pensando. Estoy aquí porque quiero estar —se le trabó la lengua al decirlo. No sabía lo que quería decir, pero en esos momentos sólo le importaba Melissa. No podía imaginarse las consecuencias que eso tendría para su vida; sólo sabía que lo cambiaría todo—. No hay otra razón por la que esté aquí ahora. Melissa. Sólo tú. Tú eres mi única razón.

Ella se lanzó a sus brazos con un suspiro.

—Creo que me estoy enamorando de ti —confesó, esforzándose por controlar la voz—. Aunque tú no me ames, creo que yo a ti sí.

Su confesión lo atravesó como una espada. Cerró los ojos y trató de respirar con normalidad. Tenía que ser fuerte, pero aquello era una locura. Las sienes le palpitaban y la garganta le ardía. Las sensaciones lo incomodaban, pero si dejaba de figurarse por qué, tal vez perdería ese sentimiento que estaba a punto de estallar. Y no se había sentido así en años, desde la mañana que la vio por primera vez.

Le hizo alzar la barbilla y la miró a los ojos. La ternura y la lujuria lo consumían por igual.

—Esto no es para las cámaras —dijo—. Te quiero. Melissa. No tengo que pensar en ello. Lo sé.

Ella soltó el gorjeo más extraño que él había oído jamás. Tenía el presentimiento de que ella quería decirle algo y no podía. Entonces la besó ligeramente y todo se desató.

El deseo los inundó a ambos. Tony contrajo todos los músculos

del cuerpo y puso a Melissa debajo de él. Ella no podía moverse, ni parecía querer hacerlo. Dejó escapar un sensual ronroneo y empezó a tocarlo. Sus dedos avanzaron lentamente por la cara interna del muslo hasta alcanzar los genitales. Los levantó y los sopesó en su palma, y la sangre fluyó como un torrente al endurecido miembro de Tony. Él no necesitaba más estímulos. Descendió con la mano y palpó el calor y la humedad de los suaves pétalos de Melissa, que vibraron bajo su tacto.

—Dime lo que deseas —le pidió—. ¿Una lengua de terciopelo, un poni salvaje, un jardinero feliz? Tus deseos son órdenes.

—Nada de juegos —respondió ella—. Sólo te deseo a ti, y no puedo esperar más.

Tony tenía muchas razones para detenerse, pero ninguna de ellas importaba más que hacer el amor con ella. En aquel momento, en aquella suite, bajo aquellas sábanas, y sin afrodisíacos ni alcohol.

—No podemos hacer ningún ruido —susurró ella mientras él se colocaba entre sus piernas.

—¿Cómo que no? Me levantaré y apagaré todas las cámaras.

—¡No! —lo sujetó con fuerza, clavándole las uñas en los costados—. No te vayas.

Lo arrastró hacia ella y los dos gimieron de gozo. Una acometida de sus caderas y Tony se vio engullido por el húmedo y resbaladizo calor de Melissa. Le hundió los dedos en los muslos y los dos quedaron aferrados en sensual combate. Ni el Cielo podía ser más maravilloso que aquello. No había otro pensamiento, otra razón de existir, que hacerle el amor lentamente. Ella lo rodeó con las piernas, urgiéndolo a que profundizara en sus embestidas, y él se rindió con un intenso estremecimiento.

—Tony, es amor —murmuró ella—. Ni la bebida ni los

afrodisíacos. Es el amor lo que nos enloquece.

Algo se retorció en el interior de Tony. Ella había escrito un libro entero de consejos eróticos para hacer suplicar a los hombres, pero era imposible reflejar en unas páginas aquella sensación salvaje que ella llamaba amor. Había que sentirlo. Si él tenía que suplicar por algo, sería para que Melissa volviera a entrar en su vida y en su corazón.

Melissa se retorció frenéticamente, desesperada por alcanzar la cima del placer, pero él quería retrasar lo más posible el momento culminante.

—Estoy llegando —susurró ella—. ¡Más rápido!

—De eso nada —dijo él, besándola con pasión. Siguió moviéndose lentamente, haciéndole proferir gemidos e insultos ahogados. Sintió cómo se deshacía en sus brazos, pero consiguió dominar la terrible presión que crecía en su interior... hasta que ella le clavó las uñas en la espalda y sus cuerpos se tensaron y estallaron en incontenible liberación.

Ella pronunció su nombre entre sollozos, y una sensación más poderosa que el placer lo invadió.

Algo húmedo y caliente le picó en los ojos. ¿Lágrimas? No, imposible.

Cuando sus respiraciones se suavizaron la abrazó y ella apoyó la cabeza en su hombro. Enseguida se quedó dormida. Saber que se sentía segura con él hacía pensar a Tony que había hecho algo digno. Pero ella no sabía lo que se avecinaba y él no podía decírselo, sólo rezar porque todo saliera bien.

El equipo de grabación estaría de vuelta cuando ellos despertaran, pero él tenía noticias para Bat Bonahan, y no le importaba si al director le gustaban o no. De hecho, tenía noticias para varias

personas, dudaba de que fueran a gustarle a alguien, empezando por Jeanie.

Tomó aire y lo expulsó lentamente. Se moría de impaciencia por poner su plan en acción.

Melissa se despertó iluminada por un resplandor dorado. Por un momento se preguntó dónde estaba, y poco a poco se dio cuenta de dos cosas. Ya no estaba escondida bajo un improvisado dosel de seda, ni tampoco estaba en Kansas. Y echaba en falta a su compañero de cama. ¿O debería decir a su marido?

—¿Tony? —pasó la vista por el dormitorio, pero no lo vio. No sabía quién podría estar en la suite, así que no podía gritar. Y tampoco quería salir desnuda de la cama. El reloj de la mesilla marcaba las nueve y no se escuchaba ningún ruido. Era extraño. El equipo de grabación debía de estar ya trabajando.

Una punzada de temor la traspasó, pero no iba a dejar que nada la amargase. La noche anterior había sido maravillosa. Estaba enamorada. Los dos lo estaban. ¿Quién lo hubiera imaginado?

Sonrió al recordar la expresión de Tony cuando confesó sus sentimientos. La confesión le sentaba bien. La única vez que había parecido más incómodo fue cuando ella le confesó los suyos.

Era el momento de buscarlo y volver a escandalizarlo. Se puso la bata y entró en el baño, donde se duchó y vistió detrás del biombo. Eligió una falda caqui y un top rojo sin mangas con cuello de cisne. De ropa interior se puso uno de los tanga a juego que Tony había comprado para ambos. Nada más.

Su trasero no era el más apropiado para ponerse un tanga, pero no quería volver a ponerse una de sus braguitas de algodón. Además, sería divertido ver la reacción de Tony. Se lo enseñaría en el momento oportuno... o mejor todavía, inoportuno.

La suite estaba desierta. Por un segundo le volvió el miedo, pero entonces vio a Tony en el balcón. Su polo blanco relucía a la luz del sol, y sus pantalones cortos color caqui revelaban sus piernas largas y bronceadas. Estaba sentado a la mesa y parecía absorto en lo que estaba escribiendo, pero cerró el bloc en cuanto ella lo llamó.

—Te echaba de menos —dijo ella acercándose.

Él se levantó, maravillándola con su imponente aspecto, su abundante cabello oscuro, reluciente como el ónice, sus ojos negros, brillando peligrosamente, su boca curvada en una sensual sonrisa... Le tendió los brazos y ella se refugió en ellos.

—Lo de anoche fue maravilloso —dijo ella—. ¿Me has echado de menos esta mañana?

—Muchísimo, pero no quería despertarte.

—¿Qué estás escribiendo? ¿La secuela de mi libro, quizá? ¿101 maneras para hacerla suplicar?

—No, pero es una buena idea —dijo él riendo. A Melissa le pareció que la soltaba demasiado rápido—. Siéntate —le apartó una silla—. Tenemos que hablar.

Le sirvió una taza de café y un trozo de tarta de canela y nueces. Melissa se tomó el café, pero estaba demasiado nerviosa para comer nada. Estaba segura de que la charla tendría que ver con la pasión de la noche anterior... o tal vez con la ausencia del personal de grabación.

—¿Dónde está Bat esta mañana?

Tony también se sirvió café y se sentó junto a ella.

—Cuando me levante, tenía un mensaje de él en el buzón de voz diciendo que había revisado la grabación de ayer y que tienen todo lo que necesitan.

—¿Todo lo que necesitan? —susurró ella—. ¿Qué significa eso?

—No tienes por qué hablar en voz baja. Sólo estamos nosotros.

—¿Crees que hicimos tanto ruido?

—Aunque así fuera, nadie va a saberlo. Voy a comprobar las secuencias y a censurar todo lo embarazoso. Tienen mucho material sin incluir lo de anoche.

—¿Crees que estarán de acuerdo?

—Tendrán que aceptarlo si no quieren enfrentarse a un furioso latino que los amenace con impedir la emisión del programa. Cualquier abogado estaría encantado de defender nuestro caso, y no es la clase de publicidad que los productores desean.

Melissa se relajó un poco y le dio un mordisco al pastel. Miró al cielo y no vio ni rastro de los pájaros. Esperó que aquello fuera una buena señal.

—Has dicho que teníamos que hablar. ¿Es sobre Bat?

—No. Tengo una reunión con Jeanie esta mañana, y debería irme ya. Hay mucho tráfico.

—¿Tienes que hablar con Jeanie? ¿Por qué no puede venir ella aquí?

Tony le tomó la mano y se llevó a los labios.

—Tiene que ver con mi acuerdo con Searchlight. Hay que guardar ciertas formas. Pero no tardaré mucho; te lo prometo.

—¿Qué pasa, Tony? ¿No vas a contármelo?

—Te lo contaré todo. De hecho, te contaré la historia de mi vida, pero después de hablar con Jeanie.

Se levantó y también lo hizo Melissa.

—¿No vas a darme ninguna pista? —le preguntó ella—. ¿Tiene

algo que ver con el secreto que estás guardando?

Él le echó una mirada interrogativa y ella supo que había dado en el clavo, pero su enigmática sonrisa no reveló nada.

—Sí —admitió.

—¡Ajá!

Él se echó a reír y la abrazó para darle un beso de despedida.

—Todo saldrá bien, te lo prometo.

Sus labios la rozaron ligeramente, pero pareció más interesado en encontrarle la mano izquierda. Melissa se la ofreció y él le pasó un dedo por el anillo.

—Aquí tienes un secreto —le dijo—. No pudiste quitarte este anillo porque significa que nuestro amor nunca estuvo destinado a morir.

Melissa bajó la mirada hasta el anillo de oro.

—¿Acabas de inventarte eso para hacerme sentir mejor?

—No, no lo he inventado. El anillo ha pertenecido a mi familia durante muchos años. Mi madre me lo dio antes de morir y me dijo que su madre se lo había dado a ella... y que significaba amor eterno. Como es natural, en aquel momento no la creí.

—Claro que no.

—Pero cuando vi que no habías podido quitártelo, empecé a dudar.

—Eso es absurdo —dijo ella conteniendo la risa. Tal vez fueran los nervios—, pero la verdad es que me pregunté si el anillo nos había reunido.

—Yo también —admitió él, volviendo a besarla—. Ahora ve a desayunar y relájate. Nuestras obligaciones con Jeanie y la gira se

han acabado. Hoy no tienes que hacer otra cosa que esperar a que yo vuelva y te lo explique todo.

—Preferiría que me hicieras el amor.

—Eso también lo haré.

—Creo que me has convencido.

—Bienvenido a mi humilde morada —dijo Jeanie desde la mesa de su pequeño despacho—. Enseguida termino —con el teléfono pegado a la oreja, le indicó a Tony que se sentara en sofá blanco y marrón. Pero él permaneció de pie y ella lo aceptó con una sonrisa.

La había llamado en el último minuto y Jeanie había tenido que encontrarle un hueco entre sus compromisos. Por eso no había esperado que ella lo estuviese aguardando, ni tampoco que estuviera tan contenta.

Su despacho lo intrigó, la pequeña habitación rectangular parecía más grande por la inteligente colocación de espejos y falsas ventanas que representaban el contorno de una ciudad. Un acuario azul era en realidad un salvapantallas de un monitor plano. Nada era lo que parecía, pensó Tony. La vida era un baile de máscaras, y la suya era la más falsa de todas. Tal vez fuera lo adecuado ponerle fin a todo allí mismo.

—Era la productora del *reality show* —le dijo Jeanie cuando colgó el teléfono—. Están entusiasmados con las secuencias. Dicen que va a ser un éxito.

—¿Ah, sí? —preguntó él sin disimular la ironía—. ¿Tendremos nuestro propio programa?

—Han pasado cosas muy extrañas —dijo ella encogiéndose de hombros—. Y, por cierto, le he dicho que has solicitado ver el montaje antes de que se emita. No ha puesto ninguna objeción.

—Qué rápido. Te lo agradezco —le había pedido eso a Jeanie aquella misma mañana, al llamarla para concertar la cita.

—Nuestro objetivo es complacer a la gente. ¿Qué más puedo hacer por ti?

Tony decidió ir directo al grano.

—Quiero romper nuestro acuerdo —dijo—. Melissa tiene derecho a saber lo que está pasando y yo quiero contárselo. La gira ha terminado, así que no afectará al libro.

Jeanie se recostó en la silla, pensativa.

—Estás enamorado de ella, ¿verdad? —él no lo confirmó ni lo desmintió, pero Jeanie parecía leerle el pensamiento—. Melissa no sabe nada de ti, Tony. ¿Vas a decirle que no eres un camarero? ¿Que posees restaurantes por todo el mundo y...?

—¿Y que mantengo el control de calidad sirviendo mesas de incógnito? Por supuesto. Voy a decírselo. Voy a contárselo todo.

—¿Todo? —lo miró con una ceja arqueada—. No creo que reaccione muy bien.

—Tendré que correr el riesgo.

—Lo entiendo, pero no quiero que ella sufra, Tony. Esto no tiene nada que ver con el libro ni con Searchlight. Aprecio a Melissa, y me preocupo por ella.

—Por amor de Dios, Jeanie, también yo.

—Entonces ¿no sería más fácil que te marcharas, que volvieras a tu vida y dejaras que ella volviese a la suya? ¿De verdad quieres enredarla en tus asuntos?

—Quiero que esté conmigo, y voy a conseguirla cueste lo que cueste —su resolución era firme, pero Jeanie tenía razón. Su situación personal era complicada, y Melissa podría sufrir aunque él

intentara protegerla—. Sé lo que estás pensando, Jeanie, y no dejaré que eso ocurra. Haré lo que sea para protegerla.

—Espero —lo miró como una madre a una hija adolescente. Finalmente, se levantó y le estrechó la mano—. Cuida bien de ella, ¿me oyes? Si oigo la menor queja por su parte, tendrás que vértelas conmigo.

Obviamente, Jeanie tenía más que decir, pero el apretón de manos fue interrumpido por un golpe en la puerta. Tony se giró y vio a Bat Bonahan. Llevaba sus habituales vaqueros, un polo de algodón y las gafas de sol colgadas del cuello.

—Bat, qué sorpresa —dijo Jeanie.

—Pasaba por aquí —respondió el director, metiéndose las manos en los bolsillos.

El incómodo silencio que siguió le dijo a Tony que era él quien sobraba allí.

—Yo también —dijo—. Pero ya me iba.

Le dio un golpecito a Bat en el brazo y ambos se estrecharon la mano. Miró a Jeanie para despedirse y entonces vio la marca roja en el cuello. Tal vez tuviera la piel acalorada, pero la mancha se parecía sospechosamente a la señal de un mordisco.

De camino a la puerta, le dedicó una sonrisa al director. Ahora sabía por qué lo llamaban Bat, «murciélago, en inglés. Y también sabía por qué estaba Jeanie tan contenta.

Las campanadas de un reloj sonaron por toda la suite, y Melissa levantó la mirada de las maletas que yacían abiertas sobre la cama. Había estado intentando decidir si hacía o no las maletas mientras esperaba a Tony. No sabía a dónde iría después, pero necesitaba mantenerse ocupada. Él le había dicho que la amaba y que todo

saldría bien, pero ella no conseguía creérselo del todo.

Más campanadas. Tal vez no fuera un reloj.

¡El timbre de la puerta! Corrió hacia el salón. Tony debía de haber olvidado la tarjeta.

—¡Sí que has sido rápido...! —empezó a decir cuando abrió—. Oh, lo siento, pensé que...

Era una mujer la que había llamado, no Tony. Melissa no supo qué decir, sobre todo porque aquella mujer parecía estar a punto de llorar. Estaba cruzada de brazos, con el mentón alzado, y sus negras pestañas parpadeaban frenéticamente.

Hermosa, exótica, desafiante, herida... Todos esos calificativos le pasaron a Melissa por la cabeza, hasta que se dio cuenta de que aún no había dicho nada.

—¿Puedo ayudarla?

—Por favor, ¿puedo hablar con Antonio?

—¿Se refiere a Tony? Ha salido. ¿Hay algo que pueda hacer yo?

Los ojos de la mujer brillaron de furia.

—Creo que ya ha hecho bastante. Quiero hablar con Antonio, por favor.

Era extraño que lo llamase «Antonio». ¿Sería una fan celosa? Eso solía ocurrir cuando alguien se hacía tan popular. Por otro lado, aquella mujer tenía un acento latino. Tal vez fuera un error y estuviera buscando a otro Antonio.

—¿Está segura de que no se ha equivocado de habitación? Es un hotel muy grande.

—¿Es usted Melissa Sanders, la autora de un libro titulado *101 maneras para hacerlo suplicar*?

—Sí, en efecto, pero sigo sin saber de qué está hablando.

—Estoy hablando de su marido —el mentón le temblaba violentamente, y otra vez parecía estar a punto de llorar—. E... es mi novio.

—¿Su novio? —el primer impulso de Melissa fue negar con la cabeza. Nunca había oído nada tan ridículo. Aquella debía de ser una broma. O quizá esa mujer estaba loca...

«Cálmate», se dijo a sí misma. Si mantienes la calma, ella también lo hará. No dejes que te invada el pánico. Le asintió a la mujer, intentado evaluar el peligro de la situación. En aquel momento, parecía más afligida que enfadada. Lo único que había que hacer era llamar a seguridad sin levantar sospechas. Pero la sensación de miedo había vuelto, y ya no era un simple temor, sino la terrible corazonada de que algo iba mal.

Capítulo 13

«Un masaje sensual, juguetes eróticos, interpretar un papel... todo eso es secundario. Sí de verdad quieres alcanzar la cima del éxtasis, lo único que importa es tu corazón. Es lo que da sentido a todo».

101 maneras para hacerlo suplicar

Melissa barajó sus opciones. Podía cerrar la puerta y echar el pestillo, pero si la mujer intentaba impedirselo, se enzarzarían en una lucha. Había oído que los fans desencantados podían ser muy violentos, así que decidió intentar algo menos arriesgado.

—Si espera aquí un momento —le dijo a la mujer—, intentaré localizar a Tony por teléfono. ¿Quién le digo que lo está esperando?

—Dígale que soy Natalie de la Cruz, su novia. Pregúntele qué se supone que tengo que hacer con nuestra boda, íbamos a casarnos el mes que viene.

Las lágrimas habían empezado a fluir a sus ojos.

Sacó un pañuelo de su bolso e intentó secárselas, pero falló miserablemente. Su bonito rostro quedó completamente inundado. Incluso los hombros le temblaban mientras luchaba contra sus emociones.

Melissa no debería haberla compadecido, pero no soportaba ver el sufrimiento.

—¿Quiere pasar y sentarse mientras lo llamo?

La mujer la miró por encima del pañuelo, como pensando si podía confiar en ella. Finalmente asintió, pero su expresión cambió

cuando Melissa le tocó el brazo para llevarla adentro.

—¿De dónde ha sacado ese anillo?

Melissa permaneció en silencio, y entonces Natalie le mostró su mano izquierda. En su dedo anular había un gran anillo con un diamante engarzado.

—Tony me pidió que me casara con él el Día de San Valentín —dijo—. La ceremonia tendrá lugar en el castillo de Tattershall, en Lincolnshire.

—Me alegro por usted —dijo Melissa, deseando haber cerrado la puerta.

Natalie sorbió por la nariz y entró en la suite. Sus tacones resonaron en el suelo de mármol, y su traje blanco de seda crujió cuando se volvió a mirar tras la puerta.

—Aquí no hay nadie salvo yo —le dijo Melissa.

—¿Va a llamar a Antonio?

—Sí, desde luego. Ahora mismo —su intención no era llamar a Tony, sino al personal de seguridad del hotel. Se acercó al bar y agarró el auricular del teléfono de pared—. ¿Por qué no se sienta junto a la ventana y se pone cómoda? Sólo tardaré un minuto.

Natalie dudó, mientras veía cómo Melissa pulsaba el botón rojo del panel.

—¿Qué está haciendo? —se acercó deprisa hasta ella—. Si va a llamar a seguridad, adelante. Vendrán y me echarán del hotel, pero usted no se librará de mí, señorita Sanders, porque le estoy diciendo la verdad.

«De acuerdo, plan B». Melissa colgó el teléfono sin llegar a marcar.

—Señorita de la Cruz, ¿le apetece un poco de té? Siéntese donde

quiera y le serviré una taza.

—No me apetece, gracias.

—¿Está segura? ¿Y galletas? ¿Tampoco? —plan C. Su sonrisa era cada vez más forzada—. Escuche, como no sé cuándo volverá Tony, ¿qué le parece si le digo que la llame? Puede usted dejarle una nota...

—No voy a escribir ninguna nota y no voy a marcharme —su actitud era vez más grosera, y a Melissa se le habían acabado los planes.

—Ojalá pudiera ayudarla, pero...

—¿Cómo? —Natalie apretó los puños—. ¿Robándome a mi novio? Los he visto en la CNN, en Londres. Toda mi familia lo vio. ¡Ahora todo el mundo se compadece en mi cara y se ríe de mí a mis espaldas!

Melissa se dirigió hacia la puerta. Se le había agotado la paciencia.

—Voy a tener que pedirle que se marche. De lo contrario, llamaré a seguridad.

Se preparó para una inminente explosión, pero Natalie empezó a llorar de nuevo.

—No voy a irme hasta que... —la voz se le quebró— lo vea. No merezco que se me trate así.

Melissa había pensado que tal vez estuviese actuando, pero sólo una actriz profesional podría haber interpretado esa demostración de dolor.

—Por favor, cálmese. No sé cuándo volverá Tony, pero si es tan importante, puede esperarlo aquí. Él lo aclarará todo.

Aún llorando, Natalie se acomodó en el sofá, cruzando las piernas por los tobillos. Su postura era impecable y su traje parecía de Armani. Sin duda era una mujer acostumbrada al lujo y el

refinamiento.

Melissa fue a la cocina a preparar un té. No quería pensar si Natalie decía o no la verdad, pero las dudas y preocupaciones la asaltaban. Tony había reconocido que tenía un secreto.

Volvió al salón con una bandeja con té y galletas.

—¿Cómo se conocieron usted y Tony? —le preguntó a Natalie mientras le servía el té.

Natalie se puso el plato sobre sus temblorosas rodillas, bebió un sorbo y dejó escapar un suspiro.

—No fue tan interesante como el encuentro que tuvo con usted —dijo con amargura—. Pero también lo conocí en un restaurante.

Melissa a punto estuvo de dejar caer la taza.

—¿Cómo sabía que nos conocimos en un restaurante?

—Tony me lo dijo, por supuesto.

En ese momento se oyó el ruido de la puerta. Ambas mujeres se giraron y vieron entrar a Tony con una radiante sonrisa en el rostro. Su mirada se centró en Melissa mientras atravesaba el vestíbulo y el salón. No pareció notar la presencia de Natalie.

—¿Tony?

Se detuvo, perplejo, y miró a la mujer que había pronunciado su nombre.

—Natalie —dijo. Todo su semblante cambió.

Melissa sintió que se ponía enferma. ¡Tony conocía a aquella mujer!

Natalie se levantó sobre pies temblorosos.

—Lo siento, Tony, pero tenía que venir. ¿Estás enfadado conmigo?

La expresión de Tony decía claramente: «¿Qué demonios estás

haciendo aquí?».

—Empecé a escribirte una carta esta mañana —dijo con voz tranquila.

—No parece saber nada de mí. Tony —dijo ella señalando a Melissa—. ¿Por qué no se lo has dicho?

—Tenía mis motivos, Natalie. Los mismos motivos por los que tú y yo acordamos no decirle a nadie por qué había venido aquí.

—No se lo he dicho a nadie —espetó ella, poniéndose roja de furia—. Pero tú sí. Apareciste en la CNN con ella, jugando a algo llamado «pegamento sexual».

—¿La CNN en Londres? —preguntó él—. ¿Desde cuándo emiten programas americanos?

—Al parecer, todos los matrimonios del mundo necesitan lecciones de sexo...

—Sabías que me estaba haciendo pasar por su marido. Te expliqué la situación antes de irme.

¿Haciéndose pasar por su marido? Esa revelación fue como una bofetada para Melissa.

—Dile lo que significo para ti, Tony —le ordenó Natalie—. Dile cómo me propusiste el matrimonio —extendió la mano—. Cómo me compraste el anillo.

—El anillo es una reliquia familiar, Natalie. De tu familia. Yo no lo compré.

—¡Pero nosotros estamos comprometidos!

—¿Tony? —Melissa casi no pudo decir su nombre.

Tony, pálido, tardó unos segundos en contestar.

—No quería que te enteraras así. Acabo de hablar con Jeanie y

venía dispuesto a contártelo.

Natalie no perdió tiempo en justificarse.

—¿Ves? Vuestro matrimonio es una farsa, pero nuestro compromiso es real.

—¿Esto es real, Tony? —le preguntó Melissa, que aún no podía creérselo—. ¿No hay ninguna cámara grabando?

—Ojalá —dijo él soltando un suspiro.

—¿Vas a casarte con ella? ¿Por eso quieres el divorcio?

—Déjame que te lo explique todo, Melissa. Pero no de esta manera. Antes deja que lleve a Natalie a su hotel o adonde quiera que se aloje.

Natalie se arrojó sobre él como las bandadas de pájaros del balcón.

—Vamos, querido —le dijo, enganchándose de su brazo—. Hay un coche esperándonos.

Tony se soltó y se volvió hacia Melissa.

—¿Quieres escucharme, por favor? —su voz chirriaba como los neumáticos de un coche sobre la gravilla—. Hay muchas cosas que no sabes.

—¿Sabe lo nuestro? —le preguntó ella.

—Sabe lo de nuestro pasado... pero nada de nuestro futuro. Necesito tiempo para explicárselo. Es justo que lo sepa todo.

—Desde luego —dijo Melissa—. Pero no tienes por qué llevarla a ninguna parte. Me voy.

—¿Adónde vas? —le preguntó él agarrándola del brazo. Ella no contestó; tenía un nudo en la garganta—. Jeanie puso esta condición. Era el único modo de anular el matrimonio en cuanto acabara la gira.

Dijo que no aceptaría a hacerla si sabías que yo estaba comprometida. Lo siento tanto...

Ella asintió, aunque no podía oír más que el ruido del tráfico y el piar de los pájaros. ¿Había dejado alguien abierta la puerta del balcón? Entonces se vio en los brazos de Tony.

—Todo saldrá bien —le susurró él—. Melissa, te prometo que todo saldrá bien.

Ella no podía abrazarlo como quería. Sus brazos no le respondían. Nada le respondía.

—Tony, tengo miedo.

Él la apretó contra su pecho y le puso una mano en la cabeza. Podían oírse los pasos y los murmullos impacientes de Natalie.

—Tengo que hablarle de nosotros —dijo él—. Y tengo que hacerlo ahora. Nunca debería haber llevado esto tan lejos.

—Adelante —dijo ella—. Estoy bien.

—Quédate aquí. ¿Me oyes, Melissa?

La soltó y ella se dejó caer en un sillón.

—Vete —le dijo cuando él dudó—. Estaré bien.

Reacio, Tony tomó a Natalie por el codo y se marcharon. Melissa se sentía enferma. Ése era el secreto de Tony Su novia era la mujer más hermosa que ella había visto y era obvio que él la amaba con locura.

Estaba empezando a regañarse por ser tan idiota, cuando la puerta de la suite se abrió y entró Tony.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella.

—Te quiero —le respondió, parándose en mitad del salón—. No importa lo que haya pasado. Te quiero. No podía irme así, sin

decírtelo.

—Tony, ¿qué ocurre? —se levantó del sillón—. Por favor, dímelo. Oh. Dios...

Él retrocedió. Algo lo había hecho volver, pero no podía o no quería explicar por qué. Entonces ella intentó quitarse el anillo. Si lo conseguía, tal vez dejara de sufrir. El dedo comenzó a arderle mientras se esforzaba. Cegada por un dolor incomprensible, consiguió arrancárselo y se lo ofreció.

La cara de Tony perdió todo el color.

—Quédatelo —le dijo él—. Te lo suplico.

Ella no tuvo fuerzas para discutir. La habitación empezó a dar vueltas y tuvo que cerrar los ojos. Sintió los labios de Tony en la frente y su voz susurrándole que volvería. Lo último que registró su mente fue el clic de la puerta al cerrarse.

El anillo cayó entre sus dedos al suelo. Fue un accidente. Lo tenía aferrado en la palma, y al segundo siguiente lo había perdido. Se arrodilló y lo buscó por la alfombra blanca, fibra a fibra. Había sido un accidente. No había tenido intención de soltarlo...

—Melissa, soy Jeanie. Tony acaba de llamarme desde el aeropuerto Kennedy.

Melissa casi dejó caer el teléfono.

—Lo entiendo —dijo, a punto de llorar—. ¿Qué hombre no se iría con esa exótica criatura?

—Melissa, tú eres la exótica criatura. Y él no se va porque sea una mujer hermosa. Él no la ama, estoy segura. Cuando me llamó desde el aeropuerto, me dio las gracias por mi ayuda, pero no respondió a mis preguntas. O ella estaba a su lado o no me escuchó bien.

—¿Qué preguntas?

—Le pregunté qué demonios estaba haciendo y que si había perdido el juicio.

—Tony sabe lo que hace —tragó saliva con dificultad—. ¿Por qué no me ha llamado a mí?

—No lo sé, pero me pidió que te dijera cuánto lamenta no poder regresar. Dijo que había cumplido su promesa y que algún día lo entenderías.

—¿Qué promesa?

—Que te protegería y que no permitiría que sufrieras. Sé que esto y debe de ser horrible para ti...

—Y yo también. Jeanie —fue todo lo que pudo decir. Los ojos le escocían, pero no iba a permitirse llorar. No era el orgullo lo que se lo impedía, sino el dolor. ¿Cómo iba a vivir con el corazón desgarrado?

—¿Puedo preguntarle qué vas a hacer ahora? —le preguntó Jeanie.

Ella descruzó las piernas y se echó hacia delante en el sofá del salón, donde había estado acurrucada varias horas esperando a Tony, después de buscar infructuosamente el anillo.

—¿Volver a Kansas, tal vez?

—¿Por qué no te quedas una temporada en Nueva York? Aún no he cancelado todas tus apariciones, y sería fácil concertar más. Al menos estarías ocupada y no sola y lamentándose en tu apartamento. Puedes quedarte en la suite, sí quieres.

—No puedo quedarme en esta suite, Jeanie.

—¿Te quedarás en Nueva York, entonces? Lo arreglaré todo para que te traslades inmediatamente a otro hotel, quizá al Península. Es encantador.

Colgó antes de que Melissa pudiera protestar. ¿Cuántas veces

había hecho lo mismo? En vez de volver a llamarla, Melissa decidió hacer las maletas. Parecía seguro que se iba a ir a alguna parte, y eso era todo lo que le importaba en esos momentos.

Los últimos rayos de sol iluminaban el salón con una bonita luz ambarina. Los grandes ventanales producían el efecto digno de una catedral. Melissa debería haber disfrutado de la vista, pero fue otra clase de destello lo que llamó su atención.

Algo dorado relucía en la blanca alfombra.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —le preguntó Jeanie—. ¿Volverá Kansas?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —dijo Melissa encogiéndose de hombros. Estaban en la limusina, de vuelta al hotel Península. Habían acabado la última firma de libros, y con ella la gira promocional.

—Por sí no las notado, Melissa, tu libro te ha hecho famosa, y aún lo serás más cuando emitan el *reality show*. Podrías quedarte en Nueva York y seguir triunfando aquí. Puedes quedarte en mi casa hasta que encuentres un sitio para instalarte.

—¿Y qué pasa con el hecho de que mi marido se ha ido a casarse con otra mujer? ¿Cómo afectaría eso al libro cuando se sepa?

Aquella mañana había recibido la última carta del abogado de Tony. Parecía querer matarla poco a poco, igual que la había seducido.

En las dos semanas y media que habían transcurrido desde la marcha de Tony, había intentado luchar contra sus demonios: durante el día había trabajado sin parar, y por la noche escribía notas para un nuevo libro que se titularía *El placer del celibato*.

—Es verdad, el divorcio podría ser un escándalo —admitió Jeanie—. Habrá que prepararse para cuando lo descubra la prensa. Pero

pensándolo bien... el engaño de tu marido no afecta al libro.

Melissa apenas podía creer lo que estaba oyendo.

—Sinceramente —espetó—, me importa un canijo el libro. Y no fue Tony quien me engañó, sino tú.

—Ya te he pedido disculpas mil veces por eso —se apresuró a defenderse Jeanie.

—Lo sé, pero ojalá me hubieras hablado del compromiso de Tony. Así nada de esto habría pasado. Jeanie. No estaría ahora sufriendo como... —la barbilla empezó a temblarle—. Oh. Cielos. Olvidémoslo. ¿Podemos cambiar de tema, por favor?

Jeanie se llevó la mano a la boca, espantada.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Jeanie—. ¿Cómo puedo ayudarte? Por favor, dímelo.

Melissa negó con la cabeza. Nadie podía ayudarla.

—No quiero vivir en Nueva York, eso seguro. Yo quiero alejarme tanto como pueda de esta ciudad y sus recuerdos —fue a tocarse el anillo del dedo y recordó que ya no lo llevaba puesto. El síndrome del anillo, como aquellas personas que seguían sintiendo un miembro aun después de perderlo. ¿Estaría condenada a sentir un anillo ausente toda la vida?

—¿Qué haces? —le preguntó Jeanie al verla rebuscar en el bolso.

—Estoy buscando una cosa... Toma. Quiero que le mandes esto —le puso a Jeanie el anillo en la mano—. Seguro que sabes dónde está.

—Melissa, no... Pídeme lo que sea, pero esto no.

—Pero fuiste tú quien estableció las condiciones del acuerdo con él... gira promocional, divorcio, ¿recuerdas? Tienes que enviárselo de vuelta.

—Él no me lo dio a mí.

Melissa supo que estaba condenada. Aquel anillo simbolizaba su gran equivocación, y siempre la atormentaría. Volvió a dejarlo en el bolso y le hizo otra petición a Jeanie.

—Dime lo que te dijo antes de marcharse.

—¿Estás segura de que quieres oírlo?

—Dímelo. Aún intento sacarle sentido a todo esto.

Jeanie le resumió la breve conversación, y cuando acabó, Melissa miraba por la ventanilla con la visión empañada por las lágrimas.

—No lo entiendo... Si hubieras oído sus declaraciones, Jeanie, sus promesas...

—Quizá sea una cuestión de honor —dijo Jeanie con un suspiro—. Hizo un juramento en Europa y cree que tiene que mantenerlo. Se mantiene fiel a su palabra y a su cultura.

—Me prometió que estaría conmigo, que haría que todo saliera bien.

—Quizá no pudo hacerlo.

—Entonces debería habérmelo dicho él mismo.

—Quizá tampoco pudo hacer eso.

Melissa se apartó las lágrimas y se volvió hacia Jeanie.

—¿Sabes algo que yo no sepa? ¿Vuelves a estar ocultándome algo?

—Ojalá fuera así, cariño. Te diría todo lo que supiera. Te prometo que lo haría.

Debía resolver el conflicto que tenía con Tony y el anillo. Él le había dicho que el anillo simbolizaba el amor eterno y que por eso era imposible quitárselo. Pero ella se lo había quitado y el amor había muerto. Había intentando mantener la esperanza aun cuando todo se había perdido, pues temía enfrentarse al dolor. Pero en realidad no

había estado protegiéndose del dolor, sino prolongándolo.

Cuando llegaron al hotel, ya había tomado una decisión.

—Quiero seguir con mi vida. Jeanie. Dame la dirección de Tony y yo le enviaré el anillo.

Capítulo 14

«No te quedes mucho tiempo contemplando el mar. Puede que lo que busques esté detrás de ti».

101 maneras para hacerlo suplicar

—¡Por Melissa, cuya sucia imaginación ha mejorado mi vida! — Kath Crawford alzó su copa.

—Supongo que te habrá hecho olvidar el vibrador, gracias al capítulo trece —dijo Renee Tyler, entrechocando su copa.

Pat Stafford hizo lo mismo con otro comentario, y el brindis subió de tono.

Melissa sonrió mientras sus fieles amigas bebían. Las cuatro estaban en Maggiano, un restaurante de Kansas City donde se habían reunido para celebrar su vuelta a casa. Había regresado cuatro semanas antes, pero había sido difícil concertar una cita.

—¿Os parece que pidamos la cena, señoritas? —preguntó con una mueca.

Todas deliberaron sobre sus menús, y Melissa eligió berenjenas a la palmesana, principalmente porque no tenía la mejor semejanza con el atributo masculino, como los platos de sus amigas. Resultó una buena elección, pero no tenía mucho apetito. Por suerte la cena fue animada y distendida, ya que Melissa les había pedido a todas por teléfono que no hablaran de Tony. Necesitaba desesperadamente distraerse, después de haber recibido el día anterior los papeles definitivos del divorcio.

—Discúlpenos, pero ¿no es usted la encantadora dama que

escribió este libro?

Melissa levantó la mirada y vio a una sonriente pareja de ancianos. La mujer de pelo blanco llevaba un ejemplar de su libro y un bolígrafo.

—Siento interrumpir su cena —dijo—, pero ¿sería tan amable de darme un autógrafo?

—Por supuesto —halagada, Melissa tomó el libro y el bolígrafo. Mientras escribía en la portada, la mujer charlaba nerviosamente con su marido, un anciano enconado que se apoyaba en su bastón.

—Howard no ha vuelto a perder gas desde que probamos el juego Sobre la Luna. Le encantó, aunque estuvo a punto de dislocarse el hombro.

Cuando la anciana pareja se marchó, todas las amigas de Melissa la miraron y Renee soltó una risita.

—Tu libro debería incluir una advertencia: ¡No intentar hacerlo en casa!

La cena se alargó hasta medianoche, y Melissa se despidió de sus amigas y volvió a casa sintiéndose menos sola de lo que se había sentido en mucho tiempo. Tenía unas amigas que la apoyaban y unos padres maravillosos. Su madre se había mostrado muy comprensiva cuando le contó lo de Tony. La había abrazado y le había asegurado que el tiempo lo curaría todo, y su gentil padre se había puesto a buscar su escopeta...

Tenía mucho por lo que estar agradecida. Pero en esos momentos sólo quería llegar a su apartamento y dormir hasta que las nubes se apartaran y volviera a salir el sol.

Pero cuando llegó a su edificio, vio una limusina ocupando el espacio de varios coches en el bordillo. Y a través de las puertas de cristal vio que alguien conocido la estaba esperando en el vestíbulo.

—Disculpe, señorita Sanders —dijo Natalie de la Cruz cuando Melissa entró en el vestíbulo—. Gracias a Dios... ¿Puedo hablar con usted? Sé que es tarde, pero es muy importante.

—Por supuesto —Melissa dudó, preguntándose si sería seguro invitarla a su apartamento. La hermosa Natalie parecía hundida y desaliñada, con el rostro demacrado.

Cinco minutos después, le había servido una copa y las dos estaban sentadas en el sofá del salón.

—¿Se encuentra bien?

—He cometido un gran error —dijo ella, bebiendo nerviosamente—. Y he dejado a Tony —empezó a temblar y también Melissa—. El día que fui a vuestro hotel, hice algo horrible. Le hice chantaje emocional, amenazándolo con lo único que podía...

—¿Yo? —preguntó Melissa, acongojada.

—Sí, tú. Le dije que te arruinaría si no volvía conmigo a Londres ese mismo día. Lo amenacé con acudir a la prensa y revelar al mundo que vuestro matrimonio era una farsa —volvió a beber y torció la boca amargamente—. No hizo falta más. Aceptó volver conmigo y yo lo obligué a no decirte nada de sus motivos. Mi deseo era hacerte sufrir tanto como para recuperarlo. Pero, naturalmente, no había nada que hacer. Tendría que haberme dado cuenta entonces de que su deseo por protegerte era la prueba de su amor por ti —le mostró la mano sin anillo, desafiante—. ¿Lo ves? La ruptura es oficial.

—Lo... lo siento —dijo Melissa con un hilo de voz.

—No lo sientas —se levantó y le dio la espalda—. Habría pasado aunque no hubieras entrado en su vida —se acercó a una estantería y empezó a hojear las revistas que habían publicado los artículos de Melissa—. Tony y yo crecimos juntos. Nuestros padres eran socios y

siempre pensaron que acabaríamos casándonos. Yo era más joven que él y estaba entusiasmada con la idea, pero cuando sus padres lo presionaron, él se negó.

—¿Por qué? ¿Pensaba que eras demasiado joven?

—Ojalá hubiera sido por eso. Dijo que era como una hermana para él y que no podía casarse conmigo. Su padre lo echó de casa y no volvimos a saber de él hasta que su madre murió el año pasado. Llegó cuando ella ya había muerto y yo le supliqué que nos casáramos y que él llevara el apellido de su familia. Fue la última voluntad de su madre.

—¿Y él te propuso el matrimonio?

—Sí, lo hizo —dijo ella con un suspiro—. Y, naturalmente, yo acepté. Seguía siendo una ingenua. Creía que el matrimonio funcionaría, pero no se puede forzar a nadie a amar. Cuando lo amenacé con destruirte, decidió seguir adelante con el compromiso, pero se volvió frío y distante. Incluso rechazó una oferta de mi padre que lo hubiera hecho rico —dudó y adoptó una postura rígida—. Un día me desperté y supe que nunca me amaría como yo necesitaba que me amase... como te amaba a ti.

Algo la hizo girarse hacia Melissa, tal vez el alivio por haber confesado la historia.

—Habría sido un matrimonio de conveniencia, y él habría acabado odiándome. Yo no quería eso.

Melissa no pudo evitar sentir lástima por aquella mujer. Natalie le había hecho daño, pero ella también estaba sufriendo, y seguro que no le había resultado fácil ir hasta Kansas para confesarlo todo.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó a Natalie.

—¿Quién sabe? Algún día habrá otra persona. O quizá antes me lea tu libro —dijo con una maliciosa sonrisa—. Y ahora tengo que

irme o perderé el avión a Nueva York.

Melissa se levantó para acompañarla a la puerta, pero antes de salir, Natalie se volvió hacia ella.

—Casi olvidaba darte eso —dijo, rebuscando en el bolsillo de su chaqueta—. Llegó después de que Tony se mudara. No sabe que se lo enviaste.

Melissa reconoció al instante el estuche del anillo. Se le hizo un nudo abrasador en la garganta cuando lo abrió y vio la brillante sortija de oro. Nunca podría escapar de él.

—Toma esto también —dijo Natalie—. Es la carta que me escribió Tony cuando descubrió que estaba enamorado de ti. Significa más para ti que para mí —le tendió una hoja arrugada. Era la carta que Tony había estado escribiendo aquella mañana en el hotel.

Melissa se preguntó si tendría el valor de leerla o si la rompería en pedazos.

—Encontrarás a Tony en un bonito restaurante de Bruselas —le dijo Natalie—. Si aún lo amas, sabrás lo que hacer.

—¿El qué? ¿Debería ir allí?

—¡Por supuesto! Se muere por ti, Melissa, pero nunca dará el primer paso. Está convencido de haber arruinado tu vida y de que estarás mejor sin él.

Natalie se marchó y Melissa se quedó unos minutos mirando la puerta. Entonces se sentó en el sofá, con el estuche del anillo en su regazo, y abrió la carta.

Natalie, para cuando leas esto, estaré de camino a Londres para intentar explicarte lo que me ha pasado. Te pido disculpas por no haberme puesto antes en contacto contigo ¿Cómo explicarte lo que ha sucedido desde que me fui? Por favor, déjame intentarlo y, si puedes, olvida los prejuicios al leer esto. Lo primero que debes saber es que

siempre te he guardado un profundo afecto. Ojalá pudiera amarte como mereces, pero esos sentimientos no pueden forzarse. Te daría gustoso mi corazón, pero mi corazón no me pertenece. Lo perdí hace dos años...

La carta seguía extendiéndose, pero Melissa no necesitaba leer ni una palabra más.

Un turista que se acercara por la calle adoquinada de Bruselas nunca habría creído que aquella pintoresca casa era un restaurante de lujo. Las zarzamoras cubrían el techo de paja y los coloridos rosales se derramaban por las ventanas de la fachada.

Melissa habría pasado de largo de no haber sido por el pintor que estaba acabando de retocar el letrero en el vidrio de la puerta. Vio que el interior estaba atestado de gente, pero no supo si eran camareros o clientes. ¿Sería Tony uno de ellos? El corazón le dio un vuelco al pensar en esa posibilidad. ¿Qué haría cuando lo viera? Seguramente sufriría un ataque cardíaco y tendrían que llevarla al hospital, donde la conectarían a una bombona de oxígeno. Los médicos se apiñarían a su alrededor, y Tony vagaría por los pasillos llorando y maldiciendo.

Ese sería el modo perfecto para hacerlo suplicar.

¡Maldita imaginación!, se recriminó mientras el amable pintor le abría la puerta.

El local era tan encantador por dentro como por fuera, con manteles blancos de lino y rosas frescas por todas partes. Eran las dos de la tarde, y un buen número de comensales seguía en las mesas. Un delicioso olor a mantequilla y cebolla emanaba de la cocina, haciendo que a Melissa le rugiera el estómago. Había pasado la noche en el avión y apenas había comido ni dormido. Había sido una decisión precipitada, y ahora no sabía qué hacer. No se veía ni

rastró de Tony.

Vio una mesa libre junto a una gran maceta, desde la que podría observar sin ser observada. Caminó hasta allí con la cabeza agachada y se sentó. Los menús eran pergaminos escritos a mano con una hermosa caligrafía. Melissa entendía muy poco francés, pero aun así fingió estudiarlo. Enseguida oyó que alguien se acercaba.

—*Que voudriez-vous?* —le preguntó el camarero con una voz profunda y sensual.

—Lo siento, no hablo francés.

—¿Qué le gustaría tomar, *mademoiselle*?

Una mirada por debajo del menú reveló los zapatos del hombre. Eran sandalias de piel, y aunque ella no podía ver bien sus pies, sí reconoció su voz. Si en ese momento le hubiera susurrado al oído, habría tenido un orgasmo.

—¿Cuál es el especial de hoy? —preguntó.

—Estofado de marisco con mejillones, *mademoiselle*. ¿Le apetece?

—No, gracias —siguió estudiando el menú—. No me gustan los mejillones —a menos que estuvieran atados a un hombre en particular...

—¿Ve algo que le guste?

—Sí, la verdad es que sí.

—¿Qué le gustaría, *mademoiselle*?

—Me gustaría tenerte ensartado en una brocheta por abandonarme de aquella manera —le dijo con voz muy suave—. Si no puede ser eso, quizá te gustaría volver a declararte.

Bajó el menú y vio a Antonio con la boca abierta. Melissa deslizó el zapato de tacón por el pie, hasta que quedó colgado de sus dedos, y acarició su collar de perlas.

—¿Cuántas veces tiene que casarse un hombre contigo? —preguntó él con una fuerte carcajada—. ¿Cuántas veces, esposa mía? —se quitó el delantal, lo arrojó a un lado y la hizo levantarse—. Sonríe para mí —le dijo, manteniéndola a cierta distancia para poder mirarla—. Sonríe y prende fuego a mi corazón.

Melissa sonrió llorando de felicidad... y de orgullo. Tony nunca sabría el valor que le había hecho falta para ir a buscarlo, aun a riesgo de que la rechazara.

—Quiero esta relación —susurró—. Te quiero a ti. Ya no tengo miedo de mis sentimientos.

—A mí sí me asustan los míos —dijo él, riendo otra vez—. ¿No es genial?

—Es perfecto —los rayos de sol iluminaban la estancia con su resplandor dorado, lo que le recordó algo—. Mira —le mostró el dedo donde lucía el anillo—. Parece que ha vuelto a reunimos.

—Nunca vuelvas a quitártelo. Quiero que esta vez nos haga permanecer siempre juntos.

—Sí, es mejor no meterse con la leyenda.

Tony se dio cuenta de que estaban llamando la atención, por lo que llevó a Melissa hasta un rincón apartado donde ella no pudo resistir el impulso de abrazarlo. Él soltó un gemido ronco y la besó brevemente pero con pasión, dejándola ansiosa por más.

—¿Tienes hambre? —le preguntó, justo cuando ella iba a susurrarle algo desesperadamente erótico al oído.

—Hambre de ti —le respondió. Pero él quería alimentarla bien, y sus dotes culinarias eran ciertamente el mejor prelude amoroso—. Sí, la verdad es que tengo hambre. Y este lugar es precioso.

—¿Te gusta? —abarcó el local con un brazo, como si estuviera

orgullosa de enseñarle el lugar donde trabajaba.

Melissa miró a su alrededor. Al otro lado de la puerta, el pintor acababa de terminar el nombre del propietario en el panel de cristal.

dnob oinotnA

Melissa nunca había podido leer al revés, pero miró a Antonio y vio su enigmática sonrisa. ¿Qué pasaba allí?, se preguntó. No se imaginaba que, al segundo siguiente. Tony le diría que no era realmente un camarero.

Fin